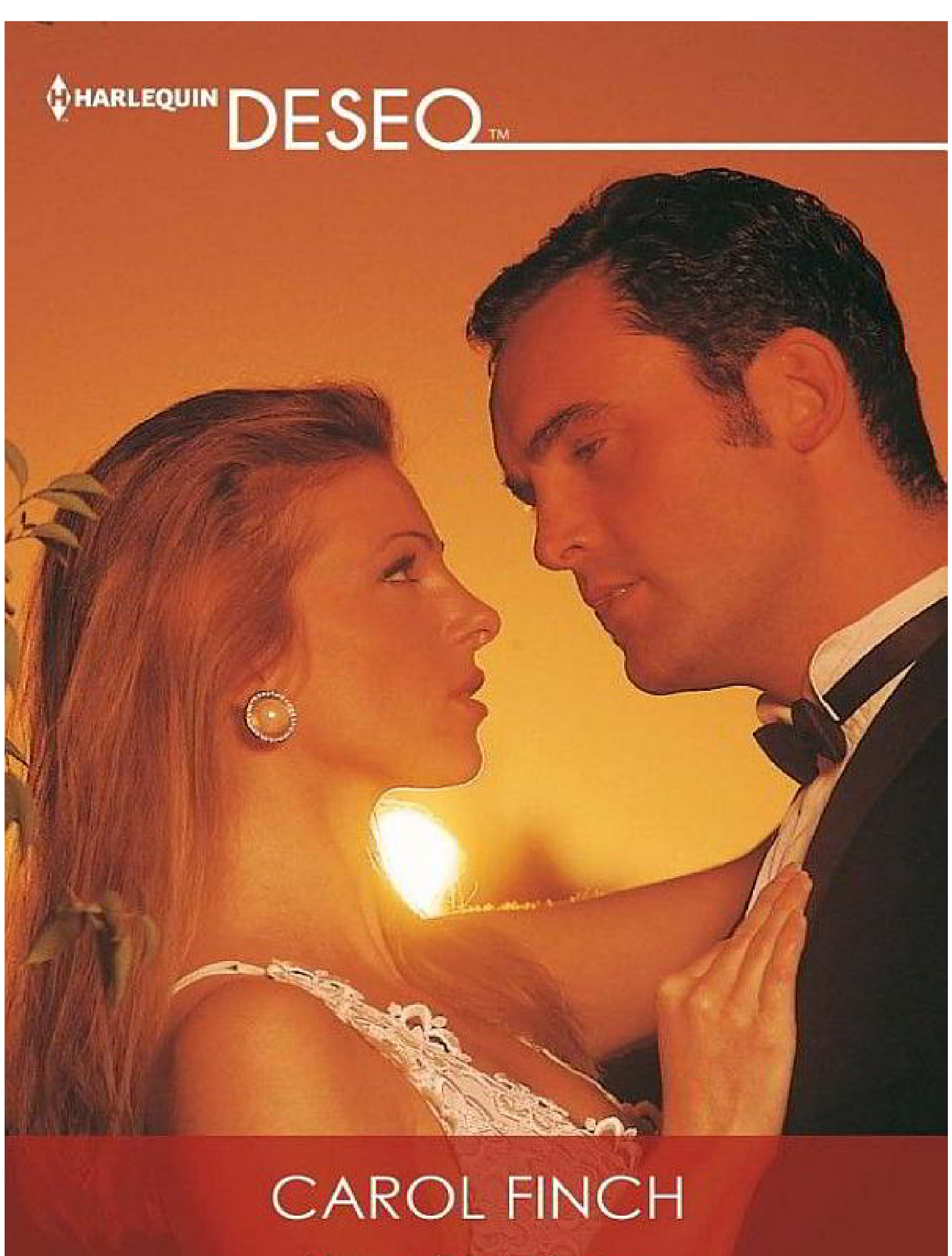


CAROL FINCH

Una vida plena

DESEO

CARROL FINCH

Una vida plena



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una vida plena, n.º 1059 - octubre 2018
Título original: A Regular Joe
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.:978-84-1307-043-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo Uno

Daniel Joseph Grayson, co-fundador y presidente del consejo de administración de las empresas Hobby Hut, había decidido escapar. Y debía haberlo hecho mucho antes porque llevaba tiempo deseando tomarse un descanso.

Daniel necesitaba desesperadamente recuperar el entusiasmo por su negocio familiar. Estar sentado en su lujosa oficina, rodeado de hombres y mujeres que le decían que sí a todo, mirando constantemente gráficos de beneficios estaba distorsionando su percepción de la vida. Hobby Hut y su cohorte de ejecutivos cuyo único propósito era proteger su salario y su posición lo estaban volviendo loco.

Daniel no podía pedirles ideas nuevas ni esperar nada constructivo o innovador porque no podía confiar en sus motivos. Un año antes, cuando se retiró su abuelo, las cosas empezaron a deteriorarse. J. D. Grayson era la única persona en la que Daniel confiaba, pero el anciano había decidido pasar sus últimos años disfrutando de la vida.

Y fue entonces cuando Daniel había decidido dejar a sus ejecutivos durante un tiempo y obligarlos a ganarse sus exorbitantes salarios. Se marchaba de Oklahoma sin dejar una dirección. Durante un mes, iba a convertirse en un don nadie y esperaba que el resto del mundo no fuera como aquellos empleados condescendientes y empalagosos. Y que no hubiera tantas puñaladas por la espalda. Daniel necesitaba un soplo de aire fresco, quería quitarse de encima la capa de privilegios y esquivar a la larga fila de mujeres que lo veían como un pasaporte a la buena vida.

Ni siquiera estaba seguro de interesarlas por sí mismo o si su poder, riqueza e influencia eran lo único que buscaban. Y la única forma de enterarse era desapareciendo. Cuando se convirtiera en un desconocido, un hombre normal y corriente, descubriría también quién era su amigo de verdad.

Daniel sacó la vieja furgoneta de su abuelo de la autopista y tomó la carretera de Fox Hollow. El pueblo estaba situado en un

valle, rodeado de colinas y arroyuelos de agua clara. Era un paisaje de película, un sitio para pescadores, cazadores y personas retiradas. El escondite perfecto para un ejecutivo cínico y cansado, él, que necesitaba volver a ponerse en contacto con las cosas sencillas de la vida.

Sintiendo que la tensión y la frustración disminuían, Daniel cruzó el pueblo en solo tres minutos. En Fox Hollow solo había un semáforo, docenas de sitios para aparcar y barriles de madera llenos de flores delante de las tiendas. Había una ferretería en la esquina de la calle mayor, una floristería, una tienda de antigüedades, una tienda de alimentación y un pequeño café. No había atascos ni conductores atacados de los nervios, haciendo gestos obscenos. Lo único que Daniel percibía era paz, tranquilidad, el canto de los pájaros y la gente saludándose cuando se cruzaban en la acera.

De modo que así era la vida en el mundo real. Casi se le había olvidado. Daniel miró su reloj, pero entonces recordó que había guardado el Rólex en la caja de seguridad de la empresa. Su intención era pasar desapercibido. Sería mejor dejar que la gente pensara que no tenía más que la ropa que llevaba y la vieja furgoneta que conducía.

Cuando miró hacia el oeste, Daniel vio el Hobby Hut local. Las puertas debían estar a punto de abrirse y él sería el primero en la cola para pedir trabajo. Había seleccionado aquel sitio por dos razones: la primera, porque estaba solo a cuarenta y cinco minutos de su oficina en la ciudad. Y la segunda, porque los informes de ventas eran impresionantes. Su gerente, Mattie Roland, vendía más en aquel pueblo que otros Hobby Hut en grandes ciudades.

Decidido a conseguir un trabajo en su propia empresa, Daniel salió de la furgoneta y caminó por las calles, sorprendido cuando lo saludaban como si fuera un vecino o un viejo amigo.

Enseguida se sintió bienvenido y no llevaba allí más de diez minutos.

Daniel se quedó asombrado al ver el escaparate de Hobby Hut. Estaba dividido en tres secciones, náutica, arte popular y arte colonial. Las reproducciones originales de paisajes y bodegones, resaltadas por marcos típicos de Hobby Hut, estaban rodeadas de figuritas de madera y objetos de colección. Pequeñas consolas, bancos y baúles habían sido pintados para hacer juego con el resto de los objetos. Daniel se quedó parado durante varios minutos, absorbiendo el ambiente, admirando el trabajo y la imaginación. Era lógico que Mattie Roland fuera una de las gerentes de Hobby Hut de más éxito. Sus escaparates prácticamente te hipnotizaban

para que entrases a comprar algo.

Las palabras «inspirado» e «imaginativo» acudieron a su mente. Aquel ejemplo de decoración le hacía desear a uno redecorar su casa, comprar aquellos preciosos objetos de madera que creaban sensación de hogar.

La puerta estaba abierta y Daniel entró, escuchando el sonido de la campanita que anunciaba su llegada.

–Enseguida voy –escuchó una seductora voz femenina–. Mire lo que quiera.

Daniel parpadeó, sorprendido. ¿Quién estaba al cuidado de la tienda? Una docena de objetos de valor podrían ser robados antes de que nadie se diera cuenta. Quizá Mattie Roland no era la gerente del año, después de todo.

Mientras Daniel echaba un vistazo a los objetos de madera colocados en las estanterías, una mujer de pelo blanco entró en la tienda. Le sonrió amablemente y después se dirigió al taller, que estaba en la parte de atrás.

–¿Mattie? ¿Cómo va mi encargo? ¿Has terminado, cariño? Mi hijo y mi nieto vienen mañana y quiero tener las estanterías y las fotos familiares preparadas antes de que lleguen.

–No te preocupes, Alice –volvió a escuchar la voz femenina–. Estoy terminando. Entra y lo verás.

Daniel se sorprendió de que la anciana pudiera moverse con tanta rapidez. Prácticamente voló por el pasillo con sus zapatos ortopédicos y el vestido de algodón flotando a su alrededor.

Mientras las dos mujeres seguían en el taller, Daniel paseó por la tienda, maravillándose ante los hermosos objetos tallados en madera, cerámica y antigüedades. Mattie Roland era un genio en lo que se refería a decoración. A Daniel nunca se le habría ocurrido juntar todas aquellas piezas y colocarlas como ella lo hacía, pero el efecto era extraordinario. Aquella mujer tenía un don.

El cerebro de Daniel sufrió una especie de cortocircuito cuando levantó la mirada y vio a una mujer bajita y llena de curvas caminando hacia él. Tenía la punta de la nariz manchada de pintura verde y el codo pintado de rojo. Su coleta, de color negro azabache, estaba ligeramente ladeada a la izquierda y los rasgados ojos de color violeta, rodeados de increíbles pestañas, dominaban una cara preciosa. Mattie Roland, que debía medir poco más de metro cincuenta y pesar unos cuarenta kilos, era una mujer arrebatadora.

Hipnotizado, Daniel se quedó mirándola con la boca abierta. ¿Aquella chica tan pizpireta era Mattie Roland? ¿La gerente del año?

–Hola –lo saludó ella alegremente–. ¿Puedo ayudarlo?

El electrizante deseo que Daniel sintió al verla hizo que se le quedara la lengua pegada al paladar. Él, que siempre tenía mujeres bellísimas colgadas del brazo, de repente había encontrado la variedad «vecinita de enfrente». Mattie no era a lo que él estaba acostumbrado, pero le encantaba.

Daniel decidió entonces que Fox Hollow había sido una buena elección. Mattie Roland era algo a tener en cuenta. Aquella mujer parecía despertar al hombre que había en él. Tenía vitalidad, era una mujer sana, en contraste con las mujeres artificiales que estaban tan de moda en las páginas de las revistas. La indiferencia que Daniel llevaba algún tiempo experimentando con sus elegantes y sofisticadas compañeras desapareció al ver a Mattie caminando hacia él, con una sonrisa cegadora.

–Buenos días. ¿Está buscando un regalo para su mujer o su novia? ¿Necesita madera para hacer algún trabajo?

–No tengo ni esposa ni novia –contestó Daniel, cuando consiguió que sus cuerdas vocales le respondieran–. Estoy buscando trabajo.

–¿Trabajo? –repitió ella, aparentemente sorprendida–. ¿Lo dice en serio?

–Acabo de llegar al pueblo y estoy buscando trabajo –mintió él convincentemente. En ese momento se percató de que no era mejor que sus ejecutivos, que mentirían a quien fuera y sobre lo que fuera con tal de escalar posiciones.

–Me sorprende que haya entrado aquí a buscar trabajo –dijo ella, mientras colocaba distraídamente una figurita de porcelana en la estantería.

–¿Por qué?

–La mayoría de los hombres considera esta tienda como un sitio al que solo vienen sus mujeres y sus novias a comprar. Todas mis clientes son mujeres.

–¿Los hombres creen que el bricolaje es cosa de mujeres? –preguntó él, aparentemente irritado–. Eso es una ridiculez. Las sierras, las lijadoras y las pistolas de clavos no son para manos delicadas. Se puede perder un dedo si no se tiene cuidado. Yo me he pasado toda la vida en una carpintería y sé de qué estoy hablando.

La risa femenina llenó el espacio que había entre ellos. Sus ojos violeta parecían bailar, divertidos y Daniel se puso colorado. En ese momento se dio cuenta de que le latía el corazón más rápido de lo normal. Mattie debía pensar que era un loco por expresar con tanta vehemencia sus sentimientos sobre la carpintería, la misma pasión que su abuelo y él experimentaron cuando trabajaban juntos años

atrás.

–Parece que le gusta a usted trabajar con la madera. Y me alegro mucho. Yo comparto su entusiasmo. Y no se lo va a creer, pero hace una hora recibí un fax de la empresa, indicando que debía contratar un ayudante.

Por supuesto que la creía. Daniel había enviado aquel fax desde su oficina antes de tomar la autopista. Y él mismo iba a ocupar el puesto que había creado.

–La verdad es que hay mucho trabajo y el único empleado que tengo es un estudiante que me ayuda después de clase y los sábados por la mañana. Tengo tantos pedidos que, la verdad, necesito ayuda. Aunque he estado trabajando doce horas todos los días.

Mattie se dio la vuelta después de decir eso, ofreciendo a Daniel una atractiva visión de un trasero en forma de pera cubierto por gastados vaqueros.

–Venga a mi despacho para cumplimentar la solicitud.

Él siguió aquellas tentadoras caderas como un gatito sigue el rastro de un plato de leche. Durante los últimos años, Daniel había empezado a pensar que su instinto sexual empezaba a marchitarse… pero se había equivocado. Una sola mirada a Mattie Roland y su cuerpo se había despertado, dispuesto a ir de fiesta. Había pasado mucho tiempo desde que Daniel sintió una atracción tan espontánea.

No debería sentirse sorprendido por el efecto que aquella joven ejercía en él, se dijo a sí mismo mientras seguía a la versión femenina del flautista de Hamelín. Mattie era una mujer auténtica. Era cálida, generosa, simpática y parecía contenta con su vida. Obviamente, hacía lo que le gustaba hacer y Daniel la envidiaba por ello.

Mattie Roland era el entusiasmo personificado. Y por eso, era exactamente lo que le hacía falta. A aquella chica le importaba tanto su negocio como a él le había importado una vez. Y a Daniel le iría bien una inyección de energía. Una pena que no pudiera meterla en una botella y usarla cuando le hiciera falta, sobre todo por las mañanas cuando más frustrado se sentía.

–Aquí está –dijo Mattie entonces, dándole un papel–. Siéntese ahí y rellene esto. Solo es papeleo, pero hay que cumplimentarlo porque lo ha enviado el mandamás.

–¿El mandamás? –repitió él, divertido.

–El jefazo de Hobby Hut –le informó Mattie–. A mí me parece que siempre exige demasiado papeleo y eso impide que los gerentes

tengan tiempo para tratar de tú a tú a los clientes. Pero ya sabe cómo son estos grandes ejecutivos. No confían en que nadie sepa manejar un negocio, especialmente en los pueblos pequeños, así que tienen necesidad de controlarlo todo. Probablemente creen que pensamos solo con la mitad del cerebro –añadió, encogiéndose de hombros–. El mandamás nunca pide la opinión de nadie, aunque uno esté aquí partiéndose el alma para intentar vender sus productos.

Daniel tuvo que disimular una sonrisa. Si Mattie supiera que estaba hablando precisamente con el mandamás de Hobby Hut, se quedaría de piedra.

–Entonces, ¿no le gustan los ejecutivos en general o solo su jefe? –preguntó, sentándose en la silla que había frente al escritorio.

–Tuve un encontronazo con un ejecutivo antes de conseguir este trabajo –explicó ella–. Parecía pensar que era mi obligación ofrecerle beneficios y que, además, me estaba haciendo un tremendo favor sugiriendo que me incorporase al harén ejecutivo. Y también pensaba que su cargo debería impresionarme muchísimo, pero no era así. Así que dimití y solicité este trabajo.

–Ya veo.

–No me gusta nada la gente que utiliza su poder para conseguir lo que quiere. Aunque no conozco al propietario de Hobby Hut personalmente, supongo que será ese tipo de persona –siguió Mattie, moviendo unos papeles para dejarle sitio–. Seguro que podría hacer un retrato robot de él. Un Rólex de oro en la muñeca, un BMW aparcado delante de la oficina, modelos guapísimas del brazo, una diferente para cada día, por supuesto. Lleva un móvil último modelo, viste ropa italiana y se rodea de todos los símbolos de poder conocidos por el hombre para impresionar a los demás.

Daniel apartó la mirada. Por el momento, Mattie no se había equivocado en nada. Y no estaba seguro de querer oír el resto de sus especulaciones.

–Los intereses del mandamás, sospecho, no van más allá del dinero que pueda ganar su empresa. Probablemente le da igual que los clientes paguen por algo que merezca la pena, solo que el margen de beneficios sea el adecuado. Y sus rebajas… –siguió ella, mirando al techo–. Sus rebajas no son más que una forma de librarse de cosas que nadie quiere.

Con la cabeza baja, Daniel rellenaba la solicitud, mientras escuchaba los comentarios de Mattie sobre las normas de la compañía.

Ella miró entonces por encima de su hombro.

–Joe Gray… Encantado de conocerte, Joe. Soy Mattie Roland, tu jefa.

Él levantó la cabeza.

–Veo que eres muy confiada. Aún no he rellenado el espacio sobre los antecedentes penales.

–No hace falta –rio ella–. No pareces el tipo de hombre con antecedentes.

–¿Conoces a mucha gente con antecedentes penales?

Mattie soltó una carcajada y el sonido pareció entrar en su cuerpo como un soplo de aire fresco. Mattie Roland era estupenda, tan vibrante, tan entusiasta… Por no mencionar el efecto que ejercía en él cuando estaba suficientemente cerca como para oler su perfume.

–Los ladrones de poca monta que vienen por aquí de vez en cuando son fáciles de descubrir. En tu caso, tu forma de hablar y de vestir y la pasión que sientes por el trabajo con la madera te delatan. Eres una persona normal. Y exactamente lo que yo necesitaba para la tienda. Es hora de que los cavernícolas de Fox Hollow se den cuenta de que el arte, la carpintería y la decoración no son cosa de mariquitas. Tenerte a ti en la tienda hará que se sientan más cómodos, una vez que se hagan a la idea –dijo Mattie, echando otro vistazo a la solicitud–. Treinta y cinco años. La última dirección permanente en Oklahoma. Ya veo –murmuró, pensativa–. Seguro que te gusta pescar, cazar y estar en contacto con la naturaleza. Te gustará Fox Hollow. Y, por cierto, seguro que todas las solteras del pueblo empezarán a ir detrás de ti en cuanto te descubran.

Daniel, o más bien, Joe Gray, miró por encima del hombro y vio a Mattie sonriendo de oreja a oreja.

–¿Crees que las mujeres se sentirán atraídas por mí? ¿Con esta camiseta vieja que ha pasado por demasiados centrifugados y estos vaqueros?

Ella sonrió, irónica.

–La ropa no hace al hombre. Es lo que hay dentro, pero sí, yo diría que vas a atraer mucho a las mujeres, Joe. Eres alto, guapo, con unos preciosos ojos de color ámbar. Me recuerdan al amanecer y al atardecer a la vez. Pero no te preocupes, yo no pienso molestarte. Soy tu jefa y solo seremos amigos con intereses comunes.

Daniel se sintió defraudado al oír aquello. Realmente defraudado.

–Claro…

–Si necesitas alguna información sobre las chicas de Fox Hollow, yo te la daré encantada. Llevo aquí toda mi vida.

¿Solo iban a ser amigos? A sus hormonas masculinas no les gustaba nada oír aquello. Después de estar mucho tiempo dormidas, su motor masculino estaba reviviendo, pero aquella jovencita alegre y preciosa acababa de echarle un jarro de agua fría. Quizá eso era lo que se merecía por portarse de forma tan indiferente con las modelos que revoloteaban a su alrededor.

Después de completar la solicitud, con datos falsos por supuesto, Joe le dio el papel. Y después se quedó observando cómo ella apoyaba una cadera en el escritorio y la leía de arriba abajo.

–Has dejado la dirección en blanco. ¿Dónde piensas vivir, Joe?

Él se encogió de hombros.

–He visto un motel a las afueras del pueblo y pensaba alquilar una habitación. Puedo quedarme allí hasta que encuentre algo mejor.

–También podrías alquilar el estudio donde yo solía vivir –sugirió Mattie–. Ahora que mi abuelo se ha mudado a la residencia Paradise, yo estoy viviendo en su casa. El pobre no estaría en la residencia si la artritis y la diabetes no lo estuvieran molestando.

–A juzgar por tu tono de voz, presumo que a tu abuelo no le hace ninguna gracia lo de la residencia.

–Ninguna –suspiró Mattie, paseando por el diminuto despacho–. Mi abuelo es como yo. Tiene que estar haciendo algo constantemente y la inactividad lo desespera. Últimamente, me preocupa porque se escapa de la residencia por la noche, volviendo locos a los médicos y las enfermeras. Su habilidad para escaparse es una mancha en su reputación, ¿entiendes? No les gusta perderlo y a él le encanta darles esquinazo.

Joe sonrió, divertido. El abuelo de Mattie le recordaba al suyo propio. Un año antes, J.D. Grayson anunció que dejaba la compañía para descansar. Desde entonces, había estado en Alaska, en un crucero por el Caribe, ofreciendo sus servicios en dos proyectos humanitarios y presentándose voluntario para dirigir las actividades de un club de ancianos.

–¡Mattie! –la llamó la anciana de pelo blanco.

Mattie le hizo un gesto para que la siguiera.

–Puedes echar un vistazo al taller mientras yo termino con Alice Dawson. Parte de tu trabajo incluye manejar herramientas eléctricas para los encargos.

Curioso, Joe la siguió, su mirada magnéticamente atraída por el

suave movimiento de sus caderas bajo la tela vaquera que moldeaba su trasero como un guante. Había algo en aquella mujer tan intrigante que lo estaba volviendo loco. Una hora antes se sentía tenso y frustrado. Y después… ¡puf! Era como si lo hubieran transportado a otra dimensión.

Joe se quedó parado en cuanto entró en el taller. Casi se le saltaron los ojos de las cuencas cuando vio cómo se parecía al sitio en el que él y su abuelo trabajaban juntos años atrás. Allí era donde Daniel pasaba su tiempo, trabajando con las manos, intentando soportar el dolor producido por el abandono de sus padres y después la pérdida de su abuela. Su abuelo y él habían volcado todo su dolor y su desilusión en proyectos creativos que, con los años, se habían convertido en un negocio muy lucrativo.

–¿Todo este equipo es tuyo? –preguntó Joe, sorprendido. Tenía que estarlo porque sabía muy bien que las tiendas Hobby Hut no incluían un equipo de ebanistería tan moderno.

Mattie se volvió.

–La mayoría de las herramientas son mías. Algunas eran de mi abuelo. Solía ayudarme antes de que la artritis se lo impidiera.

Sorprendido, Joe echó un vistazo a las sierras eléctricas de varios tamaños, las lijadoras y taladradoras que Mattie tenía a su disposición. ¿Una mujer a quien le gustaba trabajar con las manos? ¿Una mujer que se sentía en casa en un taller de carpintería, como él? Aquella mujer era un sueño. Joe no podía creer su suerte. Trabajar allí sería como una terapia.

Una sonrisa divertida iluminó las facciones de Mattie mientras lo observaba mirar alrededor.

–Pareces sorprendido, Joe. Pero la verdad es que no es la primera vez que veo una reacción así en un hombre. Soy licenciada en Bellas Artes y me diplomé en ebanistería.

–¿De verdad voy a poder jugar con estas herramientas? –preguntó él, encantado.

Mattie asintió, el movimiento hizo que la coleta brillara a la luz del fluorescente.

–Aunque Hobby Hut vende muebles de madera sin ningún estilo especial, yo me dedico a personalizarlos para cada cliente. Como este, por ejemplo.

Joe observó el encargo que estaba terminando para Alice Dawson. Y se quedó de piedra al ver el trabajo que había hecho. Eran figuras y objetos de madera que irían colocados sobre dos elaboradas estanterías a cada lado de un cuadro con un marco de madera antigua.

–¿A que Mattie ha hecho un trabajo fabuloso? –sonrió la anciana–. El mes pasado, cuando vi las estanterías que tenía Josie Foreman, decidí que yo también quería tener una cosa tan bonita.

–Impresionante –asintió Joe.

–Ahora que trabajas aquí puedo ir a casa de Alice durante la hora del almuerzo para colgar el cuadro y las estanterías sin preocuparme de volver corriendo –dijo Mattie entonces–. Quieres empezar a trabajar inmediatamente, ¿verdad?

–Por supuesto, jefa –sonrió él.

Alice juntó sus manos, encantada.

–¿Puedes decorar mi casa esta misma tarde? ¡Qué maravilla!

Cuando Alice se alejó por el pasillo de la tienda, sonriendo, Mattie la miró divertida.

–Espero que te des cuenta de que trabajar en Hobby Hut no es solo un trabajo para mí. Lo que me gusta es hacer que los clientes se sientan felices.

Eso podía verlo. Mattie Roland era el epítome de la visión que su abuelo y él mismo habían tenido para la compañía. Ella había mantenido la parte comercial, personalizándola para sus clientes.

Un sentimiento cálido invadió a Joe en ese momento. Desde luego, aquellas vacaciones eran justo lo que necesitaba. Aquella era la cura para la aflicción, la frustración e indiferencia que atormentaban a Daniel Joseph Grayson. Por eso y por otras razones de índole puramente masculina, Joe hubiera deseado abrazar a la preciosa carpintera. Un mes con Mattie y Joe estaba seguro de que recuperaría el entusiasmo.

La campanita de la puerta sonó en ese momento, señalando la entrada de otro cliente. Mattie sonrió, mostrando un precioso hoyito en la mejilla izquierda.

–¿Quieres encargarte tú?

–Encantado –dijo él, con renovado espíritu.

Mattie observó alejarse a su nuevo empleado, su mirada pegada al poderoso físico de anchos hombros y más de metro ochenta. Joe Gray era definitivamente la respuesta a sus plegarias y no podía creer su buena suerte. Había recibido instrucciones de la empresa matriz, indicando que debía contratar un ayudante y, de repente, aparecía Joe Gray.

Era como si el destino le hubiera dado buenas cartas. Necesitaba alguien responsable para cuidar de la tienda mientras ella se dedicaba a los encargos de los clientes. Y también necesitaba que alguien alquilara el estudio para pagar los gastos de su abuelo en la residencia.

Aquel iba a ser un día perfecto. Mattie había encontrado un empleado que compartía con ella su amor por la madera, alguien deseoso de empezar a trabajar, alguien que veía aquello como algo más que un trabajo para pagar el alquiler, alguien cuya atractiva y dinámica presencia despertaba la mujer que había en ella…

Los pensamientos de Mattie se interrumpieron repentinamente. ¿En qué estaba pensando? Joe Gray, por muy atractivo e interesante que fuera, no era un posible romance. Ella era su jefa y no pondría en peligro su relación profesional. Aunque Joe era el primer hombre, desde los años de universidad, que despertaba inmediatamente su interés, no podía permitirse a sí misma una relación con él. Eso no sería ético. Probablemente, incluso iba contra las normas de la empresa.

No, el mandamás de Hobby Hut, sentado en su trono de terciopelo, seguramente frunciría el ceño si supiera que entre una gerente y su empleado se establecían relaciones amorosas. El señor mandamás, con su Rólex de oro, no aprobaría la femenina admiración que sentía por Joe Gray.

–Esto es una relación profesional. Nada más. Y será mejor que lo recuerdes –se dijo Mattie a sí misma, mientras tomaba el metro para marcar la madera.

Daba igual que se sintiera hipnotizada por los ojos color whisky de Joe, ni que su pelo oscuro, su rostro atractivo y el aroma masculino que emanaba despertaran en ella sensaciones que no había sentido en mucho tiempo. Ella era su jefa y él, su asistente. Nada más. Tenía que conformarse con una relación profesional agradable, compartiendo el mutuo amor por la carpintería. Cualquier otra cosa estaba fuera de cuestión.

Una pena, la verdad, pensó mientras medía las patas de la mesa. Tenía treinta años y su reloj biológico no dejaba de sonar. Quería una familia, quería hijos y no los abandonaría como la habían abandonado a ella. Si no hubiera sido por su adorado abuelo, nadie sabía qué habría sido de Mattie. Bernard Roland la había criado, había compartido con ella las pocas posesiones materiales que tenía, había puesto un techo sobre su cabeza y le había inculcado el amor por crear objetos con las manos.

También era cierto que, sin darse cuenta, la había convertido en una especie de chicazo a quien le gustaba más una sierra mecánica que un vestido de seda. Sin embargo, a Mattie le gustaba su vida. Aunque trabajar en la tienda, dar clases de arte en el instituto y realizar encargos especiales impedía que pudiera tener una vida social.

–Deja de quejarte, Roland –murmuró para sí misma, mientras colocaba un tablero sobre la mesa de trabajo–. Y no te pongas ridícula con esta historia de Joe. No podéis ser nada más que amigos.

Capítulo Dos

¡Qué día tan estupendo!, pensaba Joe mientras caminaba hasta su vieja furgoneta. Había estado usando la sierra eléctrica, la lijadora y la taladradora, además de atender a los clientes para familiarizarse con la tienda. Había disfrutado de lo lindo y las horas pasaron con asombrosa rapidez.

Joe le daba a Mattie Roland una buena puntuación por su actitud con los clientes. Todo el mundo en Fox Hollow la adoraba. Había oído elogios de todas las clientas que entraron en la tienda.

Joe sonrió, recordando cómo le habían sometido al tercer grado. Todas querían saber de dónde era, cuándo había sido contratado y dónde se alojaba. Había sido invitado a acudir a la iglesia y al bazar de la comunidad, típicas actividades de una comunidad pequeña a las que acudiría encantado.

También había conseguido esquivar algunas preguntas demasiado personales, diciendo verdades a medias para no delatarse. Para todo el mundo en Fox Hollow, era un hombre normal y corriente al que le había gustado el aspecto del pueblo y los alrededores y había decidido instalarse allí.

Joe pisó el freno para que Mattie pudiera colocarse delante de él y guiarlo hasta su casa. No sabía qué había pasado cuando él salió del taller para atender a la primera clienta, pero desde entonces, Mattie se había vuelto muy seria y reservada. ¿Qué demonios había pasado? Al principio, había sido tan simpática… y, de repente, parecía intentar no invadir su espacio y que él no invadiera el suyo.

Mientras le daba indicaciones para construir la estantería que había encargado una cliente, parecía mantenerse a distancia. Y él no quería mantenerse a distancia. Quería trabajar hombro con hombro con ella en el taller cuando no hubiera clientes esperando. En lugar de eso, Mattie le daba instrucciones y después se ponía a trabajar en otro encargo.

Estaba empezando a pensar que su teoría sobre que el dinero y el poder eran lo que atraía a las mujeres era cierta. Quizá no era tan atractivo como había pensado.

Las dudas nublaban sus pensamientos mientras seguía a Mattie hasta una zona rodeada de árboles. Sus pensamientos se dispersaron cuando ella paró frente a una casa con un jardín delantero minúsculo, pero bien cuidado. Daniel observó el garaje, que había sido convertido en un pequeño estudio. Joe que, como Daniel J. Grayson, vivía en una casa de cinco mil metros cuadrados en el mejor barrio de Oklahoma, imaginó que iba a sufrir otra conmoción.

Cuando bajó de la furgoneta y se colocó al lado de Mattie, se percató de que ella se apartaba ligeramente. ¿Qué había en él que parecía repelerla?

–No sé a qué estás acostumbrado, Joe, pero el estudio que he montado en el garaje está lleno de cosas –dijo ella, mientras sacaba las llaves del bolso–. Pero el alquiler es razonable y los gastos, mínimos.

Cuando Mattie abrió la puerta, Joe se enamoró del sitio. El suelo era de madera de pino brillante, las ventanas ofrecían una preciosa vista del paisaje arbolado que rodeaba el arroyo y un enorme mural en una de las paredes creaba la ilusión óptica de estar caminando por la montaña.

–¿Tú has pintado este mural? –preguntó Joe, incrédulo.

Mattie asintió.

–Pero fue mi abuelo quien le hizo el marco para darle un efecto tridimensional. Así el estudio parece más grande.

–Eres una artista, Mattie –la elogió él–. Con una buena promoción, podrías llegar muy lejos.

–No estoy interesada en el reconocimiento mundial –le informó ella, manteniéndose a una prudente distancia–. Pinto porque me gusta, no por el dinero. Resido en Fox Hollow porque nací aquí y por lealtad a mi abuelo. Él fue quien me crió.

–¿Qué le pasó a tus padres? –preguntó Joe, curioso.

La sonrisa de Mattie se hizo un poco triste.

–Lamento informarte de que soy producto de unos padres demasiado jóvenes como para cuidar de una niña pequeña. Mis padres nunca se casaron. Mi padre quería salir de aquí y ver el mundo. Mi madre me dejó en el porche de mi abuelo cuando yo tenía cuatro años y desapareció. Perdí a mi abuela tres años después y la gente de este pueblo se convirtió en una familia para mi abuelo y para mí.

Joe asintió, comprensivo.

–A veces los padres no son los más adecuados, ¿verdad? Yo tenía doce años cuando mi padre se marchó para encontrarse a sí mismo

y mi madre sigue buscando al hombre perfecto. Pero parece que ninguno de sus tres maridos lo era. A mí también me criaron mis abuelos. Mi abuelo estaba decidido a que yo no fuera para él la desilusión que fue mi padre.

–Puedo decirte una cosa segura, Joe. Si alguna vez tengo una familia, mis hijos serán la única prioridad y no voy a hacerles un montón de promesas falsas –dijo Mattie con convicción.

–Yo opino lo mismo. No me gustó nada sentirme como una carga.

–Lo mismo digo.

–Entonces, ¿quieres que tengamos niños? –preguntó Joe, de repente.

Mattie dio un paso atrás, mirándolo como si hubiera perdido la cabeza.

–¿Perdona?

Joe maldijo entre dientes. ¿Cómo podía haber dicho aquella tontería? Entre ellos se había creado un lazo de unión por el pasado que compartían y él lo había estropeado todo con aquella estúpida broma.

–Lo siento. Solo quería alegrar un poco la conversación. Me gusta mucho trabajar contigo y no quiero hacer nada que estropee esta amistad. Y eso me obliga a preguntar si he hecho algo que te haya ofendido esta mañana. Me he dado cuenta de que tu actitud hacia mí ha cambiado.

Mattie se mordió los labios. ¿Tan transparente era? Aparentemente, sí. Pues bien, quizá era el momento de dejar las cosas claras y explicar las reglas para que no hubiera malentendidos entre ellos. Después de todo, ella era una persona abierta y directa.

–La verdad es que me gustas, Joe –admitió, sin dejar de mirar el gigantesco mural.

–Hay un pero, claro.

Ella asintió y consiguió una semblanza de sonrisa.

–El mandamás de Hobby Hut tiene una norma sobre relaciones entre gerentes y empleados. Lo sé porque he buscado mi contrato y he leído la letra pequeña. Pero aunque el jefazo no frunciera el ceño ante la idea de que sus empleados confraternicen, yo tengo mis propias convicciones morales. Aunque tenemos muchas cosas en común, profesional y personalmente, solo podemos mantener una relación laboral…

–Y nada más, por mucho que queramos –terminó Joe la frase por ella–. Ya lo entiendo, jefa. ¿Hay algún otro hombre en tu vida?

Mattie soltó una carcajada.

–¿Qué?

–No era una pregunta tan tonta. Solo tienes que mirarte al espejo para ver lo guapa que eres. Además, el sueño de cualquier hombre es conocer a una mujer que comparta su amor por las herramientas.

–¿Ah, sí? No lo sabía. Nunca se me ha ocurrido indagar en la mente masculina. Pero la experiencia me ha enseñado que a algunos hombres no les gusta que las mujeres invadan su territorio. Según ellos, no es muy femenino. Además, nunca he tenido tiempo para llevar una gran vida social. Hasta hace dos meses he estado cuidando de mi abuelo y dirigiendo una tienda que me da más trabajo del que puedo hacer en un horario normal. Yo misma me pagué la universidad y tenía que ir y volver todos los días para no dejar solo a mi abuelo. Hasta que Dios decida añadir un par de horas más a cada día, no tengo tiempo más que para trabajar y para las obligaciones personales.

–Vaya, veo que eres una persona muy responsable.

–Ah, eso me recuerda algo –dijo entonces Mattie, mirando su reloj–. Tengo que ir a la residencia para ver a mi abuelo. Es un renegado que siempre está metiéndose en líos. El mes pasado, él y su banda de delincuentes retirados, se escaparon por la noche y entraron en el cobertizo para tomar unas cañas de pescar. Hasta hoy no he podido averiguar de dónde sacaron las cervezas que se llevaron consigo para pescar.

Joe sonrió al imaginar la escena. El abuelo de Mattie debía ser todo un personaje. J.D. Grayson sin duda aprobaría su comportamiento. Su propio abuelo era, después de todo, otro renegado.

–No tiene gracia –insistió Mattie, aunque ella también estaba sonriendo–. El personal de la residencia se enfadó con mi abuelo porque no puede tomar alcohol con la medicación. Le advirtieron que podría haberse mareado o que podría haberle dado un ataque y caer al agua. Su médico lo amenazó con atarlo a la cama si no se comportaba.

Daniel sonrió. Le gustaba aquel hombre.

–Me encantaría conocerlo.

–Y lo harás, no te preocupes. Deja que te enseñe el estudio antes de irme. La cocina es muy pequeña, pero suficiente –dijo, señalando los armarios a la derecha del estudio–. Hay un sofá-cama con un colchón de uno veinte y el cuarto de baño es esa puerta. El estudio es tuyo si lo quieres, Joe.

–Me lo quedo –dijo él, convencido. Aunque toda la vivienda era

más pequeña que su cuarto de estar en la ciudad.

–La cortadora de césped está en el cobertizo, si quieres usarla.

–Si quieres, puedo cortarlo como parte del alquiler. Así tendrás un poco de tiempo para ti.

Mattie se quedó parada, mirándolo. Joe se quedó hipnotizado por la profundidad de aquellos ojos violeta… y no por primera vez. Aquella mujer ejercía un tremendo efecto en él. Una pena que hubiera tantas restricciones para una posible relación entre ellos. Y una pena que «el mandamás» tuviera como norma que gerentes y empleados no pudieran relacionarse. A Joe le gustaría estrangularlo por ello.

–Muchas gracias –murmuró Mattie–. Acepto tu oferta.

Joe la siguió con la mirada antes de volverse hacia el diminuto estudio, al que Mattie había dado una apariencia tan hogareña. Aquel lugar tenía su personalidad, su toque personal. Iba a ser un infierno para él sentir su presencia y obedecer las reglas. Hubiera deseado que aquella norma del mandamás no existiera. Por supuesto, tenía que agradecérselo a sí mismo. Menuda ironía, pensó Joe.

Maldiciéndose a sí mismo por la compleja situación que había creado, salió del estudio para ir a buscar su bolsa de viaje.

Mirar, admirar, pero no acercarse, pensó, irritado. Muy bien, tendría que soportar una simple relación profesional con Mattie, se dijo a sí mismo. Después de todo, solo estaría allí durante un mes y la idea de explicar que no era quien ella creía le parecía imposible en aquel momento.

Sería mejor que Mattie nunca supiera quién era en realidad. A ella parecía gustarle Joe, pero estaba seguro de que lo despreciaría si supiera que no había sido sincero.

No, simplemente haría el papel que él mismo había escrito para volver a encontrar el entusiasmo por su trabajo y después utilizaría lo que había aprendido en Fox Hollow. Fin de la historia.

Una idea estupenda, pensó Joe para sí mismo. ¿Y cómo iba a estar tranquilo cuando aquella chica tan guapa estuviera cerca?

Joe decidió que lo pensaría mientras iba a la tienda de alimentación para llenar la nevera.

Mattie suspiró con fuerza cuando entró en la residencia Paradise y vio a uno de los empleados señalando a su abuelo con el dedo. Más problemas, pensó. ¿En qué nuevo lío se habría metido aquel hombre?

Mattie se preparó cuando la enfermera Gamble se dirigió hacia ella, con cara de pocos amigos.

–¿Y ahora qué?

Gertie Gamble se puso las manos en sus amplias caderas, irritada.

–Ahora ese viejo sinvergüenza ha preparado un motín contra los empleados de la cafetería. Te juro que le gusta causar problemas.

–¡Hola, preciosa! –la llamó su abuelo–. Me alegro de que hayas venido. No le hagas ni caso al coronel Gamble. Su trabajo consiste en dirigir esta cárcel con mano de hierro.

Gertie miró a su abuelo como si quisiera fulminarlo y después se volvió hacia Mattie.

–¿Entiendes a qué me refiero? Ahora la mitad de los residentes me llaman «coronel Gamble». Haz algo, Mattie. Yo llevo intentándolo toda la semana y estoy agotada –dijo la enfermera, dándose la vuelta–. Por cierto, he visto la estantería que le has hecho a Arthella Lambert. Es divina. ¿Podrías hacerme algo así en verde para que pegara con los muebles de mi cuarto de estar?

–Claro, Gertie, pásate por la tienda cuando puedas.

–Gracias –dijo la mujer sonriendo. Pero la sonrisa desapareció de sus labios cuando señaló al abuelo–. Es hora de que hables con él muy seriamente.

Mattie siguió a su abuelo, que se dirigía a la habitación ayudado por una muleta.

–El chico malo de Paradise ataca de nuevo, me han dicho –comentó Mattie–. ¿Por qué has armado esta revolución?

Los ojos de su abuelo brillaron, traviesos.

–Para que sepas lo que yo tuve que soportar cuando tú eras una adolescente, cariño. ¿Qué te parece lo de cambiar los papeles?

Era imposible para Mattie permanecer enfadada mucho tiempo con aquel hombre. Tenía razón, además. Ella le había dado mucha guerra durante aquella época.

–Entonces, es una venganza ¿no? –sonrió, dándole un beso en la mejilla.

–No hagas eso –murmuró su abuelo, mirando alrededor–. Le darás ideas a todas esas viejas que están locas por mí. Menos mal que llevo una muleta para quitármelas de encima.

Mattie soltó una carcajada.

–Supongo que es verdad que a las mujeres, tengan la edad que tengan, les gustan los chicos malos. Siendo el rebelde que eres, supongo que aquí llamarás mucho la atención.

–Alguien tiene que mover esto un poco –comentó el abuelo–.

Intenta comerte la bazofia que sirven en la cafetería. ¿Sabes cuántas formas hay de preparar ciruelas? Come conmigo mañana, cariño. Te garantizo que te unirás al grupo de amotinados. Solo queremos que nos den una comida decente.

–Que yo sepa, una buena dieta contribuye a mejorar la salud y los achaques de la edad –replicó Mattie, observando a su abuelo sentarse sobre la cama–. Sabes perfectamente que estás aquí para equilibrar la medicación para la artritis con una buena dieta y no arriesgarte a que tu diabetes aumente. No puedes volver a casa hasta que los médicos digan que estás mejor.

El abuelo se quitó las gafas y las limpió con el borde de la camisa.

–Ya sé que tengo debilidad por los fritos y las carnes rojas. Tampoco es para que me maten. ¿Para qué vivir si no se puede disfrutar de algo de vez en cuando?

Era difícil discutir con un hombre de setenta y ocho años que creía en vivir día a día.

–¿Tan mala es la comida? –preguntó Mattie, sentándose en el sillón que su abuelo había insistido en llevar a la residencia.

–La comida de perros sabe mejor –declaró el anciano, volviendo a ponerse las gafas–. Los filetes que sirven aquí son tan duros que se me cae la dentadura cuando hinco el diente. El pollo sabe a papel, las judías están demasiado cocidas y los postres saben a cera. ¿Quieres que siga?

–No, déjalo.

El abuelo miró hacia la puerta para asegurarse de que nadie lo escuchaba y después miró a su nieta.

–Tengo un plan, cariño. Puedes traerme comida cuando vengas a visitarme. Puedes dármela por la ventana para que no te vean entrar con ella. Nadie se enterará. Fred, Ralph, Herman y Glen están dispuestos a pagarte si haces lo mismo por ellos.

Mattie asintió, pensativa.

–Ya veo. Quieres que me convierta en cómplice de la banda de Roland.

El abuelo sonrió, burlón.

–Veo que lo has entendido. Eres una chica muy lista.

–Abuelo, tengo una reputación en Fox Hollow –le recordó ella–. Soy la gerente de una tienda importante.

–¿Y? Yo también tengo una reputación que mantener. Estos viejos… –como si él no fuera uno de ellos, pensó Mattie– dependen de mí para librar sus batallas. Yo llamo la atención sobre los

problemas que hay en esta residencia y exijo que se hagan cambios porque estoy en mi derecho. Los viejos deben exigir que se los respete. No nos gusta que hagan con nosotros lo que quieran, como si fuéramos tontos o inútiles. Si te digo la verdad, la gente aquí se muere de aburrimiento y porque se dan cuenta de que ya no valen para nada –siguió el abuelo, tomando la muleta–. Deja que te enseñe una cosa, cariño.

Mattie frunció el ceño cuando su abuelo señaló el cuadro, las estanterías y los objetos de madera que había llevado para darle una apariencia hogareña a la habitación.

–¿Ves esto?

–Sí, pero…

–Acuérdate. Y ahora ven conmigo –la interrumpió él, saliendo de la habitación–. Hola, Fred. Ha venido mi nieta.

Mattie metió la cabeza y vio a Fred, uno de los amigos de su abuelo, sentado en una habitación blanca sin adorno alguno, mirando a través de la persiana de su habitación.

–Hola, Fred. ¿Cómo estás?

–Mal. Pero gracias por preguntar, hija.

–Solo hemos venido para saludarte –dijo el abuelo–. Esta noche, partida de póquer a las diez. ¿De acuerdo?

–Muy bien –contestó el hombre, guiñándole un ojo–. Casi se me olvida que hoy es viernes. Aquí todos los días son iguales.

Cuando volvieron a la habitación de su abuelo, él sacó una baraja del bolsillo y Mattie lo miró, incrédula.

–Abuelo, por favor. Esas cartas tienen fotos de mujeres desnudas –murmuró, ofendida.

–Pues claro. Le pedí al nieto de Herman que me las trajera la semana pasada. Esta noche les voy a dar una alegría a los chicos… y no me mires así, cariño. No hay un solo hombre en mi timba que no haya visto una mujer desnuda un par de veces en su vida. Todos somos veteranos de la Segunda Guerra Mundial, hija. Las mujeres que conocimos en las islas del Pacífico no llevaban blusa y un grupo de hombres del batallón reunió dinero para comprarles sujetadores ¿Y sabes lo que hicieron con ellos?

–No, abuelo. ¿Qué hicieron con ellos? –suspiró Mattie.

–Los usaban para llevar cocos, de dos en dos.

Mattie no pudo evitar una sonrisa. Su abuelo siempre la hacía reír.

El hombre guardó las cartas de nuevo en el bolsillo del pantalón y se sentó cómodamente sobre la cama.

–Te he llevado a ver la habitación de Fred para que vieras cómo es. Él no se siente en casa porque no es una habitación alegre. No hay nada en las paredes, ni recuerdos ni fotografías. Nada. Y yo tuve que montar un número para que me dejaran colgar esas estanterías. No tendría por qué ser así. Aquí se paga mucho dinero todos los meses, pero nos tratan como si fuéramos criminales sin derecho a nada. Este sitio necesita un decorador para que sea estimulante y bonito. Si todos los pacientes exigieran su derecho de personalizar las habitaciones, podríamos conseguir algo. Esa es mi siguiente cruzada.

Mattie hizo una mueca ante la idea de que su abuelo emprendiera una nueva cruzada. Bernard Roland se había convertido en un rebelde y no cejaría en su campaña de exigir un trato mejor. Y la verdad era que ella estaba de acuerdo. La residencia parecía un aséptico quirófano, una sala de espera para el purgatorio. Definitivamente, no era un sitio muy alegre.

–La semana que viene voy a llevarle mis peticiones al director –le informó su abuelo–. Si lo consigo, el resto de los pacientes querrán que les decores la habitación como has decorado la mía. Y créeme si te digo que a todo el mundo le encanta. El problema es que todos no tienen dinero. ¿Se puede decorar con un presupuesto muy bajo, cariño?

Mattie se quedó inmóvil. ¿Su abuelo estaba buscándole nuevos clientes con la cantidad de trabajo que tenía? Sin embargo, la expresión decidida en el rostro del anciano le decía que aquello era muy importante para él. Estaba luchando para mejorar la calidad de vida de los residentes. ¿Podría sacar tiempo para un encargo de tales características?

¿Cómo podría no hacerlo? Varios de los residentes habían ayudado a su abuelo a criarla mientras él trabajaba en la construcción. Aquella gente le había dado de comer, había cuidado de ella y le había ofrecido su cariño cuando sus propios padres no querían saber nada.

Y como tenía a Joe Gray contratado en la tienda, podría encontrar tiempo para hacer feliz a su abuelo. Estaría hasta las cejas de trabajo, pero eso no era nuevo para ella.

–Muy bien, abuelo. De acuerdo –suspiró por fin.

El anciano se inclinó hacia adelante y apretó su mano.

–Gracias, cielo. Esto significa mucho para mí.

–Ya lo sé. Afortunadamente, esta mañana recibí un fax de la empresa indicándome que debía contratar un ayudante y lo he

encontrado inmediatamente. Joe Gray es un experto ebanista y…

–¿Joe Gray? No me suena ese nombre –la interrumpió su abuelo.

–Acaba de llegar a Fox Hollow. Le he alquilado el estudio del garaje.

Bernard guiñó los ojos oscuros, receloso.

–¿Quién es ese Joe Gray? ¿De dónde ha salido? ¿Qué sabes de él?

Mattie se quedó pensativa durante unos segundos, percatándose de que, en realidad, sabía muchas cosas sobre su nuevo ayudante, aunque solo llevaban ocho horas trabajando juntos.

–Tiene treinta y cinco años, es soltero, buen carpintero, agradable y se lleva muy bien con los clientes. Le gusta mucho su trabajo y no le da alergia el trabajo duro. Esta mañana tuve que recordarle que debía descansar media hora.

–¿Soltero dices?

Mattie miró al techo.

–No se te ocurra hacer de casamentero a estas alturas. Tienes demasiadas cosas en qué pensar. Además, Joe y yo tenemos una relación profesional y esa es la única relación que vamos a tener.

–Ya –murmuró su abuelo, irónico–. A menos que Joe sea un psicópata y esté escondiéndose en Fox Hollow, a mí me parece tu tipo. Algunos hombres se sienten amenazados porque sabes usar una sierra eléctrica mejor que ellos.

–Gracias a ti –sonrió Mattie.

–Pero si Joe comparte tus mismos intereses y es un hombre decente, yo te diría que adelante. A menos que haya algo horrible en él. ¿Es feo como el demonio?

–Todo lo contrario –rio Mattie–. Mis clientas no hacen más que pedirle cosas solo para estar cerca de él.

–Pues a mí me suena cada vez mejor. Un Mary Poppins femenino.

–Solo que trabaja para mí –insistió ella–. Tendría que despedirle si me interesara como hombre. O dejar la tienda. Y eso no puedo hacerlo. Sobre todo ahora, que acabas de endilgarme un encargo para tus amiguitos.

–Ah, ya, claro –murmuró el anciano–. Pero no hay uno solo de mis amigos que no te dijera que adelante si ese Joe te gusta, aunque te pasaras todo el día con él y nosotros tuviéramos que estar mirando estas paredes desnudas durante un mes antes de que encontraras tiempo para decorarlas.

–Abuelo… –dijo Mattie, con tono de advertencia.

–Ya no eres una niña, cariño y quiero que disfrutes de la vida que tu abuela y yo disfrutamos. Eso es algo en lo que deberías pensar.

Mattie se movió en la silla, incómoda. Habían hablado de eso antes, unas mil veces. Su abuelo quería que se casara y sentara la cabeza antes de que él muriera. Mattie lo comprendía, pero el amor no era algo que uno encontrase a la vuelta de la esquina. O se encontraba o no. Y, por el momento, no había aparecido. Había creído estar enamorada un par de veces cuando tenía veinte años, pero las relaciones se habían roto porque trabajaba demasiadas horas y tenía que cuidar de su abuelo. A la mayoría de los hombres no les gustaba competir con su abuelo porque era un hombre enérgico y activo que solía robar el espectáculo. Sus novios, los pocos que había tenido, la exigían elegir entre su abuelo y ellos. Y la decisión era siempre la misma. Aquel hombre la había criado, mantenido, enseñado y pagado sus clases en la universidad.

Mattie miró el reloj cuando su estómago rugió, recordándole que se había saltado el almuerzo para decorar el salón de Alice Dawson.

–Tengo que irme, abuelo. Aún no he cenado.

–Si hubieras cenado en la cafetería, te habrías quedado con el mismo hombre –murmuró él–. Te lo digo en serio. Tráeme algo la próxima vez, patatas fritas, palomitas, lo que sea.

Mattie suspiró, resignada a convertirse en cómplice.

–Muy bien. Haz una lista de lo que necesitas y llámame mañana. Te lo traeré todo el domingo por la tarde.

–Eres un cielo, Mattie. ¿Te lo he dicho alguna vez?

–Sí, abuelo. Cada vez que me metes en alguno de tus líos.

–Ya sabes que te quiero mucho. Siempre has sido mi chica favorita. Ahora tengo que conformarme con estos petardos viejos, pero eso no significa que no te quiera a ti más que a nadie.

Mattie se levantó de la silla para abrazar a su abuelo.

–Te quiero, abuelo. Aunque seas el líder de una banda de forajidos en la residencia Paradise.

–Y tú recuerda lo que he dicho sobre ese Joe Gray. Si te interesa, rompe un poco las reglas. Ya sabes que eso es lo que yo he dicho siempre.

Sacudiendo la cabeza, Mattie salió de la habitación. Su abuelo era, desde luego, el hombre de setenta y ocho años más joven del condado. Una vez le había dicho que lo único que lamentaba en la vida era no haberse arriesgado más, aunque en su opinión se había arriesgado suficiente. Pero en lo que se refería a la improductiva

atracción que sentía por Joe Gray, Mattie dudaba que arriesgarse fuera una buena idea.

No iba a despedir a Joe porque se sintiera atraída por él o porque quisiera conocerlo mejor. Lo necesitaba en la tienda, en aquel momento más que nunca gracias a la nueva misión de su abuelo.

Había controlado sus deseos durante muchos años y podría controlarse un poco más. Joe y ella iban a ser buenos amigos, se dijo a sí misma. Aquella era quizá la única vez que no pensaba seguir los consejos de su abuelo.

Y esa era su decisión final.

Capítulo Tres

El sábado, Joe estaba asombrado ante el número de clientes que entraban y salían de Hobby Hut. Cuando se lo comentó a Mattie, ella le dijo que Fox Hollow era el pueblo más cercano al lago y que los propietarios de los chalés compraban cosas para decorarlos. Además, a los retirados que vivían en las colinas les encantaba echar un vistazo a las cosas nuevas que llegaban a la tienda.

Joe nunca había visto tantas mujeres, jóvenes y menos jóvenes, comprando adornos para Halloween y el día de Acción de Gracias. Cuando su abuelo y él pensaron abrir una empresa de bricolage y decoraciones de madera, que después se extendió por todo el Oeste, no habían imaginado que tendrían tanto éxito. Pero con Joe directamente en las trincheras observando a aquellas mujeres, con algún que otro marido desganado acompañándolas, se daba cuenta de que el negocio iba para arriba. A la gente le gustaba decorar sus casas añadiendo toques personales y cambiando la decoración al menos una vez al año. Es la variedad lo que hace que la vida sea interesante.

Dos veces durante aquel día, los maridos de algunas de las clientes habían mirado a Joe de arriba abajo antes de murmurar «afeminado» entre dientes. Debería haberle ofendido que se cuestionara su masculinidad solo porque le gustaba trabajar la madera, pero decidió no darle importancia. Sin embargo, una vez tuvo que morderse la lengua cuando un hombre mayor se refirió a las cosas que vendían como «cosas de mujeres que un hombre no vendería a menos que le fuera la vida en ello».

Los pensamientos de Joe se disiparon como una bandada de patos cuando Mattie se colocó a su lado en la caja registradora.

–Aquí están los Zimmer para una devolución –le dijo en voz baja–. Será mejor que veas cómo trato con ellos, para la próxima vez. Aunque son encantadores, de vez en cuando intentan colármela.

Joe dio un paso atrás, mirando con curiosidad a la simpática pareja de ancianos que había al otro lado del mostrador, con un

bote de pintura en cada mano.

–Hemos cambiado de opinión sobre los colores del salón y el cuarto de estar –dijo Coreen Zimmer, dejando los botes sobre la mesa y sacando un recibo del monedero–. Y queremos que nos devuelvas el dinero hasta que decidamos qué color nos gusta.

A Joe le parecía una petición razonable y no entendía por qué pensaba Mattie que debía manejar ella misma la situación. Pero, para su sorpresa, Mattie tomó un destornillador del cajón y levantó la tapa de uno de los botes. Para su horror, metió un dedo dentro del bote y después se lo llevó a la boca.

–Agua coloreada –dijo, sonriendo burlona–. Muy graciosos, pero no funciona. Vais a tener que levantaros unas horas antes si queréis engañarme.

Homer Zimmer miró a Mattie con cierto resentimiento, antes de mirar a Joe.

–Lo habríamos conseguido si hubieras dejado que él nos atendiera. Sabíamos que había un nuevo ayudante en la tienda y queríamos comprobar lo listo que era.

Joe estaba completamente boquiabierto al comprobar que aquella pareja de encantadores ancianitos había intentando que le devolvieran el dinero de unos botes de pintura que ya había sido usada. No sabía si reír o echarles una regañina.

Mattie dejó los botes en el suelo, sin que la sonrisa se borrara de sus labios.

–¿Alguna cosa más que queráis colarme hoy?

–Ahora que lo dices –empezó a decir Coreen, sacando una bolsa de plástico del bolso–. Compré este angelito de madera hace unas semanas y no me di cuenta de que tenía un ala rota hasta que llegué a casa. Quiero cambiarlo por uno nuevo.

Joe se cruzó de brazos, esperando ver cómo Mattie solucionaba aquella nueva situación. Como siempre, ella sonrió mientras observaba la figurita.

–Coreen, tú sabes que yo misma coloco estas figuritas en las estanterías con todo el cuidado del mundo. Además, son ángeles. Y mis favoritos –dijo, mirando a Homer–. ¿A quién de los dos se le ha caído? Y no me mintáis, que estamos hablando de ángeles. Sería como decir una mentira en la iglesia.

Los segundos pasaban y nadie decía nada. Joe miró una cara arrugada y después la otra.

Aparentemente, Homer no podía soportar el silencio ni un minuto más.

–De acuerdo, de acuerdo, fui yo, maldita sea. Se me cayó el

ángel de la estantería. ¿Tienes pegamento de ese que lo pega todo?

–Claro que sí, Homer –aseguró Mattie–. Enseguida te lo traigo.

Cuando Mattie se alejó, los Zimmer se acercaron a Joe.

–Tienes mucha suerte de trabajar para esa chica –declaró Homer–. Es la chica más simpática del pueblo… ¡ay! –exclamó el hombre cuando Coreen le dio un codazo en las costillas–. Además de mi querida esposa, con la que me casé hace cuarenta y siete años. Mattie es, además, una artista. Nos encantaría comprar alguno de sus cuadros, pero no podemos permitírnoslo.

–Lo que mi marido está intentando decir es que esperamos que no intentes engañar a Mattie –añadió Coreen.

¿Y lo decían ellos, después del truco de la pintura? Eran un par de hipócritas. Pero estaba claro que apreciaban mucho a Mattie. Como todo el mundo en Fox Hollow.

–Yo nunca intentaría engañarla –aseguró Joe–. Me gusta mi trabajo y pienso conservarlo.

–Me alegro por ti, chico –sonrió Homer–. Pero nos han dicho que algunos vaqueros se han reído de ti. Creen que eres un poco sarasa por trabajar aquí.

–¿Y usted también lo cree?

–Yo creo que tienes muchos redaños por trabajar aquí, hijo –replicó el hombre–. Solo espero que los sigas teniendo cuando a esos vaqueros les dé por hacerte la vida imposible.

–Gracias por la advertencia.

Mattie volvió en ese momento con el pegamento.

–Cóbrales por favor. Yo tengo que terminar un encargo en el taller. Prometí que lo llevaría a casa del cliente cuando cerrara la tienda.

Joe consiguió abrir la caja registradora, mientras Homer maldecía en voz baja, quejándose del elevado precio del pegamento.

Cuando la pareja salió de la tienda, Joe se recordó a sí mismo que trabajar con el público no era fácil. Obviamente, llevaba demasiado tiempo sentado en su torre de marfil. Sus empleados se merecían un aumento por tener que trabajar en zona de combate.

Durante un breve descanso por la tarde, Joe oyó que sonaba el teléfono en el despacho y como Mattie estaba atendiendo a una cliente, corrió a contestar.

–Hobby Hut.

–¿Dónde demonios está Mattie? –escuchó una voz masculina al

otro lado del hilo.

–Está con una cliente en este momento. ¿Quiere dejar un mensaje?

–¿Eres Joe?

Joe parpadeó.

–Pues sí, señor.

–Ya me lo imaginaba. Soy el abuelo de Mattie y tengo una lista de cosas para ella. ¿Tienes un bolígrafo?

–Sí, señor –contestó Joe.

–No vuelvas a llamarme señor, hijo. Llámame abuelo.

Joe sonrió.

–Muy bien, abuelo.

–Una caja de galletas de chocolate, un bote de manteca de cacahuete, manzanas y patatas fritas. Galletas de chocolate con nata dentro y helados de vainilla… pero no de esos que nadie sabe de dónde son. De los buenos. Anota eso para Mattie.

Joe escribía tan rápido como era capaz.

–¿Hay una fiesta en la residencia?

–No. Tendrá que traer todo esto a escondidas. Aquí nos tratan como si fuéramos niños de guardería. Tienen miedo de que el azúcar haga que nos subamos por las paredes.

Joe se tragó una carcajada. Estaba deseando conocer a aquel personaje.

–¿Alguna cosa más, abuelo?

–Sí. ¿Te gusta mi nieta? –preguntó Bernard sin preámbulos.

–Pues…

–¿No te parece guapa?

–Muy guapa –contestó Joe.

–Desde luego. Soy viejo, pero no estoy ciego. Esa chica tiene un cuerpazo y una cara muy bonita. Supongo que te habrás dado cuenta.

–Pues…

–¿Te sientes amenazado porque sabe usar herramientas igual que un hombre? –el abuelo seguía haciendo preguntas a velocidad de vértigo.

–En absoluto.

–¿Crees que no tiene personalidad?

–Tiene mucha personalidad. Mattie es una de las mujeres con más personalidad que he conocido nunca.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–¿Problema? ¿Es que tenemos un problema? –preguntó Joe, sorprendido.

–No deberíais tenerlo. Ella está soltera y tú también. Mi nieta me ha dicho que eres un hombre decente y guapo y tú dices que ella es guapa y que tiene personalidad. Entonces, ¿cuándo vas a pedirle que salga contigo? Prácticamente estáis todo el día juntos, así que supongo que ya os conocéis bien.

–Yo creo que ese asunto es un problema para Mattie –comentó Joe–. Si las cosas no funcionan, si tenemos diferencias irreconciliables… seguiríamos teniendo que trabajar juntos y viviendo uno al lado del otro.

–Así que tienes miedo. ¿Es eso lo que estás diciendo, Joe?

–No estoy diciendo eso. Soy su empleado y tengo que respetar los deseos de Mattie.

–¡Por favor! Sigue mi consejo e invítala a salir… tengo que irme. Es hora de que los guardias lleven a los prisioneros a la cafetería para comer bazofia. Dale la lista a mi nieta, ¿de acuerdo? Tiene que traer la mercancía mañana por la noche. Si te chivas, lamentarás haberlo hecho. ¿Entendido, Joe?

Joe tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada ante la amenaza.

–No se preocupe, abuelo. Yo mismo llevaré la mercancía si Mattie no puede hacerlo. Considérelo hecho.

–Me caes bien, chico.

Cuando Joe colgó el teléfono y se dio la vuelta, vio a Mattie acercándose.

–¿Quién era?

–Tu abuelo –sonrió él, mostrándole la lista–. Ya veo que eres su cómplice.

Mattie se dejó caer sobre la silla, suspirando.

–Mi abuelo ha empezado una cruzada contra las condiciones de vida en la residencia. Su última misión consiste en decorar las asépticas habitaciones. Y tengo que hacerlo yo. Según él, esa residencia necesita un poco de ambiente hogareño para darle moral a los ancianos.

–Y no podías decirle que no, aunque no te quede tiempo libre durante… unos dos años, ¿verdad?

Cuando Mattie clavó sus ojos violeta en él, a Joe se le doblaron las rodillas.

–Mi abuelo tiene razón. Si hubieras visto a su amigo Fred sentado en la habitación, rodeado de paredes blancas, seguro que tú también lo apoyarías.

Joe levantó las manos, como la víctima de un atraco.

–No te pongas a la defensiva. No te estoy juzgando. Además, estoy de acuerdo. Si mi abuelo estuviera en una residencia, yo le daría todo lo que me pidiera. Y me encantaría ayudarte con el encargo. Supongo que hay que trabajar para clientes con un presupuesto muy limitado.

–¿Me ayudarías? –repitió Mattie, sorprendida–. Gracias, Joe. No sabes cómo te lo agradezco.

–Pero te costará –le advirtió él–. Tienes que prometerme que serás tú quien haga la cena los domingos mientras yo estoy serrando y lijando estanterías, baúles y cómodas.

–¿Y por qué supones que sé cocinar?

–No creo que haya nada que no sepas hacer –sonrió Joe–. Desde manejar herramientas a pintar cuadros, decorar casas y tratar con clientes difíciles.

Mattie inclinó la cabeza a un lado para estudiarlo.

–¿Estás dándome coba?

–No, señora. Todo lo que he dicho es cierto.

Lo que también era cierto, pero no se atrevía a decirle era que tenía el salvaje impulso de acercarse a ella, levantarla de aquella silla y besarla hasta que los dos se quedaran sin aliento.

Era el sentimiento más extraño que había tenido en su vida. Él, que salía con chicas guapísimas de la alta sociedad y había visto su fotografía y su nombre unido al de media docena de modelos en las revistas, se excitaba con una carpintera diminuta que tenía serrín en el pelo. Pero eso no importaba. Cuando ella sonreía, lo dejaba fuera de combate.

–¿Puedo decir que después de dos días de trabajo, sin una sola queja, no puedo darle más que una matrícula de honor, señor Gray? Sospecho que el mandamás le aplaudiría desde su trono.

–Muchas gracias –murmuró Joe, disimulando una mueca. Cada vez que Mattie nombraba al poderoso presidente de la compañía Hobby Hut, su conciencia lo hacía sentir culpable. Quizá debería decirle la verdad.

O quizá no. La opinión de Mattie sobre el rey del bricolaje era tan mala que se sentiría engañada y mortificada. No, estaba seguro de que la gerente del año no entendería la situación, no comprendería por qué estaba allí, de incógnito.

–¿Qué tal si te invito a una hamburguesa antes de ir a casa de Gladys Howser para colgar sus estanterías? –ofreció Mattie.

–¿Has cerrado la tienda?

–Sí. Haré la caja y podremos irnos a cenar.

–Muy bien. Pero yo invito.

Ella intentó protestar, pero Joe puso un dedo sobre sus labios para impedírselo. Aquel simple roce hizo que lo recorriera una corriente eléctrica. Joe sintió que se estaba electrocutando. Los labios de Mattie eran como de terciopelo y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no reemplazar el dedo con su boca.

Si hubiera sabido que Mattie Roland iba a provocar tan increíble reacción, nunca habría ido a la tienda. Pero era demasiado tarde. Le gustaba estar en aquella tienda, le gustaba estar en su vida y le gustaban las complicaciones a las que tenía que enfrentarse con un abuelo tan rebelde.

Por supuesto, si siguiera el consejo de su abuelo, sencillamente haría caso omiso de sus propias reglas y le pediría que saliera con él. Y su cuerpo aplaudiría aquella decisión.

–Invitarte a cenar es una forma de darte las gracias por el trabajo, por el estudio y por la oportunidad de desmontar el sistema en nombre de tu abuelo, mi abuelo y todos los abuelos que quieren mejorar la calidad de vida durante sus años dorados…

La voz de Joe se perdió cuando ella lo miró a los ojos. El tiempo pareció detenerse. La oficina se hizo más pequeña y Joe tenía la impresión de que Mattie, a pesar de las reglas, estaba preguntándose lo mismo que él. ¿Se atreverían a poner a prueba aquella mutua atracción y arriesgar lo que parecía el principio de una buena amistad?

Pero eso no podía ser. Siendo el mentiroso que era, entre ellos no podía haber una buena amistad. Él se había encargado de eso el primer día, cuando se presentó como Joe Gray y permitió que Mattie le confiara sus opiniones sobre el presidente de Hobby Hut.

Mattie creería que Joe Gray era el espía de Daniel J. Grayson, un investigador que estaba hostigando a una de las gerentes. No había pensado en eso cuando llegó a Fox Hollow, esperando encontrar de nuevo el entusiasmo y las ganas de vivir. Pero Mattie no vería la situación como él. Podía quitarle importancia, podía racionalizar que sus intenciones eran honestas y que había intentado hacerse pasar por un hombre normal para no recibir un trato preferente. Pero nada de aquello valdría con Mattie. Ella no lo entendería, estaba seguro.

Se había metido en tal agujero que iba a necesitar una escalera para salir.

Mattie se quedó mirando los ojos color ámbar clavados en aquel atractivo rostro y escuchó las palabras de su abuelo. Según él, cada

riesgo que no se ha aceptado es una oportunidad no aprovechada. «Rompe las reglas», le había dicho. «No las aceptes sin pelear».

¿Debería o no debería besar a Joe? Aquello era un problema. Ella era la gerente y él, un empleado. Si lo besaba, ¿le devolvería él el beso porque era su jefa y no quería perder el trabajo o porque realmente quería devolvérselo? Si él la besaba, ¿estaría pensando en su trabajo o en ella?

Era una trampa porque Mattie nunca sabría la respuesta.

Después de lo que le pareció un siglo pensando en las consecuencias, Joe trazó la curva de sus labios con el dedo. Y a Mattie se le doblaron las rodillas.

–Mattie, creo que los dos nos sentiríamos mejor si termináramos con esto de una vez. Tú eres la jefa, pero afortunadamente el horario laboral ha terminado. A pesar de mis intenciones, no creo que sea posible mantener una relación amistosa. La verdad es que me atraes mucho como mujer. Lo siento, pero así es.

Mattie no se hizo la inocente. Aparentemente, los dos pensaban lo mismo. Él se estaba preguntando, como ella, si un beso aliviaría la tensión sexual que había estado creciendo desde el día que Joe entró en la tienda.

–Sí –murmuró Mattie, intentado ignorar el deseo que la asaltaba cuando él estaba cerca. Pero era como intentar ignorar un ciclón dando vueltas a tu alrededor todo el día. Imposible.

–Creo que estás pensando que si tú me besas el resultado podría ser una denuncia por acoso sexual en el trabajo –dijo Joe entonces–. Seguramente crees que yo estoy pensando que puedo perder mi trabajo si te beso primero y a ti no te gusta. Así que, ¿por qué no nos encontramos en el medio, como dos adultos responsables? Las reglas y las normas de la casa serán olvidadas por el momento. Si las cosas no funcionan, volveremos al papel de jefe y empleado, pensaremos que esto ha sido un experimento que ha salido mal y seguiremos adelante con nuestras vidas. ¿De acuerdo?

–¿Y si el experimento no sale mal? –preguntó ella, temiendo respirar tan profundamente el tentador aroma del hombre que envolviera completamente sus sentidos, haciéndola olvidar el sentido común que había cultivado durante treinta años.

–Eso lo veremos cuando hayamos llevado a cabo el experimento –murmuró Joe con voz ronca–. El suspense me está matando, Mattie. A la de tres. Una, dos…

Unos golpecitos en el cristal de la puerta hicieron que Joe y Mattie se apartaran de un salto.

–¡Mattie! ¡Soy yo, Gladys Howser! ¿Sigues ahí?

Mattie no sabía si maldecir o bendecir a la impaciente clienta.

–¡Ya voy! –gritó.

Cuando Mattie salió del despacho a la velocidad de un caballo de carreras, Joe se desplomó sobre la silla. Quizá debería haber mantenido la boca cerrada, pero sus agitadas hormonas parecían haber tomado su cerebro al asalto. Había deseado tanto besar a aquel precioso duendecillo… Más que eso. Era como si estuviera hambriento de ella y no pudiera darse por satisfecho hasta probar los pétalos de sus labios.

–Estás loco –murmuró para sí mismo–. Desde luego, necesitabas desesperadamente unas vacaciones. De todas las mujeres impresionantes que has conocido, te vuelves loco por una chica que huele a pintura en lugar de a perfume caro, que lleva vaqueros gastados y camisetas en lugar de vestidos de lentejuelas. Y para complicar aún más las cosas, trabaja para ti, pero cree que tú trabajas para ella. Y encima piensa que el presidente de Hobby Hut es un avaro que solo piensa en los beneficios. ¿Te has dejado algo? Ah, sí. Eres un impostor y un mentiroso y Mattie es demasiado buena como para merecer tus engaños. Si tuvieras un poco de sentido común, le dirías que ha surgido un imprevisto y tienes que marcharte.

–¡Joe! –lo llamó Mattie–. Hay un cambio de planes. Gladys quiere que le colguemos las estanterías ahora, así que tendremos que dejar la cena para otro día.

Joe asintió. Era lo mejor. El destino intervenía o quizá los poderes cósmicos habían decidido que aquel beso no era buena idea. Pero nada podía convencer de ello a sus hormonas masculinas, a menos que un rayo lo dejara frito en el suelo.

–Yo haré caja antes de cerrar –se ofreció él–. Si confías en mí.

Mattie sonrió, mirándolo directamente a los ojos.

–Confío en ti, Joe. Si no fuera así, no estarías aquí y tampoco habría pasado lo que pasó hace cinco minutos.

En aquel momento, Joe se sentía como un canalla. La había mentido, se había hecho pasar por otra persona… y ella confiaba en él. Sospechaba que Mattie, con su generosa naturaleza, confiaba en todo el mundo. Herir a una persona como ella era como herir a un niño, un pecado que lo enviaría directo al infierno.

Quizá debería escribir un libro sobre cómo meter la pata y hacer las cosas mal sin darse cuenta, pensó.

Mientras Joe estaba haciendo caja, oyó que alguien llamaba a la puerta trasera.

–¿Y ahora qué? –murmuró, irritado.

Cuando abrió, se encontró con cinco ancianos. La banda de Roland, presumió. Joe miró al líder, apoyado en una muleta. El abuelo llevaba unos vaqueros a los que se habían pegado varias espigas y una camisa de algodón. Tenía el pelo blanco, gafas de metal y una actitud que demostraba a gritos su carácter.

Tras él había cuatro hombres, más o menos calvos, con gafas y ropa anticuada. Joe los saludó con la cabeza.

–Así que tú eres Joe –dijo el abuelo, mirándolo de arriba abajo–. ¿Qué os parece, chicos?

¿Chicos? Obviamente, aquellos ancianos estaban disfrutando de una segunda infancia.

–A mí me parece bien –dijo Fred–. ¿Qué piensas, Herman?

Herman miró a Joe de arriba abajo.

–Tiene una pinta decente. ¿Tú qué opinas, Ralph?

–Bien. ¿Y tú Glen?

–¿Tienes antecedentes penales, hijo?

–No. ¿Preferiría que los tuviera? –preguntó Joe.

–Réplicas ágiles. Eso me gusta –rio el abuelo–. ¿Mi nieta conoce esa faceta tuya?

–No.

–Pues no te la guardes. Tiene que conocerte del todo. Siempre es mejor así.

Joe no pudo contestar. No podía seguir el consejo del abuelo porque había mentido desde que la conoció.

–He visto a Mattie salir de la tienda hace unos minutos y me imaginé que la vieja furgoneta que quedaba aparcada era tuya. ¿Has terminado?

–Sí –contestó Joe, con precaución.

–No me mires así. No vamos a pedirte que nos ayudes a asaltar un banco ni nada por el estilo. Solo necesitamos alguien que nos lleve. No queremos que Mattie sepa que nos hemos escapado, pero estamos hartos de la cárcel. Nos vamos de pesca.

El abuelo levantó la barbilla, desafiante, esperando que Joe protestara.

Pero no lo hizo.

–Me parece bien.

–Las cañas están en el cobertizo y ya hemos caminado más de un kilómetro. ¿Te importaría llevarnos?

Joe hizo la caja, apagó las luces y cerró la tienda. Aunque aquello no era tan excitante como perderse en un beso con Mattie, colaborar con la banda de Roland también era emocionante.

–En la furgoneta solo hay un asiento –comentó Joe.

–Las sardinas no se quejan de estar en una lata y nosotros tampoco –replicó el abuelo–. ¿Le has pedido que salga contigo?

–No –suspiró Joe, apretándose contra la puerta de la furgoneta para dejarles espacio.

–Tienes nuestra aprobación. ¿A qué estás esperando? –preguntó Glen.

–Gracias. Eso significa mucho, viniendo de una pandilla de fugados –sonrió Joe.

–Muy bien, amigo, sigue haciendo el tonto y acabarás como nosotros, solo y harto de todo –dijo Herman–. No vas a encontrar a nadie mejor que Mattie. Yo la he visto crecer. Incluso la teníamos en casa cuando su abuelo tenía que irse del pueblo unos días.

–Yo también –anunció Ralph, orgulloso–. Wilma y yo, que Dios la tenga en su gloria, éramos tíos honorarios.

–Jean y yo también –dijo Fred–. Incluso fuimos a su graduación como parte de la familia. ¿No crees que Mattie sea suficientemente buena para ti, solo porque es un poco chicazo? ¿Ese es el problema?

–Es mejor de lo que me merezco –murmuró Joe.

–Habla alto, hijo –dijo el abuelo–. Las pilas de mi audífono se están acabando.

–¡Que me gusta mucho Mattie! –gritó Joe.

–Baja la voz –dijo Glen–. Somos un poco duros de oído, no sordos como una tapia.

Joe tomó la calle que llevaba a casa de Mattie. Divertido, y un poco exasperado, escuchaba a los ancianos insistir en que debía salir con ella. Si Mattie supiera que su abuelo y la pandilla estaban haciendo de casamenteros, le daría un ataque.

Joe, sin embargo, pensaba que su devoción hacia Mattie era conmovedora. Ella no estaba entre las cien fortunas más grandes del mundo, pero era una de las personas más queridas y respetadas en Fox Hollow. Sus clientes no dejaban de alabarla. Su abuelo y sus tíos honorarios la adoraban. Mattie tenía muchísimos amigos, mientras Joe solo tenía socios y conocidos, pero muy pocos amigos en los que confiar.

Había ido a Fox Hollow porque había perdido el contacto con la realidad, para estar entre gente normal y, en cuarenta y ocho horas, había recibido una dosis completa de vida. Su propia vida se había convertido en una lista interminable de informes financieros, márgenes de beneficios, reuniones ejecutivas y fiestas sociales. Pero allí, en aquel pueblo, se sentía vivo de verdad.

–¿Habéis cenado?

La pregunta despertó una serie de risotadas, comentarios y maldiciones.

–Ya te dije que los guardias nos llevaban a la cafetería para darnos la bazofia. Si llamas a eso cenar, pues sí, hemos cenado –gruñó el abuelo–. ¿Tienes algo de comida en el estudio?

–Claro que sí. Vosotros sacad las cañas y yo llevaré cerveza, comida y unos gusanos como cebo.

El abuelo sonrió, encantado.

–Eres la clase de hombre que me gusta, hijo.

–¿A qué hora tenéis que estar de vuelta en la residencia?

Glen sonrió.

–Hemos metido las almohadas dentro de las camas para que crean que estamos dormidos. Tenemos varias horas antes de que empiecen a buscarnos.

Joe sonrió. Sí, la vida en Fox Hollow iba a ser muy divertida.

Por un momento, se preguntó qué diría Mattie si supiera que había hecho de chófer para la banda de Roland. Y entonces decidió que Mattie debería darle las gracias por vigilar a aquella pandilla. Después de todo, si uno de ellos tropezaba y caía al agua, él podría sacarlo. En realidad, le estaba haciendo un favor.

Capítulo Cuatro

Mattie se puso en cuclillas para sellar el banco. Con el ruidito de los clavos como una serenata, pensaba lo bien que lo había pasado el domingo anterior diseñando con Joe mesillas, baúles y estanterías para la residencia. Usando madera sobrante de otros encargos, restos de pintura y mercancía deteriorada que arreglaban entre los dos, consiguieron crear unos preciosos muebles rústicos. Habían trabajado uno al lado del otro durante horas, charlando sobre unas cosas y otras, nada en especial. Solo hablaban, discutían sus proyectos y se conocían mejor.

Joe no había vuelto a mencionar el incidente del beso y ella tampoco. Se decía a sí misma que había sido una suerte que los interrumpieran. Pero una vocecita en su cabeza seguía repitiendo: «Atrévete, chica».

Durante toda una semana, Mattie había trabajado al lado de Joe, que era un empleado modelo. Además, ni se inmutaba por los comentarios de algunos vaqueros que pasaban por la tienda y se metían con el «sarasa» que hacía cositas de madera.

Joe ignoraba aquellos comentarios, tan seguro de su masculinidad que no se sentía intimidado.

Mattie se incorporó, haciendo un gesto de dolor por la incómoda postura y miró su reloj. Debería haber cerrado una hora antes y había hecho grandes progresos con los nuevos encargos de los clientes. Cada vez más gente requería sus cuadros y sus objetos de arte.

Había conseguido llenar otro solitario sábado por la tarde, pensó con tristeza.

Su vida social era un desastre.

Mattie había invitado a Joe a cenar, pero él le dijo que tenía otros planes y se marchó a la hora del cierre. Pero le prometió que al día siguiente la ayudaría con las estanterías para la residencia. Mattie se preguntaba si se habría cansado de su compañía y perdido interés en el beso que nunca había tenido lugar… y probablemente no lo tendría nunca.

La historia de su vida, pensó mientras desenchufaba la pistola de clavos y cerraba los botes de pintura. Ella siempre había sido «uno más» de los chicos en el instituto y la universidad. Nadie se había interesado nunca en salir con una chica que sabía utilizar las herramientas mejor que cualquier hombre.

Probablemente a Joe le pasaba lo mismo. Sin duda, había decidido buscar en otra parte. Las mujeres no dejaban de acudir a la tienda, coqueteando descaradamente con él, invitándolo a esto y lo otro.

Entonces ¿por qué le sorprendía que Joe tuviera una cita un sábado por la noche? ¿No había querido ella mantener una relación puramente profesional? ¿No buscaba un ayudante que se ocupara de la tienda para dedicarse a los encargos y renovar el escaparate? ¿No había querido tener más tiempo para hacer las cosas que le gustaba hacer? Había conseguido lo que quería, pero no se sentía feliz. Y todo porque se había encandilado de un hombre que no era para ella.

«Anímate, chica».

–Cállate –replicó Mattie, al escuchar la vocecita.

Pensaba ir a casa, meterse en un baño de espuma y ponerse ciega de patatas fritas en el sofá. Otro sábado por la noche lleno de emoción.

Compadeciéndose inmensamente de sí misma, Mattie cerró la tienda, entró en su coche y se dirigió a casa.

Una hora más tarde, con una camiseta demasiado grande que le servía de camisón, chancletas y poco más miraba por la ventana de la cocina una hoguera que iluminaba débilmente los árboles y el arroyo que había tras la casa.

–Maldita sea –murmuró, dirigiéndose a la puerta trasera. Sospechaba que su abuelo y su pandilla habían vuelto a escaparse de la residencia para pescar en el arroyo. Eso o los alienígenas habían llegado a la tierra. Irritada, Mattie tomó el camino y unos minutos después observó escondida tras un árbol. Allí estaban. Su abuelo estaba lanzando la caña en ese momento, mientras sujetaba una lata con la otra mano. Si se ponía enfermo a causa de aquellas aventuras lo mataría. Esas tonterías tenían que terminar.

Y por lo que tocaba al resto de la pandilla, Mattie los amenazaría con contárselo a sus familias si no dejaban de escaparse aprovechando la oscuridad…

Sus pensamientos se disiparon cuando vio a Joe Gray levantarse del suelo. Era él. Sus anchos hombros y estrechas caderas lo delataban mientras se inclinaba para tomar una cerveza de la

nevera portátil.

¡Aquello era increíble! Mattie estaba furiosa.

–Muy bien. La fiesta ha terminado –dijo bruscamente–. ¡Por Dios, abuelo!

El abuelo se llevó la mano al corazón, sobresaltado.

–¿Qué estás intentando hacer, Mattie? ¿Provocarme un infarto?

–¿Por qué no? Os pasará tarde o temprano si tú y tus amigos seguís saliendo por la noche, tomando cervezas y comiendo cosas saturadas de colesterol. ¿Es que habéis perdido la cabeza? Cuando el director de la residencia se dé cuenta de que no estáis en la cama, conseguirá una orden para que no podáis moveros de la habitación. Y tú… –siguió diciendo Mattie, volviéndose hacia Joe.

El abuelo empezó a mover los brazos para distraer su atención.

–Cálmate, cariño. Solo hemos bajado al arroyo para probar las nuevas cañas que Joe nos ha comprado. Y esto no es cerveza. Es zumo de fruta sin cafeína, ¿ves? –dijo el hombre, mostrándole la lata–. Además, el tonto del director no nos pilló el sábado pasado cuando nos escapamos y tampoco lo sabrá hoy. El resto de los pacientes nos encubren.

–¿El sábado pasado? –repitió Mattie, mirando a Joe como si quisiera fulminarlo–. Tú los trajiste aquí, ¿verdad?

–No lo culpes a él –interrumpió Fred–. Nosotros lo obligamos a traernos. Entre todos lo tiramos al suelo y le hicimos decir que sí. Es completamente inocente, ¿verdad, chicos?

Cuatro cabezas asintieron.

–Sí, claro –dijo Mattie, disimulando la risa–. Lo tirasteis al suelo entre todos, ¿no? Venga, guardad vuestras cosas ahora mismo. Volvemos a la residencia.

–Solo son las diez –se quejó Ralph–. Nos queda una hora antes de tener que preocuparnos por el toque de queda.

–Pues se siente. Estáis arrestados. ¡Tomad vuestras cosas y al coche! –ordenó Mattie.

Haciendo pucheros, los cinco hombres empezaron a guardar sus cosas, mirándola con cara de pocos amigos. Mattie se había convertido en la mala y eso no le gustaba ni un pelo.

–Mattie… –empezó a decir Joe.

–¿Qué? –preguntó ella, sin mirarlo.

–Quizá sea mejor que yo lleve a los chicos a casa. Aunque tú estás espectacular con esa camiseta, especialmente cuando te alumbro con la linterna, no te aconsejo que vayas por ahí de esa guisa. La gente puede llevarse una impresión equivocada.

Mattie se puso colorada como un tomate.

–Siento mucho que te sientas incómodo, Joe.

–Desde luego –murmuró él, con voz ronca–. Te das cuenta, por supuesto, de que esto afectará mi trabajo. Puede que tengas que despedirme por soñar despierto.

Cubriéndose lo mejor que pudo, Mattie se acercó hacia el sonriente Joe. La estaba tomando el pelo y parecía encantado.

–Idiota.

–Bomba sexual –replicó él.

Eso la dejó inmóvil. ¿Bomba sexual? Mattie nunca se había considerado nada por el estilo. Y ningún hombre se había referido a ella de esa forma. Evidentemente, Joe estaba tomándole el pelo de nuevo.

–Muy gracioso. Si has terminado de reírte de mí, puedes llevarte a esa panda de lunáticos a la residencia. Y no te preocupes, yo pagaré los refrescos y las cañas. Ir de compras para mi abuelo y su banda no es parte de tu trabajo.

Él levantó una ceja.

–¿También tienes que decirme qué debo hacer con el dinero que gano?

–Aún no te he pagado –le recordó ella.

–Ya, bueno. ¿Y qué? –preguntó Joe, haciéndose el listo.

Como el abuelo había sugerido, era mejor que Mattie viera su lado malo, su lado bueno y los que había en el medio. Y el hecho de que sus hormonas lo estuvieran volviendo irritable. Había pasado una semana terrible siguiendo las reglas de la empresa, sin tocarla, sin besarla… y para eso tenía que hacer uso de tal fuerza de voluntad que estaba exhausto. La deseaba, tanto que por las noches no podía dormir.

Y en aquel momento, viendo esa cascada de glorioso cabello negro cayendo por sus hombros, mirando la figura femenina que bajo la luz de la linterna era un pecado, su deseo crecía hasta niveles preocupantes. Aquella excitante imagen probablemente estaría grabada en su cerebro durante una semana. O mil.

–Lo que quiero decir, señor Gray, es que estos ancianos renegados no son responsabilidad suya. Son mi familia, todos. Los cinco me criaron.

–Ya lo sé, pero yo los he adoptado. Me distraen.

Ella levantó una ceja perfectamente depilada.

–¿Te distraen de qué?

Joe se colocó detrás de los cinco ancianos que se dirigían hacia la furgoneta.

–Mejor no te lo digo.
–¿Por qué? –preguntó ella.
–Acepta mi palabra, jefa. Es mejor que no lo sepas –contestó Joe, desapareciendo en la oscuridad.
Exasperada, Mattie apagó la hoguera y después volvió a su casa a paso firme. No tenía ni idea de por qué Joe necesitaba una distracción. ¿Estaría llorando un amor perdido? ¿Intentando superar un matrimonio roto? Le había dicho que no tenía esposa ni novia, pero eso no quería decir que no hubiera estado casado antes.

Cuanto más pensaba en aquella posibilidad, más se convencía de que Joe había huido de una situación difícil o de algún recuerdo doloroso. Eso explicaría por qué había aparecido en Fox Hollow con una bolsa de viaje como única posesión personal.
¿Y que se suponía que debía hacer ella? ¿Disculparse por despertar recuerdos desagradables cuando lo interrogaba? ¿Aparentar que no habían mantenido aquella conversación como habían intentado disimular que casi habían compartido un beso?
Mattie tomó un vaso de agua y se sentó en el sofá. El sonido de la televisión no la distraía de sus pensamientos. Esa palabra otra vez. ¿Por qué Joe necesitaba una distracción? ¿Estaba luchando contra demonios privados? ¿Debería preguntarle qué lo preocupaba?
Las luces de un coche iluminaron la ventana haciendo que Mattie se incorporase a toda prisa.
¿Qué había pasado? ¿Los cinco mosqueteros habían sido localizados antes de poder colarse en la residencia? ¿Los habrían echado?
Solo tardó un segundo en reconocer la furgoneta de Joe. Y vio que estaba solo.
–¿Los has metido en la cama? –preguntó, saliendo al porche.
–¿Puedo entrar? –dijo Joe entonces, pasando a su lado y cerrando la puerta con todo el descaro del mundo.
Era mucho más alto que ella y parecía más intenso y sombrío que nunca. Mattie dio un involuntario paso atrás e intentó cubrirse porque seguía llevando la reveladora camiseta.
–Lo primero, me gusta tu abuelo y sus amigos. Mucho –declaró Joe–. Yo crecí con mi abuelo y lo echo de menos. Él está sano y todavía puede disfrutar de un buen retiro, viajando y haciendo lo que siempre ha querido hacer, así que no lo veo a menudo. Y si ahora disfruto de un sustituto, multiplicado por cinco, es cosa mía. Para tu información, tenía permiso para sacar a la pandilla de paseo

esta noche. Ellos no lo saben, por supuesto, porque no quiero estropearles la diversión. Es más, tengo permiso para llevarlos de excursión cuando quiera siempre que eso no impida que tomen la medicación y no sea un riesgo para ellos. Me doy cuenta de que esto hace que tú parezcas la mala, pero ese es el papel que esperan de su nieta, honoraria o auténtica.

Mattie se sentía aliviada al saber que Joe había pedido permiso al director de la residencia. Podría haberse dado de tortas por no haberlo hecho ella cuando las cosas empezaron a escapársele de las manos.

–Muy bien. Disculpa si me he puesto un poco antipática.

–Aún no he terminado –aseguró él, mirándola con ojos ardientes–. He decidido que tienes que saber cuál es el problema del que necesito distraerme.

–Si no quieres hablar de ello, lo entiendo –murmuró Mattie, con voz ronca–. De verdad, Joe, si es algo personal y no quieres hablarlo conmigo, lo comprendo perfectamente. Si acabas de divorciarte o de romper una relación importante, sé que eso algo de lo que cuesta hablar. Considerando que llegaste aquí con una bolsa de viaje y una vieja furgoneta he sumado dos y dos y…

En ese momento, Joe soltó una carcajada.

–¿Eso es lo que has pensado? –preguntó, pasándose la mano por el pelo–. Supongo que doy esa impresión, ¿no? La verdad es que he huido de un trabajo que me estaba deprimiendo. Tuve que marcharme porque ya no estaba seguro de quién era. O quizá no me gustaba en qué me había convertido. Fuera lo que fuera, dejar atrás esa otra vida era la única solución. Necesitaba… alejarme de todo.

Eso podía contárselo. Pero no podía contarle que era el rey del bricolaje, ni que había dejado el trono de una compañía que había sobrepasado las expectativas de todo el mundo durante un tiempo. Eso no podía contárselo aquella noche. No cuando había ido a su casa para decirle otra verdad, que estaba volviéndose loco porque se había jurado a sí mismo no tocarla, gracias a una estúpida norma que él había redactado en su despacho durante un momentáneo lapsus de buen juicio. Y era la primera norma que pensaba anular en cuanto volviera a Oklahoma.

¿No era lógico que la gente que trabajaba en Hobby Hut tuviera intereses comunes? ¿Quién era él para desanimar una relación satisfactoria entre dos personas? Si la relación afectaba al trabajo era otra cosa. Pero la decisión era de Mattie. Él había tomado la suya mientras volvía de la residencia.

Joe suspiró con fuerza y después miró a Mattie, que esperaba

que continuase. Estaba tan tentadora con aquella camiseta, el pelo suelto y los expresivos ojos violeta dominando toda su cara…

El deseo lo golpeó por debajo del cinturón de los vaqueros. No era nada nuevo. Joe estaba en permanente estado de excitación desde una semana atrás. Mattie, sin embargo, no parecía darse cuenta de los esfuerzos que tenía que hacer para mantener el control. Era hora de que supiera el efecto que ejercía en él. Si Joe tenía que soportarlo, quizá Mattie debería tener que soportarlo también.

–Tú eres el problema por el que necesito distraerme –dijo, sin preámbulos.

Ella lo miró, boquiabierta.

–¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

–Vivir, respirar –contestó Joe. Mattie lo miró sin entender–. Lo digo en serio. ¿Quieres que dimita antes o después de besarte? Porque pienso besarte, a menos que a ti la idea te dé asco. Si es así, dilo Mattie.

Ella sonrió. Y se puso de puntillas para enredar los brazos alrededor de su cuello.

Joe la tomó por la cintura y su cuerpo reaccionó inmediatamente al sentir las suaves curvas pegadas a su contorno masculino.

–A la de tres –susurró, hipnotizado por sus ojos violeta–. Una, dos y tres…

Joe sintió que ella abría los labios bajo los suyos, invitadora. Y eso fue todo lo que necesitó para encenderse. El deseo se hizo imposible de disimular y respondió sin pensar, devorándola, saboreándola, tomando su boca hasta que creyó que iba a sufrir un ataque al corazón. Su ritmo cardíaco subió hasta niveles imposibles cuando la oyó gemir y sintió que ella enredaba los dedos en su pelo para devorarlo como él la devoraba a ella.

Joe deslizó las manos para acariciar el trasero femenino y después se atrevió a subir para acariciar sus pechos, rozando los pezones endurecidos por encima de la camiseta y sintiendo cómo ella se arqueaba. Cuando Mattie apretó las caderas contra la palpitante excitación masculina, Joe tuvo que hacer un esfuerzo para no echar la cabeza hacia atrás y aullar de angustia.

–Oh, Joe…

–Oh, Mattie –murmuró él, seguro de que su voz apenas era audible.

Joe volvió a tomar su boca, apretando sus caderas, dando y recibiendo un beso con tal carga erótica que lo dejó casi sin sentido.

Mattie sintió que le daba vueltas la cabeza. Su cuerpo se estremecía con unas sensaciones que no podía describir. Sabía que se sentía atraída por Joe, eso desde luego. Pero no había esperado perder el control de esa forma en cuanto los labios del hombre rozaran los suyos, en cuanto sus manos acariciaran su cuerpo, encendiendo fuegos que quemaban hasta el centro más sensible de su ser.

Incluso entonces, cuando él levantó la cabeza para buscar aliento seguía sintiendo como si sus huesos se derritieran. Nunca había experimentado nada como aquello, y desde luego no aquella vez en la universidad cuando su curiosidad por el sexo había hecho que perdiera la cabeza momentáneamente. Se había dado cuenta de su error inmediatamente después. El encuentro la había dejado sintiéndose como una tonta y no había permitido que ninguna otra relación fuera más allá de un beso.

Pero aquello, decidió, era como el deseo y la pasión debían ser, una sensación espontánea, ingobernable y desconcertante que no dejaba una sola parte de su ser sin ser tocada. Mattie siempre se había visto a sí misma como una persona que lo controlaba todo, pero cuando Joe la besaba y la acariciaba, se sentía completamente fuera de control… y no le importaba lo más mínimo.

El fascinante descubrimiento la hacía sentir atrevida, audaz. Cuando envolvió los hombros del hombre con sus brazos se maravilló de la reacción que desencadenaba, sintiéndose llena de poder al saber cómo lo excitaba.

–Unos besos impresionantes, señor Gray –sonrió después–. ¿Qué te parece el mejor de tres? Suspenderemos las reglas del rey del bricolaje durante unos minutos y veremos qué tal.

Una sonrisa traviesa iluminó el rostro de Joe. Intrigado por su sentido del humor y excitado porque le estaba pidiendo más, deslizó las manos desde sus pechos hasta su vientre y las dejó posesivamente sobre sus caderas. Cuando sintió el estremecimiento femenino de placer, otro lo recorrió a él.

–Casi me da un ataque al corazón con estos dos besos, Mattie. No estoy seguro de poder sobrevivir a otro. Y si sobrevivo, no puedo garantizarte que me conforme con seguir besándote. Me excitas, Mattie, en caso de que no te hayas dado cuenta. ¿Estás dispuesta a arriesgarte? Hablo de algo muy serio. ¿Estás preparada?

La sonrisa de Mattie desapareció. Admiraba y respetaba a Joe por dejarla elegir, sin abrumarla. Y no tenía duda de que podría hacerlo porque era un hombre devastadoramente sensual que, seguramente, tendría mucha experiencia con las mujeres. En

comparación, ella era prácticamente una novicia. Habían pasado años desde que se dejó llevar. Pero no tantos como para olvidar que había salido fatal.

Mattie apartó los brazos de los hombros de Joe.

–Seguramente tienes razón. Solo nos conocemos desde hace diez días y aunque hemos pasado mucho tiempo juntos, es demasiado pronto. No me gustan las aventuras, ni siquiera tengo tiempo para salir con nadie por mi trabajo y mis obligaciones con mi abuelo.

Y era por eso precisamente por lo que Joe había parado, aunque su cuerpo le exigía que siguiera adelante. Conocía a Mattie lo suficiente como para saber que no era la clase de mujer que se conformaría con un revolcón.

No era una mujer que mantuviera relaciones sexuales sin pensar. En resumen, no se parecía nada a las mujeres con las que solía salir. Joe sentía demasiado respeto por ella como para arruinar su relación profesional y personal solo para conseguir una breve aventura, por mucho que su cuerpo lo deseara.

–Eres muy especial, Mattie –murmuró.

Ella forzó una sonrisa.

–Sí, lo sé. Esa es una forma educada de decir que soy un chicazo a quien le gustan más las herramientas que comprar vestidos.

A Joe no le gustaba que Mattie hablase así de sí misma, especialmente porque él admiraba aquellas cualidades.

–Te equivocas. Tienes un don con la madera y eres una persona muy creativa. Arreglas cosas, creas objetos nuevos y resuelves problemas en la vida de tu abuelo y sus amigos. Eres una persona generosa y buena y tus vecinos acuden a ti para pedirte consejo. Además, la elegancia y el aspecto físico son cosas pasajeras. Tú tienes belleza interior, y eso es lo que cuenta.

–Gracias.

Mattie lo miró, asombrada de que la viera como alguien especial. Pero lo que realmente la impresionaba era que Joe parecía apreciarla por lo que era. Le hubiera gustado abrazarlo, pero considerando la explosiva reacción que tenía lugar cada vez que lo hacían, predijo que acabarían desnudos en el suelo del salón.

–Hay otra cosa que deberías saber –susurró él, apretándola contra sí–. Me gusta cómo me siento cuando estoy contigo. Tenía que alejarme de la vida que estaba viviendo porque no estaba seguro de si la gente me apreciaba por mí mismo. Tú me has ayudado a encontrar a la persona que se perdió en alguna parte. Disfruto siendo parte de tu vida. Si la intimidad es demasiado para

ti lo pasaré mal, pero lo dejo a tu entera elección. Cuando estés preparada para dar ese paso, dímelo.

Joe se apartó entonces, aunque hubiese preferido no hacerlo. Cuando miró alrededor, vio varias estanterías, cuadros, un banco de madera y muchas plantas. Estudiar la decoración de su casa era la distracción que necesitaba para no hacer una locura, como por ejemplo tirar el sentido común por la ventana y sucumbir a las necesidades de su cuerpo.

–¿Tú sabes el talento que tienes? –preguntó, acercándose a uno de los cuadros–. Pones tanta vida, tanto detalle y color que tus cuadros atraen.

Joe se movió hacia otro cuadro en el que estaba dibujado el puente de madera al sur del pueblo que Joe había cruzado con la banda de Roland. El arte de Mattie lo transportaba hasta allí y lo llenaba de paz. Y se le ocurrió pensar, mientras miraba un tercer cuadro, que sus cuadros estaban llenos de serenidad, de paz espiritual.

Mattie tenía una creatividad increíble. Siempre elegía la mejor combinación posible de colores y objetos. Y a Joe le encantaría tenerla en el departamento creativo de las empresas Hobby Hut. Mattie era una fuente de ideas.

–¿Quieres una taza de chocolate? Si estás tan fascinado con el salón, supongo que querrás ver el resto de la casa –dijo ella entonces, sintiéndose halagada.

–Me encantaría, gracias –dijo él, sin mirarla, tan concentrado estaba en un cuadro en el que Mattie había pintado un barco–. ¿Cuándo encuentras tiempo para pintar?

–Han pasado muchos meses desde la última vez que pude pintar un cuadro como ese. La tienda monopoliza todo mi tiempo y los encargos para los clientes ocupan mis horas libres. El poco tiempo que me queda lo necesito para visitar a mi abuelo.

Mientras Mattie entraba en la cocina para preparar el chocolate, Joe iba de pared en pared, fascinado. Pero fue el cuadro que había sobre su cama el que lo sorprendió más.

Era un corro de niños, jugando y riendo alrededor de un roble. Al fondo, una casa y un granero. Una joven pareja estaba sentada en el porche de la casa mirando a sus hijos.

Joe se quedó inmóvil, sintiéndose atraído hacia el círculo familiar que nunca tuvo y que probablemente nunca hubiera tenido si siguiera en su oficina de Oklahoma.

De repente, Joe hubiera querido estar dentro del cuadro, sentado en el balancín del porche, abrazando a su mujer. Deseaba aquella

vida, no un despacho lleno de hombres y mujeres atentos a sus menores caprichos. Quería sinceridad, auténtica amistad, la oportunidad de crear algo con sus manos como había hecho Mattie. Amar. Eso era lo que deseaba más que nada. Amar y ser amado. Ser importante para otra persona, deseado, necesitado. Hacer que la vida de alguien fuera diferente…

Sentimientos tan intensos y profundos que nunca antes había experimentado lo bombardearon con la fuerza de un tornado. Joe tuvo que dar un paso atrás, percatándose de lo vacía que era su vida. La vida de Mattie estaba llena y era completa por su dedicación a los clientes, a los amigos y a su abuelo. Sin embargo, se dio cuenta de que aquel cuadro mostraba lo que le faltaba para completar su vida. Mattie llenaba su vida con sustitutos del amor, pero aquel cuadro era su sueño.

–El chocolate está listo.

Joe se dio la vuelta y cuando la vio sonriendo se dio cuenta de que no podía estar a solas con ella hasta que se hubiera calmado, hasta que hubiera puesto todas aquellas emociones bajo control. Si no se marchaba en aquel momento, los sentimientos que encogían su corazón y su abrupta desesperación iban a ser más fuertes que él. Podría hacer una estupidez, como seducir a Mattie allí mismo, en ese mismo instante. Y no podía hacer eso, no después de haberle prometido que le daría tiempo para pensárselo.

–Tengo que irme –murmuró, sin mirarla.

–¿Joe, qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

–No.

Se encontraba raro, intenso… y eso le daba mucho miedo. Tenía que sentarse a pensar. Entraría en su estudio, se colocaría delante del gigantesco mural y lo miraría hasta que se le pasara aquel nerviosismo.

–¿Joe?

Mattie dejó caer los hombros cuando escuchó el ruido de la puerta. ¿Por qué se portaba de forma tan rara? Entonces se fijó en el cuadro que Joe había estado mirando. ¿Era eso lo que lo había dejado tan angustiado?

–Pero… –la voz de Mattie se cortó cuando recordó por qué había pintado aquel cuadro. Aquella era la familia que nunca iba a tener. Sabía que nunca encontraría al hombre de sus sueños, un hombre que compartiera su idea de tener una familia y su gusto por el arte y la carpintería…

¿Aquel cuadro habría recordado a Joe lo que no tenía?

Mattie no podía contestar a aquella pregunta porque él no le

había confiado gran cosa sobre su pasado. Le había dicho que sus padres lo habían abandonado, como a ella. Le había dicho que sus abuelos lo habían criado, como a ella. Pero no sabía dónde trabajaba, qué había estudiado, quiénes habían influenciado su vida. Obviamente, había algo que le rondaba la cabeza, algo que no le había contado.

–Déjalo, Mattie. Tú no eres Freud –murmuró para sí misma, mientras se dirigía al salón–. Esta es tu vida y te gustaba mucho antes de que Joe apareciera. Da las gracias por lo que tienes y no llores por lo que no tienes.

Después de darse a sí misma aquel consejo, Mattie encendió la televisión y se tumbó en el sofá.

No tenía sentido perder el tiempo intentando imaginar qué le pasaba a Joe cuando ni siquiera podía ponerle nombre a aquel sentimiento extraño que la recorría a ella. Debía ser la cafeína, pensó. Pero en su interior sabía que esa aflicción tenía mucho que ver con Joe Gray. Estaba empezando a sentirse más que atraída por él, fuera buena idea o no. Sabía que Joe solo estaba en Fox Hollow de forma temporal. Si se enamoraba de él, le rompería el corazón.

«Arriésgate, cariño. Siempre lamentarás las oportunidades que no has aprovechado».

Mattie se levantó, apagó la televisión y se fue a la cama. Lo último que quería en aquel momento era recordar la filosofía de su abuelo. Lo que necesitaba era una buena noche de sueño.

Capítulo Cinco

Sentado en el sillón, Joe miraba el enorme mural que reflejaba los pinos, el lago claro como el cristal y las altas montañas. Una sensación de paz lo invadía, mientras se concentraba en el paisaje. Seguía sin saber por qué el cuadro que colgaba sobre la cama de Mattie lo había afectado tanto. Él no solía pensar demasiado en su futuro, ni lamentar el pasado, solo trabajaba en la compañía hasta que se había convertido en un negocio millonario. Pero ese cuadro representaba el círculo familiar que no había tenido de niño y probablemente no tendría de adulto. Se había programado a sí mismo para estar satisfecho con su vida, hasta que no había podido soportarlo más.

–Escúchate a ti mismo. Hay millones de personas en el mundo que darían cualquier cosa por estar en tu pellejo.

Por impulso, Joe tomó el móvil y marcó el número de su abuelo. El teléfono sonó tres veces antes de que J.D. Grayson contestase.

–¿Dígame?

–Hola, abuelo. Soy yo.

–¿Dónde demonios estás, hijo? He intentado llamarte varias veces, pero siempre está el buzón de voz –dijo su abuelo–. Tus ejecutivos han estado llamando toda la semana para intentar localizarte.

–Me he marchado de la ciudad –explicó Joe–. Era hora de obligarlos a ganarse el sueldo. Tienen que dejar de depender de mí para tomar decisiones.

El mayor de los Grayson debió notar la amargura y frustración que había en la voz de su nieto, porque rio suavemente.

–Ya te dije que estabas demasiado encima de todo. Necesitan aprender a trabajar solitos, pero me parece muy raro que te hayas marchado sin decir dónde. ¿Dónde cuernos estás?

–Tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie.

–¿Yo? No le diré nada a esos gallinas si tú no quieres.

–Estoy en Fox Hollow, trabajando de incógnito en una de

nuestras tiendas.

–¿Y para qué demonios estás haciendo eso?

¿Cómo podía explicárselo sin parecerse a su irresponsable padre, que se había marchado en busca de sí mismo? Con su abuelo, aquel era un tema delicado.

–Necesitaba volver a ponerme en contacto con los principios. Con lo que tú y yo empezamos a construir hace años, cuando trabajábamos en el garaje.

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

–Dime que no te has vuelto como tu padre. O como la frívola de tu madre.

–No soy mi padre, abuelo. Solo necesitaba volver a recuperar el entusiasmo que sentía al principio, cuando vendíamos objetos de madera a otras empresas.

–¿Es que habías olvidado el objetivo original?

–Sí. Voy a darme otras tres semanas. Mattie tiene tantos encargos que necesita mi ayuda.

–¿Quién es Mattie?

–Es la gerente del Hobby Hut de Fox Hollow. Le gusta la carpintería tanto como solía gustarnos a nosotros –contestó él–. Y además es una artista de mucho talento. Ahora mismo estoy sentado frente a un mural de las montañas Rocosas y parece que estoy encima de uno de los picos.

Su abuelo rio suavemente.

–No es eso lo que quería saber, hijo. ¿Es una de esas modelos que suelen ir colgadas de tu brazo?

–Todo lo contrario.

–¿Es rica?

Joe sonrió por primera vez en una hora.

–Inmensamente. Tiene docenas de amigos y no le importan nada la fama y el dinero. Lo único que quiere es hacer cosas bonitas para sus clientes.

–Ya –murmuró su abuelo–. ¿Y sabe quién eres?

Joe se movió en el sillón, incómodo.

–No. Me conoce como Joe Gray, su empleado. Aparecí en la tienda justo después de que recibiera un fax de la compañía sugiriéndole que contratase un ayudante.

–Qué listo.

–En aquel momento, me pareció una solución perfecta.

–¿Y ahora?

–Me temo que las cosas se han complicado.

–Ah…

Joe estaba seguro de que su abuelo estaba leyendo sus pensamientos.

–Eso digo yo. Ah…

–Vaya, vaya. Pues ya era hora. Nunca me han gustado esas muñecas de porcelana que te seguían a todas partes. Entonces, esta Mattie, ¿es una mujer de verdad?

Joe le explicó a su abuelo la dedicación de Mattie en la tienda, los encargos de sus clientes, la situación de su abuelo y la pandilla de renegados… Cuando terminó de relatarle la historia, J.D. se estaba riendo a carcajadas.

–Fox Hollow parece un sitio muy divertido. Me gustaría conocer a Mattie y su abuelo.

–Aunque podrías, eso complicaría la situación aún más.

Al otro lado del hilo hubo una larga pausa.

–¿Lo estás pasando bien?

–Sí, abuelo. Mejor de lo que lo he pasado desde que decidiste retirarte y dejarme solo a cargo de la empresa.

–Deseo que seas feliz, hijo. Llamaré a la empresa y le diré a esos tontos ejecutivos tuyos que solucionen lo que haga falta porque no volverás hasta final de mes.

–Gracias, abuelo. ¿Te vas de viaje a alguna parte?

–No. El último viaje me dejó exhausto. Que lo pases bien, hijo.

Cuando Joe colgó el teléfono, se sintió mejor. Su anciano abuelo era el único contacto que necesitaba con su otra vida. Y el hecho de que aprobara su decisión le quitaba un peso de encima.

Joe se tiró sobre la cama. Le gustaría que fuera otra cama, pero había prometido no presionar a Mattie aunque la deseaba con todas sus fuerzas.

El domingo por la mañana, Mattie miró por la ventana de la cocina y vio a Joe trabajando industriosamente. En lugar de utilizar la pistola de clavos o la lijadora, que la habrían despertado, estaba pintando unas estanterías y unos percheros. Su consideración la hacía sonreír y sentir un calorcito por dentro.

Después de tomar un zumo de naranja y una tostada, Mattie se puso la ropa de trabajo y se acercó a él.

–Buenos días –murmuró, estudiando su atractivo perfil.

–Hola. He empezado a trabajar temprano para tener parte de los encargos de la residencia a mediados de semana…

Sin preámbulos, Mattie se acercó a él, enredó los brazos

alrededor de su cuello y lo besó en la boca. Cuando se apartó, Joe la miró, incrédulo.

–¿Qué he hecho para merecer eso?

–Por ayudarme con las estanterías, por ser tú y… porque me apetecía besarte.

Joe la tomó por la cintura y la besó de nuevo, aquella vez con el doble de pasión. El deseo sorprendió a Mattie entonces, recordándole su reacción la noche anterior. Sin duda, aquel hombre la encendía. A pesar de los incómodos pensamientos que lo habían hecho abandonar la casa a toda prisa, Joe parecía haber vuelto a ser el mismo. Y Mattie se alegraba. Se había acostumbrado a tenerlo cerca, a estar con él. Por eso lo había besado.

Estaba intentando darle una pista. Lo había pensado durante toda la noche y había decidido que quería tener con él una relación más que profesional, aunque al mandamás de Hobby Hut no le hiciera gracia que sus empleados confraternizaran. Mattie había pasado la noche dando vueltas y vueltas en la cama, escuchando el eco de las palabras de su abuelo sobre vivir la vida al máximo, sobre arriesgarse.

Joe levantó la cabeza, sus ojos color ámbar brillantes de pasión.

–Esta es una forma interesante de empezar el día, jefa. ¿Estás intentando decirme algo?

Mattie asintió. Su coleta torcida brillaba como el azabache bajo el sol.

–Estoy retando al mandamás de Hobby Hut –anunció.

Joe sonrió. No lo sabía ella bien.

–Entonces, ¿podemos besarnos?

–Mientras eso no interfiera con el trabajo…

–Muy bien –dijo Joe–. Y sobre lo de anoche, lo de marcharme de esa forma tan brusca…

Ella levantó una mano.

–No hace falta que me des una explicación porque hoy empezamos dejando las cosas claras. ¿De acuerdo?

Joe trazó la línea de sus labios con el dedo.

–De acuerdo. Estoy de acuerdo contigo en que las reglas del jefazo son una tontería. ¿Quién es él para meter la nariz en las relaciones de los demás?

Mattie dio un paso atrás. Mejor eso que perder todo interés en los cuadros, las estanterías y los baúles que tenían que terminar para la residencia.

–Será mejor que nos pongamos a trabajar –dijo con voz débil, demostrando claramente el devastador efecto que ejercía en ella.

–Tienes razón. Sugiero que te dediques a medir y a cortar la madera antes de que olvidemos para qué estamos aquí. Parece que no te das cuenta de que eres una distracción para mí, señorita.

–Anoche dijiste que yo era el problema que requería distracción –le recordó ella.

Le gustaba sentirse cómoda al lado de un hombre por primera vez en siglos. Joe era bueno para su ego.

–Tú eres la causa y la cura, Mattie –sonrió él, dándole un golpecito en el trasero–. Y ahora ponte a trabajar.

Ella levantó una ceja.

–Te gusta tomar el mando, ¿eh?

–Puede ser –murmuró Joe. Y después decidió cambiar de conversación–. Te invitaré a comer si me dejas terminar esto sin distraerme.

Sonriendo, Mattie tomó el metro y la sierra pequeña. Dar un paso adelante con Joe parecía algo tan sencillo, tan natural. Había decidido dejar que ocurriera y así había sido. Había un hombre en su vida por fin, un hombre con el que compartía muchas cosas, un hombre al que no molestaba su dedicación a su abuelo, un hombre que la hacía sentirse femenina, deseada.

El sentimiento siguió con ella durante toda la mañana. Mattie y Joe trabajaban con la precisión de dos carpinteros. Él le daba las herramientas que necesitaba antes de que las pidiera y viceversa. A la hora del almuerzo habían terminado un grupo de estanterías y cortado madera para una mecedora, una consola y un perchero.

Satisfecha con los progresos, Mattie subió a la furgoneta de Joe, dispuesta a satisfacer su hambriento estómago. Estaba de buen humor y le duró hasta que llegaron a la puerta del café y cuatro vaqueros con aspecto resacoso se interpusieron en su camino.

–Mira, si son el chicazo y el sarasa –dijo Buck Reynolds, sonriendo despreciativamente.

–Oye, nena, ¿sigues haciendo flores de madera? –preguntó Harlan Barker.

Mattie no apreciaba demasiado a sus antiguos compañeros de instituto, con los que solía pelearse por meterse con ella. La irritaba que unos hombres que no habían hecho nada positivo en su vida sintieran la necesidad de meterse con Joe, que no les había hecho nada en absoluto.

–Dejadnos en paz, idiotas. Ya sé que estáis molestos porque el bar no abre los domingos, pero necesitáis recuperaros de la resaca.

–Mattie, eres tan bocazas como en el instituto –dijo Leo Sampson, mirando a Joe con gesto condescendiente–. ¿Esto es lo

mejor que has conseguido? ¿Un mariquita?

¡Aquello era demasiado! Mattie se negaba a permitir que aquellos enanos mentales insultaran a Joe.

–Joe es más hombre que todos vosotros juntos. Y para vuestra información, estamos teniendo una aventura romántica muy satisfactoria. Si alguno de vosotros tuviera la habilidad que tiene Joe en la cama, no tendríais que estar metidos en el bar toda la noche, inventando historias de conquistas que no habéis hecho.

Joe casi se atragantó cuando Mattie se lanzó a defenderlo, anunciando que estaban juntos. Cuando… aún no lo estaban. El hecho de que ella arriesgara su reputación para salvar la suya hizo que se le formara un nudo en la garganta. Nadie había dado la cara por él como lo estaba haciendo Mattie. Aunque tampoco necesitaba que nadie lo hiciera porque llevaba muchos años librando sus propias batallas. Que a ella le importase que no lo ridiculizaran lo asombraba.

Por un momento, Joe se sintió tan abrumado que no podía hablar. Los cuatro vaqueros, sin embargo, no tenían ese problema porque no utilizaban el cerebro antes de abrir la boca.

–¿Estás liada con un mariquita? –rio Harlan.

–Joe no es mariquita –replicó Mattie–. Y ahora, dejadnos pasar. Id a molestar a otra parte.

Cuando Buck intentó agarrarla del brazo, Joe reaccionó instintivamente, dando un golpe seco sobre la muñeca del hombre, que empezó a gritar de dolor. Los otros tres vaqueros se le echaron encima. Dos puñetazos rápidos en el estómago de Harlan dejaron al borracho de rodillas. Un puñetazo en la nariz de Leo hizo que trastabillara y un rodillazo en el plexo solar del cuarto hizo que se doblara de dolor.

Era domingo y allí estaba Joe peleándose con los borrachos del pueblo, cuya opinión sobre él le tenía sin cuidado. Sin embargo, se sentía obligado a probarle a aquellos payasos y a Mattie que era tan macho y tan duro como cualquiera. Y tenía que admitir que se hinchó de orgullo cuando ella lo miró como a un héroe que se hubiera cargado un escuadrón entero de terroristas.

–¡Vaya! ¡Sabes pelear!

–Jugaba al fútbol en el instituto –dijo Joe, a modo de explicación–. Me he dado cabezazos con los mejores –añadió, tomándola del brazo–. Perdonad chicos, pero le prometí a Mattie que la invitaría a comer. Encantado de conoceros. Quizá un día podamos tomar una cerveza juntos.

–¿Por qué dices eso cuando sabes perfectamente que esos borrachos no tienen nada que ver contigo? –preguntó Mattie, cuando entraban en el café.

–¿Y por qué les has dicho tú a esos imbéciles que nos acostamos?

–Quizá estaba poniéndole voz a mis deseos –contestó ella, tan tranquila.

Joe se quedó helado, mientras Mattie se dirigía hacia una de las mesas, saludando a todo el mundo. Era domingo y comer juntos en el café demostraba que entre ellos había algo más que una relación profesional.

Joe no estaba seguro de cómo se sentía sabiendo que Mattie se estaba poniendo en aquella comprometedora posición. Su cuerpo estaba a favor de llevar la relación a otro nivel, desde luego. Pero a sus hormonas no le importaba cómo una aventura con él afectaría la vida de Mattie en el pueblo en el que se había criado.

¿Qué podía él ofrecer a una mujer como Mattie? ¿Un par de semanas de diversión sexual, ayuda para sus encargos profesionales?

Era la misma pregunta que se había hecho por la noche, mientras observaba el cuadro que colgaba sobre su cama. Se encontró a sí mismo preguntándose si él podría ser el hombre del cuadro, si quería serlo, si Mattie querría que lo fuera. Y supo entonces que, por haberla engañado sobre su identidad, no había oportunidad de que lo fuera.

Joe se sentía culpable. Debería decirle quién era, explicar por qué había ido allí.

–Mattie, tengo que decirte una cosa.

Ella alargó la mano por encima de la mesa y enredó los dedos con los suyos. Su sonrisa, la expresión de sus ojos violeta, lo dejaron sin habla.

–No hace falta, Joe. Esta mañana he tomado la decisión de olvidarme de las normas. Vamos a tomar las cosas como vengan, ¿de acuerdo?

Él la miró sin decir nada durante unos segundos. Quizá tenía razón. Quizá deberían descubrir las posibilidades de su relación antes de confesarle quien era. Quizá unas semanas después, Mattie estaría preparada para verlo marchar y él podría estar dispuesto a marcharse sin mirar atrás.

Joe recordó entonces lo que su abuelo le había dicho. «Deseo que seas feliz». Era feliz y no quería desprenderse de aquella sensación.

De modo que siguió el consejo de su abuelo y disfrutó de la compañía de Mattie. Durante las próximas semanas, iba a ser Joe Gray, un hombre normal que no pensaba demasiado en el futuro.

No podía hacerlo. Porque, en aquel momento, no podía ver más que el encantador rostro de duende que había frente a él.

Mattie se estaba poniendo máscara de pestañas para resaltar el tamaño y el color claro de sus ojos. No solía ponerse maquillaje, pero la verdad era que mejoraba mucho su aspecto. Además, se había puesto el vestido más bonito que tenía. No era nada espectacular, pero aquella noche tenía algo que decirle a Joe Gray. Y como no tenía ropa interior de encaje, decidió ir sin ella.

La idea hizo que sonriera, traviesa, mientras se miraba al espejo. Ella, intentando seducir a su ayudante. Las normas se habían ido a la porra.

–Hay una primera vez para todo –se dijo Mattie a sí misma–. Esta noche o nunca. Adelante, chica.

Estaba casi segura de que él no la rechazaría cuando llamase a su puerta. Durante los últimos días, Joe la había mirado como si quisiera comérsela y había expresado su deseo cuando se besaban por las noches, después de trabajar.

Él le había dicho que cuando quisiera algo más que un beso, debía hacérselo saber. Y Mattie estaba segura de que no llevar nada bajo el vestido sería pista suficiente.

Unos segundos después, salió de la casa y llamó a la puerta del estudio. Al principio, se puso nerviosa, pero respiró profundamente para darse valor. Estaba interesada en un hombre y pensaba hacérselo saber.

Cuando la puerta se abrió, Mattie vio que a Joe casi se le salían los ojos de las órbitas mirando el vestido de color lavanda. La mirada de admiración le dio la confianza necesaria para entrar.

–¿Estás intentando que me dé un ataque al corazón? –preguntó él, sin dejar de mirarla–. No hay nada debajo de ese vestido, ¿verdad?

–Estoy yo –sonrió ella con expresión traviesa.

Joe dio un paso atrás, como si no quisiera estar tan cerca. Aquella no era la reacción que Mattie había esperado cuando planeó pasar a la acción.

–¿Qué estás haciendo aquí, Mattie? –preguntó él, con voz ronca.

–He decidido tener la aventura que le dije a todo el mundo que estaba teniendo. No me gusta contar mentiras.

Y a él tampoco. Joe sabía que Mattie valoraba la sinceridad, pero decirle la verdad sobre quién era le parecía poco apropiado. Además, cuando la miraba todos los pensamientos se iban por la ventana. Mattie no lo había tocado, ni él a ella, pero ya le dolían sitios que hubiera deseado poder olvidar que existían.

La televisión estaba encendida, pero Joe solo podía oír los latidos de su corazón. Sus hormonas estaban como locas y quería que aquella noche fuera especial.

–¿Joe?

Él estaba deslizando la mirada por las curvas que se marcaban bajo el vestido.

–¿Sí?

¿Era esa su voz? Había sonado como la de una cacatúa.

–Nunca he intentado seducir a un hombre –dijo ella, nerviosa–. Y me vendría bien un poco de ayuda. Si quieres, claro.

¿Si quería? Deseaba a Mattie con todas sus fuerzas, pero tenía miedo de que su poderoso deseo la asustara.

–Estás preciosa –murmuró él, metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros para no tomarla en brazos, colocarla sobre su hombro, tirarla sobre el sofá y…

Ella suspiró con fuerza.

–Esto no está funcionando como yo había planeado –murmuró, con la mirada baja.

–¿Qué habías esperado? –preguntó Joe, que no quería destrozar ninguna de sus fantasías–. Dime, Mattie. Quiero saberlo

Ella lo miró a través de sus largas pestañas y aquella mirada casi lo hizo caer de rodillas y ponerse a aullar.

–Yo esperaba que me desearas tanto que empezaras a besarme y que después… bueno, que lo demás llegaría solo.

Con una sonrisa en los labios, Joe empezó a desabrocharse la camisa.

–Cariño, a mí eso me suena muy bien –dijo, abriendo los brazos.

Mattie se dejó caer en ellos sin la menor vacilación y Joe olvidó su sentimiento de culpa, se olvidó de todo excepto del deseo que llevaba días intentando contener. En cuanto la besó y ella le devolvió el beso, su cerebro se cerró y las sensaciones empezaron a despertarlo a la vida.

Deslizaba las manos por su cuerpo, memorizando cada curva. Sus suaves gemidos, la forma instintiva en que el cuerpo femenino se arqueaba hacia él lo volvía loco. Y cuando sintió los dedos femeninos deslizándose hasta la cinturilla del pantalón, Joe tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse.

Mattie lo volvía loco. Pero había pensado que tendría suficiente autocontrol como para ir despacio. Tenían toda la noche, si eso era lo que querían. Pero se le olvidaba a cada momento. La quería desnuda y caliente en su cama, debajo de él, rodeándolo, dándole la bienvenida.

Con una falta de tacto y paciencia que deberían avergonzarlo, le quitó el vestido por encima de la cabeza y lo tiró al suelo. Mattie era todo lo que había imaginado… y más. El chicazo de Fox Hollow era cien por cien mujer y ver su delicada piel, desnuda bajo su devoradora mirada, lo dejó jadeando, como si hubiera corrido diez kilómetros.

–Absolutamente preciosa.

–Gracias –susurró ella, poniéndose colorada.

Joe la tomó en brazos y la llevó hasta el sofá. Después, se quitó las botas y los vaqueros y se tumbó a su lado. Se decía a sí mismo que debía ir despacio… pero no valió de nada. La devoró como si estuviera hambriento, chupando sus pechos y despertando en ella los más dulces gemidos de placer. Mientras acariciaba el interior de sus muslos, deslizó una mano hacia arriba e introdujo un dedo en el suave nido entre sus piernas. Sintió el fuego líquido de su deseo quemarlo vivo y gimió cuando ella se derritió en su mano. Volvió a acariciarla, una y otra vez, hasta que ella gritó su nombre. Cuando la sintió estremecerse de placer, deseó enterrarse profundamente en ella, en aquel mismo instante.

Pero decidió esperar un poco más, cabalgando sobre ella sin penetrarla, excitando el centro neurálgico de su pasión hasta que ella se deshizo. Entonces llegó el momento. Joe no recordaba estar tan descontrolado, tan abrumado. La embestía una y otra vez, cada vez más profunda, más rápidamente…

Y entonces se sintió como elevado al espacio y tuvo que sujetarse a Mattie mientras se perdía en un universo lleno de sensaciones que se rompían en mil pedazos y después se regeneraban, intensificaban y lo bombardeaban de nuevo.

Por fin, buscando aire, exhausto, se dejó caer sobre ella.

En cuanto recuperó el sentido común, se maldijo a sí mismo. No era así como había imaginado hacerle el amor. Se había comportado como un adolescente excitado en el asiento de un coche.

Dudoso, levantó la cabeza y la miró a los ojos.

–Lo siento. Me parece que he destrozado tu fantasía.

Para su alivio, ella sonrió.

–Tenía la idea de algo lánguido y suave, pero yo misma me he

dejado llevar.

Desde luego que sí. Había respondido a los besos de Joe, sus caricias, el roce de los músculos masculinos sobre su piel. Cada momento era tan excitante, tan sensual que Mattie no podía hacer nada más que responder a aquellas sensaciones.

No había que ser un genio para saber por qué. Todo lo que Joe le hacía la excitaba porque estaba enamorada de él. Era una tontería porque apenas se conocían, pero se había enamorado de él incluso antes de hacer el amor.

Le gustaba el hecho de que los dos hubieran perdido el control mientras hacían el amor, que estuvieran hambrientos el uno del otro y nada importase excepto comunicar y saciar ese ansia.

Sus pensamientos se disiparon cuando Joe empezó a acariciar uno de sus pechos, rozando el pezón con la punta de la lengua. Él estaba tumbado a su lado, acariciándola. Mattie sintió que se hundía en un mundo de sensaciones eróticas cuando Joe empezó a excitarla, besándola con inesperada ternura.

–Lento y lánguido esta vez –le prometió, mientras la besaba en el vientre, subiendo de nuevo para acariciar sus pechos–. Como a ti te gusta.

–Eres un hombre de muchos talentos –murmuró ella, con voz ronca–. Pero es mi turno.

Él levantó la cabeza, sonriendo. Le gustaba que ella quisiera ponerle las manos encima antes de que terminara la noche.

–Soy todo tuyo, cariño. Cuando quieras. Pero ahora eres mía.

Cuando ella se puso en sus manos, Joe le enseñó el significado de la exquisita «muerte dulce». Mattie hubiera podido jurar que estaba a punto de morir de placer varias veces antes de que él la llenara de nuevo, una y otra vez.

Ni en sus más locos sueños había esperado hacer el amor de esa manera. Joe la hacía sentir deseada, querida, como si su placer fuera más importante que el del hombre. La enseñó cosas sobre su cuerpo que ella no conocía. Y más tarde, la enseñó cómo hacer que un hombre la suplicara. Y Mattie disfrutaba cada minuto.

Después de medianoche, exhausta, con la mente en blanco, se quedó dormida, sin darse cuenta de que estaban tumbados sobre el sofá y apenas tenían sitio para moverse.

Capítulo Seis

Joe se despertó con el sonido de los pájaros a unos metros del estudio. Se le había dormido el brazo izquierdo y tenía las piernas enredadas con las de Mattie. Habían dormido sin almohadas ni sábanas, desnudos.

Joe miró el reloj, preguntándose si tenía tiempo para volver a hacer el amor antes de empezar a trabajar. Y entonces decidió que ya lo habían hecho demasiadas veces por la noche. Enseguida se había dado cuenta de que Mattie no tenía mucha experiencia, lo que había sospechado después de escuchar que la llamaban «chicazo». Y le gustaba haber sido él quien le enseñara media docena de maneras de hacer el amor… en un sitio tan estrecho como el sofá.

Joe sonrió, preguntándose cuántas ideas nuevas podría encontrar para el baño, la repisa de la cocina, la ducha…

Intentando detener su vívida imaginación, se levantó. Apenas tenía tiempo de ducharse y desayunar algo antes de abrir la tienda. Miró un momento a Mattie, dormida todavía en el sofá. Su pelo negro caía sobre uno de sus hombros desnudos y estaba tan preciosa que tuvo que hacer un esfuerzo para no volver a tumbarse con ella. Le hubiera gustado tener sus dotes artísticas para pintarla en aquella pose que dejaba expuesta su espalda y la curva de sus caderas. ¡Aquel era un cuadro que le encantaría tener en su dormitorio!

Cuando salió de la ducha, Mattie seguía durmiendo y Joe decidió no despertarla. Se merecía un descanso porque llevaba semanas trabajando dieciocho horas diarias.

Joe salió del estudio unos minutos después y entró en la furgoneta. Cuando estaba llegando a la tienda se percató de algo en lo que no había pensado por la noche. No había usado preservativos. Ni siquiera se le había ocurrido mirar en su cartera para ver si llevaba alguno. La verdad era que no había planeado mantener relaciones sexuales durante aquel mes. Pero se había equivocado.

Joe se sintió culpable. No solo no había sido sincero con Mattie, sino que se había comportado de una forma irresponsable. Y él había pensado que era imposible complicar más las cosas… Ahí también se había equivocado. Se había arriesgado a traer un niño al mundo de forma irresponsable, como había sido concebido él.

Era imposible que Mattie hubiera querido atraparlo a propósito. Ese no era su estilo. Pasara lo que pasara, aceptaría la responsabilidad, como ella aceptaba la responsabilidad de su abuelo y sus amigos.

Joe compró algo para el desayuno y después abrió la tienda. Media hora más tarde, estaba atendiendo a varias clientas que pestañeaban mucho mientras las atendía.

Ninguna de esas mujeres en pantalón corto y camiseta ajustada lo atraía. Estaba completamente seguro de que una morena de ojos violeta y carita de duende le había robado el corazón.

Esa era la buena y la mala noticia. Eso era lo que iba a hacerle imposible marcharse… y quedarse, porque Mattie no tenía ni idea de quién era Joe Gray.

En cuanto ella entró por la puerta trasera y se miraron a los ojos, vio que se ponía colorada. Le hubiera gustado reírse, pero intentó mantenerse serio para no avergonzarla más de lo que lo estaba.

–Buenos días, jefa.

Mattie se fijó en las cuatro mujeres que rodeaban a Joe como si fueran polillas revoloteando alrededor de una luz. Saber que la había conocido íntimamente, que la había visto desnuda en el sofá la hacía sentir incómoda. ¡Por no mencionar las cosas que se habían hecho el uno al otro durante toda la noche!

Joe intentó esconder una sonrisa al ver su expresión.

–Buenos días, Joe –dijo, sin mirarlo–. Si tienes todo controlado en la tienda, yo trabajaré un poco en el taller.

Aquel iba a ser un día muy incómodo, pensó Mattie mientras golpeaba con el martillo. No podía mirar a Joe sin recordar la pasión que habían compartido, sabiendo que era el único hombre en el planeta que la había visto completamente desnuda, el único hombre en cuyos brazos había dormido.

Tendría que acostumbrarse a la idea, se dijo a sí misma. Porque deseaba con todas sus fuerzas mantener aquella relación sentimental. Pero tendría que esconder mejor sus emociones y controlar el efecto que Joe ejercía en ella cuando estaban trabajando.

Cuando levantó la cabeza, encontró a Joe apoyado en el quicio

de la puerta, mirándola con descaro.

–¿Vas a estar colorada todo el día?

Mattie se sonrojó hasta la raíz del cabello.

–Deberías haberme despertado esta mañana –murmuró, mientras medía unas cajoneras.

–¿Y estropear el retrato de mujer yaciendo en el sofá? Para nada –sonrió Joe.

–No sé si puedo soportar esto –gruñó ella, escondiendo la cara–. No tengo experiencia. Quizá el mandamás de Hobby Hut tenía razón sobre lo de confraternizar con los empleados. Es un corte.

La sonrisa de Joe desapareció.

–Sobre el mandamás de Hobby Hut…

–No quiero ni hablar de él –lo interrumpió Mattie–. Suficientes problemas tengo acostumbrándome a la idea de «nosotros», sin tener que meterlo a él en el asunto. Y no olvides que prometimos llevar los encargos a la residencia esta tarde. Según mi abuelo, nos están esperando como agua de mayo.

–No se me ha olvidado –dijo Joe, volviendo a la tienda.

Había muchas cosas que no había olvidado. Como, por ejemplo, quién era y cómo reaccionaría Mattie cuando descubriera que había estado trabajando, hablando, sudando y compartiendo pasión con el mandamás de Hobby Hut.

Cuando Mattie y Joe dejaron en el vestíbulo de la residencia Paradise las estanterías, cajoneras, mesitas, cómodas y percheros, todos los ancianos se habían reunido para admirar aquellos tesoros.

Joe sintió que se le encogía el corazón al observar la alegre expresión en los arrugados rostros. Era como llevar la Navidad a aquellos hombres y mujeres convalecientes y solitarios. Los mayores, ayudados por enfermeras y miembros del personal, elegían las estanterías, las figuritas de madera y los baúles de diversos tamaños en los que Mattie y Joe habían trabajado durante horas.

El nudo que Joe tenía en la garganta se hizo más grande cuando Mattie, sonriendo, se acercó a él y le dio la mano.

–¿Te das cuenta, Joe? –murmuró, con lágrimas en los ojos–. Tú y yo hemos creado regalos que llevan alegría a la gente y renuevan su espíritu. Por eso pinto, por eso paso tanto tiempo trabajando, para que los demás sean felices. No es por el dinero, es por la satisfacción personal.

Joe entendió. Aquel sentimiento que lo llenaba de satisfacción

era lo que había estado buscando cuando llegó a Fox Hollow. También había ido allí para averiguar por qué la gerente de Hobby Hut estaba consiguiendo que el negocio funcionara tan bien. Y la respuesta era evidente. Mattie se entregaba para que los demás pudieran disfrutar de su talento artístico. No estaba en el negocio por los beneficios, lo hacía por darle alegría a los demás, como Santa Claus.

Intentando controlar las lágrimas, Mattie levantó un brazo y llamó la atención de los congregados. Todos dejaron de hablar y se volvieron hacia ella y Joe.

–A pesar de lo que mi abuelo os dijo, veréis que no hay etiquetas con el precio en ninguno de los artículos. La razón es que Joe y yo hemos decidido que esto sea un regalo –explicó. Un murmullo se extendió por la multitud y Mattie movió el brazo de nuevo, pidiendo silencio–. Hemos usado madera de otros encargos para hacer estas cosas. La mayoría de las figuritas eran mercancía deteriorada que hemos reparado. Queremos que elijáis lo que más os guste. Si hay alguna otra cosa que queráis, haremos una lista y os las traeremos el mes que viene.

Una ronda de aplauso espontáneo recibió aquellas palabras y después se vieron rodeados de ancianos que les daban las gracias.

–Ha sido muy generoso por tu parte –murmuró Joe, apretando la mano de Mattie–. Sobre todo porque sé que no toda la madera era de otros encargos y que tuviste que pagar de tu propio bolsillo la pintura.

Ella sonrió.

–Me gustaría que eso fuera un secreto, si no te importa. Yo he sido bien pagada por mi trabajo. Pero te pagaré por tu tiempo…

–De eso nada. No quiero que seas tú sola la que lo pasa bien.

Ella lo miró, pensativa.

–¿De verdad no te importa trabajar para nada?

–¿Nada? ¿Llamas a esto nada? –preguntó él, señalando a los ancianos emocionados–. No se puede poner precio a un sentimiento tan hermoso. No se puede poner precio a la alegría de hacer felices a los demás.

–Entonces, lo entiendes.

–Tú me has enseñado a entenderlo, Mattie.

Le hubiera gustado tomarla en sus brazos y apretarla con todas sus fuerzas para darle las gracias por volver a ponerle en contacto con las cosas importantes de la vida, aquellas cosas que no tenían precio, como el sentimiento de orgullo, de satisfacción y generosidad. Joe estaba seguro de que él había recibido más de

aquellas piezas de madera que los ancianos que iban a colocarlas en sus habitaciones.

–Ya te dije que era buena idea –dijo el abuelo de Mattie, sonriendo–. Por aquí no se ven sonrisas como estas todos los días. Míralos, qué contentos están. Espero que hayáis traído martillo y clavos para colocar las estanterías –rio el hombre–. Pero al director le va a dar un ataque cuando os pongáis a hacer agujeros.

–He llamado al director esta mañana para pedirle permiso –explicó entonces Joe–. Y no ha puesto ninguna objeción.

El abuelo levantó una ceja.

–¿Quieres decir que tiene corazón?

–Parece que sí –concedió Joe.

–Seguramente le torciste el brazo para convencerlo antes de que yo me declarase en rebeldía.

Joe no dijo nada. Había tardado en convencer al director de que los residentes tenían derecho a decorar sus habitaciones. Pero cuando miró al hombre, que estaba con el resto de los residentes observando las hermosas piezas de madera, vio que él también estaba emocionado.

Joe tiró de la mano de Mattie, atrayéndola hacia él.

–Vamos a colgar esas estanterías, duendecillo.

–Abuelo, empieza tú con la lista de lo que les gustaría tener, ¿vale? –dijo Mattie.

–Sí, claro, cariño. Oye, Joe, ¿la semana que viene a la misma hora?

Joe le guiñó un ojo.

–Desde luego. Dile a la pandilla que se prepare.

Mattie lo miró, sorprendida.

–¿De qué estáis hablando? –preguntó, cuando se alejaban por el pasillo.

–De una expedición. Creen que vamos a escaparnos, pero la verdad es que tengo permiso del director.

–Gracias, Joe. No sabes cómo te agradezco que cuides de mi abuelo y sus amigos.

–Puedes pagarme más tarde –sonrió él, perverso.

Mattie se puso colorada y Joe soltó una carcajada. La idea de cómo y dónde pasaría la noche lo animó a colocar con celeridad las estanterías y otras piezas de madera que tan generosamente Mattie había donado a los residentes de Paradise.

Las cosas no podían ir mejor. Mattie y Joe dormían juntos cada noche y él había comprado los preservativos que olvidó la primera vez.

Pero dos días más tarde, Joe casi se atragantó cuando su abuelo, vestido con camisa de cuadros y pantalones vaqueros entró en la tienda. Joe estaba tras el mostrador con la mandíbula en el suelo y Mattie se acercó para preguntarle a su abuelo si necesitaba ayuda.

¿Qué demonios estaba J.D. haciendo allí? Joe recordaba haberle pedido que no se involucrara en la situación.

–¿Es usted la gerente?

–La misma –sonrió Mattie.

–Una chica muy guapa –dijo el hombre, con los ojos brillantes–. Pues mire jovencita, estoy buscando un arreglo floral de madera para mi salón. Y alguna otra cosa. ¿Quiere hacer alguna sugerencia?

Mattie lo llevó hasta la estantería de las flores de madera, preguntándose por qué la cara del hombre le resultaba familiar.

–¿Vive cerca de Fox Hollow?

–No, solo pasaba por aquí –contestó J.D., incómodo–. Un pueblo muy bonito. Y he visto un cartel que indicaba el camino hacia un lago. Ah… me gustan esas flores, las de ahí.

Cuando sonó el teléfono, Mattie se disculpó para entrar en el despacho.

–Yo me encargaré del cliente –dijo Joe, esperando que ella cerrase la puerta–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–De compras –contestó J.D., tomando una flor.

–No es verdad. Has venido a verme trabajando detrás de un mostrador. No lo niegues, abuelo.

–Pues no, no lo niego. ¿Qué tal con Mattie?

–Creo que ya te lo conté por teléfono –dijo Joe, buscando paciencia.

–Me gustaría conocer al abuelo de esa chica. No pensarías salir con ellos de pesca esta noche, ¿verdad?

Joe suspiró pesadamente.

–Pues la verdad es que pensaba llevarlos al lago. Vamos a alquilar un bote de remos.

–Ah, estupendo. Entonces, yo también puedo ir –dijo su abuelo, invitándose a sí mismo.

–¿Y cómo voy a explicarles quién eres?

–Será mejor que digas la verdad. No creo que le haga ningún daño a nadie saber que soy tu abuelo.

J.D. tenía razón.

–Muy bien. Te presentaré a Mattie.

Unos segundos después, Mattie salió del despacho y Joe le hizo un gesto para que se acercara.

–Mattie, este personaje que ha aparecido de repente es mi abuelo. Te presento a J.D… Gray –dijo, a punto de meter la pata.

Mattie estrechó la mano del hombre, sonriendo.

–Ahora entiendo por qué su cara me resultaba familiar. Encantada de conocerlo. Su nieto habla muy bien de usted. ¿Va a quedarse en Fox Hollow unos días?

J.D. miró a Joe.

–Eso espero. Joe me ha dicho que esta noche va a llevar a tu abuelo y sus amigos al lago y me gustaría ir con ellos. ¿Tú también vas a venir?

Mattie negó con la cabeza.

–Le prometí a una de mis clientas llevarle un encargo después de cerrar. La pobre no sabe qué hacer con la decoración de su cuarto de estar.

–Mattie es el gurú de la decoración de Fox Hollow –sonrió Joe–. Si te has fijado en los escaparates, habrás visto el gusto que tiene para combinar cuadros y decoraciones rústicas.

–Ya me he fijado. Muy impresionante, Mattie. La verdad es que me gustaría comprar el cuadro del faro. Y también la decoración que va con él –dijo J. D. entonces. Joe hizo una mueca y Mattie miró al hombre, sorprendida–. Puedo pagarlo –se apresuró a asegurar su abuelo.

A Joe le hubiera gustado darle una patada en la espinilla.

–Mi abuelo tiene algo de dinero ahorrado –dijo, incómodo.

–Joe siempre me dice que me gaste el dinero y no lo guarde como herencia –explicó J.D.–. Así que estoy siguiendo su consejo.

Mattie miró su reloj.

–Bueno, yo voy a guardar el encargo en una caja. Joe, si quieres tomarte la tarde libre para enseñarle Fox Hollow a tu abuelo, no hay problema.

–Gracias, Mattie. Eres un cielo. Joe tiene suerte de trabajar para alguien como tú.

Exasperado, Joe prácticamente empujó a su abuelo fuera de la tienda y se lo llevó al estudio para que descansara un poco antes de la excursión al lago. Y le pidió que tuviera cuidado con lo que decía delante del abuelo de Mattie.

Un paso en falso y empezaría a despertar sospechas. Necesitaba contarle a Mattie la verdad, pensó.

Y lo haría aquella noche. Cuando el abuelo y su pandilla estuvieran en la cama, iría a su casa y le explicaría quién era y por

qué se había hecho pasar por otra persona. Le aseguraría que sus razones para ir a Fox Hollow no tenían nada que ver con lo que había ocurrido entre ellos, que ella realmente le importaba.

Sí, se dijo a sí mismo. La sinceridad era lo mejor. Mejor tarde que nunca.

Después de tomar aquella decisión, Joe subió a su abuelo en la furgoneta y tomó el camino de la residencia.

Aún no le había dicho al abuelo de Mattie que no hacía falta escaparse sin hacer ruido porque tenían permiso del director. Pero era mejor así. No quería estropearles la diversión de escapar por la ventana.

Mattie abrió la puerta y recibió a Joe con un beso. Un minuto después le había desabrochado la camisa, que acabó en el suelo.

–Hoy tenemos ganas, ¿no? –rio él.

–Desde luego –sonrió Mattie, deslizando las manos por el sólido muro de su torso–. ¿Qué tal tu aventura con los abuelos?

–Lo pasaron estupendamente. Mi abuelo también lo ha pasado de maravilla, pero lo que he venido a decirte…

Mattie estaba harta de la conversación. Las horas que había pasado sola le habían demostrado cómo necesitaba la presencia de Joe. Hubo un tiempo en que su trabajo y los encargos para los clientes la satisfacían. Pero ya no. Estaba enamorada de Joe, a pesar de las normas, a pesar de todo.

Él olvidó lo que pensaba decir, no recordaba una sola de las palabras que había ensayado cuando sintió las manos femeninas sobre la cinturilla del pantalón y escuchó el sonido metálico de la cremallera. Joe se quedó sin aliento cuando ella empezó a acariciarlo y el deseo que se obligaba a sí mismo a mantener bajo control durante el día rompió el dique sin remedio.

Sabiendo que no tenía paciencia para llevarla al dormitorio antes de poseerla y ser objeto de su posesión, la tumbó en el suelo.

Siempre era así con Mattie, se dio cuenta mientras le quitaba la ropa, sus manos perdiéndose en la piel femenina. La primera vez que hicieron el amor, cada noche, siempre era una carrera, como si no pudieran saciarse el uno del otro. El deseo era tan intenso, tan abrumador que no conocía amo ninguno. El hambre que sentían el uno del otro era como un incendio que devoraba todo a su paso.

Solo la segunda vez podían saborearse realmente. Era la cosa más increíble, pero sabía que estaba enamorándose de Mattie. Ella le importaba tanto que no podía recordar cuándo no era parte de su

vida, de sus noches, de sus pensamientos.

Sus días no parecían completos hasta que era uno con Mattie, hasta que estaba enterrado en ella de tal forma que no podría decir dónde empezaba su pasión o terminaba la de Mattie.

–Te quiero, Joe.

Antes de que él pudiera madurar aquella confesión, Mattie empezó a expresar sus sentimientos con caricias íntimas que lo dejaron sin aire en los pulmones. Y cuando se colocó sobre él, estaba tan desesperado de deseo que no podía recordar su propio nombre, ni el auténtico ni el falso.

Por supuesto, no podía decirle la verdad sobre sí mismo cuando ella acababa de declararle su amor. Y no podía recordar las palabras porque se sentía como un canalla y la culpa lo comía vivo.

El cielo y el infierno a la vez, pensó Joe cuando pudo encontrar fuerzas para salir de la cama de Mattie y volver a su estudio.

Ella lo amaba.

Aquella sincera y hermosa mujer lo amaba y él se encontraba atrapado en una mentira, por muy inocente, inofensiva y necesaria que le hubiera parecido al principio.

Frustrado por la situación, se dejó caer en el colchón que había colocado en el suelo para que su abuelo pudiera dormir en el sofá.

Estaba estirándose cuando escuchó la voz de J.D.

–¿Le has contado la verdad?

–Pues… no.

–Te acuestas con ella y a mí me parece que Mattie no es la clase de mujer dispuesta a una aventura. No le hagas daño a esa chica, Daniel. Ella se merece lo mejor.

–Lo sé –murmuró Joe.

–Cuanto más tiempo esperes, menos lo entenderá ella.

–Ya lo sé, abuelo.

–Entonces, ¿por qué no se lo dices?

–Porque es tan buena… es lo mejor que me ha pasado nunca. Saca de mí lo mejor, hace que me guste ser lo que soy. Cuando le diga la verdad, sabrá que la he mentido, que he traicionado su confianza. A ella, que confía en mí completamente, que me acepta sin cuestionar nada. Me temo que no lo entenderá cuando le diga la verdad, que las cosas no volverán a ser igual entre nosotros. Me encanta la felicidad que he encontrado aquí y aún no estoy preparado para perderla, abuelo –dijo Joe, con tristeza–. Es difícil decir la verdad cuando sabes que eso va a romperte el corazón.

Afortunadamente, J.D. no replicó. Pero Joe imaginó que su

abuelo tampoco podía aconsejarlo. Joe quería ser quien era cuando estaba con Mattie, quería olvidar que era Daniel Joseph Grayson. Estaba seguro de que el mandamás de Hobby Hut arruinaría lo mejor que le había pasado en toda su vida.

–Bueno, cariño, ¿cuándo vas a casarte con Joe para convertirlo en un hombre respetable?

Mattie ni siquiera había tenido oportunidad de sentarse en la habitación de su abuelo cuando él le hizo aquella pregunta. Además, tenía dudas sobre la seriedad de Joe con respecto a su relación. Aunque habían sido inseparables durante las últimas semanas, durante y después del trabajo, él no le había dicho que la quería aunque ella se lo decía al oído cada noche.

Estaba segura de que Joe sentía algo por ella, que disfrutaba de su compañía. Pero, en realidad, Mattie tenía una experiencia muy limitada en relaciones románticas y quizá no sabía entender los sentimientos de un hombre. O quizá Joe era la clase de hombre que tenía dificultad para expresar su afecto. Quizá estaba intentando mostrarle, en lugar de decirle, lo que sentía.

–¿Y bien? –insistió el abuelo, impaciente.

–Abuelo, solo llevamos un mes saliendo. Aún no hemos hablado del futuro.

El abuelo miró al techo.

–Estos chicos de hoy en día… Siempre hacen las cosas al revés.

Mattie se puso colorada. Imaginaba que su abuelo sabía que estaban durmiendo juntos.

–El matrimonio es un paso muy serio y quiero estar segura de una decisión que va a afectar el resto de mi vida.

–Deja que te diga una cosa, cariño. Nadie toma una decisión madura hasta que tiene cincuenta años. Incluso así, a mí me parece poca edad. Mira, tú estás enamorada de Joe y él está enamorado de ti. Se ve, se nota por cómo te mira.

–¿Tú crees?

–Claro que sí. Joe te quiere. Y me aprecia mucho a mí. No como esos chicos con los que solías salir, sino de verdad, de corazón. Joe es una buena persona y también su abuelo. La verdad es que no me importaría nada que pasaran a formar parte de la familia.

–Bueno, si Joe me pide que me case con él, le diré que tiene tu aprobación –rio Mattie.

El abuelo se inclinó hacia adelante.

–Tengo una nueva cruzada que librar, antes de que el matasanos adivine cuál es la medicación que puede sacarme de aquí.

Mattie se mordió la lengua. Había hablado con el médico antes de ir a visitar a su abuelo y le había dicho que su abuelo no saldría de la residencia durante, al menos, dos meses. Y después de eso, una enfermera tendría que ir a visitarlo una vez a la semana para comprobar su estado. Mattie decidió no contárselo. Era mejor.

–¿Y cuál es esa cruzada, abuelo?

–Quiero insuflar un poco de energía en los pacientes invitando a niños de la guardería. No hay nada como un niño para levantar el ánimo.

–Es una idea maravillosa, abuelo.

–Ya lo sé. Pero tendrás que encargarte tú de todo.

–Llamaré a la guardería a ver qué les parece –le prometió su nieta.

No sabía cuándo iba a tener tiempo de hacerlo, pero lo haría.

–Dile a Joe que hable con el director. Consiguió que nos dejara colgar las estanterías, así que creo que tiene mano con él.

–Se lo diré –sonrió Mattie, besando a su abuelo en la frente–. Será mejor que descanses un poco. Con todas las actividades que llevas a cabo, no quiero que te canses.

–Descansaré cuando esté muerto –replicó su abuelo–. Tengo que visitar a mis amigos. Las familias de Herman y Glen hace tiempo que no vienen por aquí y debo mantenerlos ocupados. Ellos no tienen la suerte de que los visite un ángel como tú.

Mattie lo abrazó impulsivamente.

–Te quiero mucho, abuelo.

–Yo también, cariño –sonrió el hombre, dándole golpecitos en la espalda–. Y no te olvides de decirle a Joe que hable con el director para lo de los niños.

–Hecho.

Antes de salir de la residencia, Mattie fue a charlar un rato con Herman y Glen. Era lo mínimo que podía hacer por los amigos de su abuelo.

Capítulo Siete

Mattie se quitó la ropa apresuradamente y se metió en la ducha. Joe le había dicho que iba a llevarla a bailar a la taberna, donde aquella noche tocaba un grupo de música *country*. Le apetecía mucho ir, pero no estaba segura de si era buena idea por la pelea que Joe mantuvo la semana anterior con los vaqueros. Y estaba segura de que Buck Reynolds y sus amigotes estarían allí. Joe le había asegurado que no pasaría nada, pero se sentía aprensiva. Una pelea no era su idea de pasar un rato agradable.

En aquel momento, cuando todo el pueblo sabía que Joe y ella estaban saliendo, estaba segura de que Buck Reynolds y su pandilla no se quedarían callados, pero Joe insistía en que aquella era su primera cita y que no podían retrasarla más. Llevaban juntos casi un mes, trabajando a diario en la tienda y terminando los encargos de los clientes y la residencia durante los fines de semana, pero aún no habían salido como pareja. Joe le había prometido invitarla a cenar y a bailar y como aquella cita parecía importante para él Mattie había aceptado, a pesar de sus reservas.

Había comprado un vestido nuevo y se había arreglado el pelo, que caía sobre sus hombros. La verdad era que estaba guapa. El vestido negro era ajustado y sexy y… quizá demasiado para ir al baile del pueblo, pero quería estar elegante y femenina para que Joe se sintiera orgulloso de ella. Quizá eso lo alegraría un poco, o al menos lo distraería de lo que fuera que lo mantenía preocupado.

Joe llevaba meditabundo un par de días. Era como si quisiera decirle algo, pero no se atreviera a hacerlo. ¿Estaría considerando pedirle que su relación fuera permanente?, se preguntaba. ¿Estaría pensando en la posibilidad de comprarle un anillo de pedida?

La idea de que le propusiera matrimonio la hacía feliz. La verdad era que, a pesar de lo que le había dicho a su abuelo, eso era lo que más deseaba. Mattie nunca había sentido aquello por un hombre. Aunque Joe aún no le había dicho que la quería, tenía la impresión de que así era.

Mattie esperaba que Joe le dijera dónde había trabajado antes

de llegar a Fox Hollow, pero se negaba a insistir si él no quería hacerlo. Pero, ¿por qué tanto secreto? Era como si hubiera algo que no quería que supiera, algo en su pasado de lo que se sintiera avergonzado.

¿No se daba cuenta de que confiaba en él por completo, de que le importaba tanto que lo que deseaba era que le contara cualquier problema que pudiera tener?

El golpecito en la puerta hizo que Mattie se pusiera los zapatos a toda prisa. Cuando abrió la puerta y vio a Joe, con una cara camisa blanca, pantalones y botas vaqueras, se quedó boquiabierta.

–¡Qué guapo estás!

Pero la palabra «guapo» no describía lo enormemente atractivo que estaba.

Joe la miraba con asombro. Su pequeño duende, que normalmente iba en vaqueros, llevaba un vestido negro de seda como para dejar a cualquier hombre boquiabierto. Estaba increíble.

Demasiado para él. Un sentimiento posesivo lo invadió al observar la curva de sus pechos, marcados claramente bajo el escote del vestido. Aquel vestido que se pegaba a sus caderas y caía sobre sus esbeltas piernas.

Durante un par de segundos, Joe recordó a las reinas de la belleza con las que había salido. Pero ninguna de ellas lo atraía como Mattie. Y no era el vestido lo que hacía que aquella mujer le pareciera tan hermosa. Ella acentuaba el vestido, no al revés. Cuando Mattie decidía llamar la atención sobre su femineidad, era una mujer de bandera.

Joe no podía ni hablar. Y lo peor era que estaba muy excitado. Su silencio evidentemente la puso nerviosa porque Mattie apartó la mirada.

–No te gusta, ¿verdad? Quizá es demasiado para ir al baile. La verdad es que no tengo mucha práctica comprando vestidos y…

–¿Que no me gusta? Lo dirás de broma.

–Entonces, ¿te gusta? –preguntó ella, ilusionada.

–Me encanta –consiguió decir Joe–. Como le encantará a todos los hombres del pueblo. Mattie, no tienes ni idea de lo guapa que eres, ¿verdad?

Ella sonrió, encantada, y después se dio la vuelta para que pudiera verla desde todos los ángulos.

–¿Tú crees?

–No es que lo crea, es que lo sé –contestó él, intentando disimular su excitación.

–¿Sí?

–Sí. Desde luego que sí –confirmó cuando Mattie se acercó a él–. No pienso dejar que nadie baile contigo esta noche. ¿De acuerdo? Maldita sea, estoy dispuesto a matar a cualquier hombre que te mire demasiado. No pienso dejar que nadie tenga fantasías eróticas contigo.

–Eso da igual –sonrió ella, poniéndose de puntillas para besarlo–. El único que me importa eres tú.

Joe no pudo resistir. La tomó en sus brazos y la besó con toda la desesperación que llevaba varios días sufriendo. Se estaba quedando sin tiempo y no encontraba el momento de decirle que no había sido sincero con ella. Y no estaba seguro de que el amor que Mattie sentía por él fuera suficiente como para que pudiera soportar la horrible verdad.

La había engañado desde el primer día. Se había involucrado con Mattie aun sabiendo las complicaciones que eso llevaría. Pero ella, generosamente lo había hecho parte de su vida, parte de su familia. Todo el mundo le había dado la bienvenida y lo había aceptado en Fox Hollow porque estaba con ella. El viejo cliché de «tus amigos son mis amigos» era cierto por el cariño que todo el mundo sentía por Mattie en aquel pequeño pueblo. Ella era la razón por la que Joe había descubierto el significado y la alegría de vivir, la razón por la que se le abrían todas las puertas. En resumen, ella era la razón por la que era aceptado y querido.

Pero tenía que abandonarlo todo y volver a su mundo. Y la idea de dejar a Mattie lo estaba matando.

Para no herirla más la llamaría regularmente, iría a visitarla los fines de semana y seguiría buscando la forma de salir de aquel atolladero.

Después de pensarlo mucho, por fin había ideado un plan para congraciarse con ella hasta que hubiera encontrado valor para decirle la verdad. Lo primero que haría sería cambiar las estúpidas normas sobre confraternización en el trabajo y lo segundo utilizar alguna de sus ideas en la compañía. Ella se daría cuenta de que le importaba su opinión y aprobaba su forma de ver las cosas. Eso suavizaría el golpe de su engaño cuando hubiera encontrado valor para decirle la verdad; toda la verdad y nada más que la verdad.

Además, Joe planeaba hacer una generosa donación a la residencia Paradise para mejorar las condiciones de vida de los pacientes. Quería que toda esa gente a la que había empezado a conocer y apreciar tuviera algo que alegrara sus vidas.

–¿Joe, te encuentras bien? –preguntó Mattie entonces.

No, no estaba bien. Estaba buscando la forma de retener lo

mejor que había encontrado en su vida. No podía quitarse de encima la sensación de que iba a perderla. A veces pensaba que no sería tan difícil y otras, se sentía abrumado por la sensación de que todo iba a explotarle en la cara.

–Estoy bien –mintió, con una sonrisa–. Será mejor que nos vayamos antes de que ese vestido, o mejor dicho las ideas que me están dando de quitártelo, me haga olvidar que te prometí una noche de cena y baile. Una cita, por fin.

Joe la tomó del brazo y la llevó hasta la puerta. Mattie frunció el ceño al notar la fuerza con que la sujetaba. Se sentía perpleja por la urgencia de su beso y su necesidad de salir y pasarlo bien. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Estaría asustado, pensando que ella podría rechazarlo?

Sí, seguro. Como si eso fuera a pasar. Mattie se casaría con aquel hombre maravilloso en cuanto se lo pidiera y le probaría durante toda la vida cuánto lo adoraba.

Pero no tenía sentido anticipar algo que aún no había pasado, se dijo a sí misma. Ella estaba pensando en el matrimonio, pero podría ser que Joe pensara en otra cosa que no fuera campanas, niños y un final feliz. Y se haría un tremendo favor si dejara de pensar en ello. Después de todo, Joe ni siquiera le había dicho que la quería. Quizá para él solo era algo físico. Mattie no era una experta en los asuntos del corazón. Lo único que sabía era lo que ella sentía y lo que esperaba que sintiera Joe. Pensar otra cosa podría romperle el corazón.

En cualquier caso, quería pasarlo bien en aquella primera cita. Se sentía viva y feliz y se negaba a dejar que nada estropeara la velada. Intentando buscar pensamientos positivos, Mattie salió de la casa del brazo de Joe.

Joe decidió que la música y la gente que había en la taberna eran justo lo que necesitaba para olvidar sus problemas. Aquel era el principio del fin, pero aquella noche no quería pensar en ello, solo quería pasarlo bien con Mattie. Por el momento, ella parecía estar disfrutando. Y no parecía darse cuenta de las miradas de admiración masculina que despertaba a su paso. Pero Joe sí se daba cuenta. Los hombres en el café se habían fijado en ella. Y era lógico, porque parecía una modelo salida de la revista *Vogue*.

Las cosas fueron a peor cuando entraron en la taberna y todos los hombres volvieron la cabeza, con los ojos fuera de las órbitas. Joe tenía la impresión visual de que la estaban tocando con ellos.

Un tremendo sentimiento posesivo lo invadió entonces. Sabía que Mattie iba a llamar la atención, pero era peor de lo que había imaginado. Iba a tener que permanecer alerta durante toda la noche.

Cuando la banda empezó a tocar una balada lenta, Joe la tomó entre sus brazos. De esa forma, no tendría que soportar ver a los hombres mirando su escote, que llamaba demasiado la atención con aquel vestido. Podría relajarse y disfrutar de su hermoso cuerpo apretado contra él. Por supuesto, eso presentaba otro problema, pero como Joe había estado casi en constante estado de excitación desde que la vio por la tarde, no era nada nuevo.

–Me gusta esto –murmuró ella, sobre su hombro–. No he bailado desde la universidad. Aunque entonces tampoco tenía tiempo porque estaba muy ocupada trabajando para pagarme las clases.

–Yo también –dijo Joe, fulminando con la mirada a un vaquero que tenía los ojos clavados en las caderas de Mattie.

Cuando la canción terminó, la tomó de la mano para llevarla a la barra.

–Me apetece una cerveza. ¿Y a ti?

–Yo quiero un refresco… ¡oye!

Joe vio que Buck Reynolds la había tomado de la mano para llevarla de nuevo a la pista de baile. Estupendo. Aparentemente no iba a tener más remedio que dar un par de puñetazos aquella noche.

–Suéltala. La señorita está conmigo.

Buck ignoró a Joe.

–Venga, Mattie. ¿No quieres bailar con un hombre de verdad en lugar de con el mariquita ese?

Antes de que ella pudiera replicar, y tenía todo el aspecto de ir a hacerlo, Buck la llevó a la pista y Joe tuvo que enfrentarse con los colegas del vaquero, que se habían puesto en su camino.

–No te muevas, mariquita –le dijo Harlan–. Buck solo quiere bailar. Está detrás de Mattie desde el instituto, pero ella no le hacía ni caso. Y la verdad es que se ha convertido en una mujer de bandera. A mí tampoco me importaría probarla.

Joe estaba dispuesto a empezar una pelea inmediatamente para poder librar a Mattie de las garras de aquel imbécil. Pero antes de que pudiera hacer nada, vio que Mattie le daba un rodillazo a Buck en la entrepierna. El vaquero se agachó y cayó al suelo como un saco de patatas. Joe silenciosamente aplaudió la habilidad interpretativa de Mattie, que aparentaba estar preocupada por el gamberro, como si no hubiera sido ella quien lo había dejado sin aire.

–Parece que vuestro amigo no se encuentra muy bien –dijo entonces, sonriendo–. Demasiado alcohol, creo yo. Quizá sería mejor que fuerais a echarle una mano antes de que alguien lo pise.

Cuando los tres vaqueros se acercaron a la pista de baile, Joe sacó a Mattie de entre la multitud, riendo cuando vio que sentaban a Buck en una silla para que se recuperase.

–Muy bien hecho –le dijo a Mattie.

–Mi abuelo me enseñó dónde hay que golpear –explicó ella–. Además, tenía miedo de que si no me encargaba yo, tú te sentirías obligado a hacer lo que hiciste en el café la semana pasada. Y lo estabas pensando, ¿verdad?

Joe la tomó por la cintura.

–Sí, la verdad es que sí. Ya estoy harto de que me llamen mariquita y de que intenten acercarse a ti con esas maneras de bravucón. No podía soportar ver a Buck intentando jugar a los médicos contigo y estaba a punto de darle su merecido.

Cuando miró los brillantes ojos de color violeta, el corazón de Joe golpeó sus costillas.

–¿Tienes celos? –sonrió Mattie.

–Unos celos horribles, criminales.

–Me alegro. Ahora entenderás cómo me siento yo cuando te rodean las clientas, desnudándote con los ojos. Y aquí tampoco dejan de mirarte. Hoy estás para comerte, Joe.

Él miró alrededor, sorprendido por el comentario. Estaba tan ocupado mirando a Mattie que no había notado nada.

Mattie frunció el ceño al ver a una de las clientas que más miraban a Joe acercarse, con unos vaqueros ceñidos y una camiseta más ceñida aún.

–Se acerca un problema. Candice Green tiene fama de devorahombres.

–¿Ah, sí?

–Sí. Y tengo la impresión de que esta noche te quiere devorar a ti.

Joe se llevó a Mattie hacia la puerta, sonriendo.

–Me apetece ir a dar un paseo al lago. Ya estoy harto del baile.

–Yo también.

Una vez fuera, Joe suspiró profundamente.

–La próxima vez que sugiera venir al baile, recuérdame que es una bobada.

–Muy bien. Aunque me gusta la gente, no me gusta nada que me aplasten.

Joe abrió la puerta de la furgoneta y cuando vio las piernas de Mattie, lanzó un silbido.

–Estoy pensando que lo del paseo por el lago…

–Dime.

Joe levantó las cejas sugerentemente.

–Que prefería ir a tu casa.

–¿Los dos solos? ¿A oscuras? –rio ella.

–Sí.

Mattie se inclinó hacia adelante y le dio un beso en los labios.

–Nada me gustaría más.

Joe batió el récord de velocidad para llegar a casa. Se preguntaba si el loco deseo que sentía por ella disminuiría con los años. Lo dudaba porque Mattie lo afectaba intensamente. Era una mujer que exudaba sexualidad, carácter y personalidad. Nunca se cansaría de ella…

Las sensaciones que Mattie despertaba en él eran increíbles. Y lo que más lo asustaba era que él mismo podría destruir aquella magia con un mal paso. Si su plan de cómo y cuándo revelar su identidad fallaba, no quería ni pensar en las consecuencias.

Más tarde pensaría en cómo iniciar la primera fase, se dijo a sí mismo mientras la tomaba en brazos para llevarla al dormitorio. Pero no en aquel momento. Cuando tenía a Mattie en la cabeza, no había sitio para nada más.

Joe estaba seguro de estar en el cielo cuando ella empezó a acariciar su torso, jugando primero con un pezón y luego con otro. Su cuerpo era tan sensible a las caricias femeninas que podría jurar que ella tenía fuego.

Cuando Mattie empezó a deslizar la mano por su entrepierna, por encima de la tela del pantalón, Joe tuvo que contener el aliento. Ella trazó la forma de su erección, bajó la cremallera, lo envolvió, lo acarició hasta que él gimió roncamente de tormento. Y cuando pasó la lengua por su rígida carne, sintió que el deseo escapaba de su control.

–Para –susurró cuando un estremecimiento lo recorrió entero–. Mattie…

Cuando ella empezó chuparlo, sujetándolo con la mano, Joe supo que no aguantaría un segundo más. Antes de que Mattie se diera cuenta, la colocó de espaldas sobre la cama.

–Es mi turno –musitó. Después, inclinó la cabeza para disfrutar del satén de sus pezones.

Mattie se arqueó hacia él, disfrutando del placer que Joe le daba. Temblaba con cada beso, con cada caricia experta. Cuando

sus manos y sus labios se deslizaron hacia abajo, excitándola, gimió de placer.

Él trazó la ardiente suavidad con los dedos, manteniéndola suspendida en aquella maravillosa tortura. Abrió sus piernas con las manos para tener acceso a la húmeda cueva. Mattie perdió la cabeza cuando sintió la boca del hombre allí, su lengua acariciándola. Una sensación que derretía sus huesos la inflamó, quemándola como lava.

–Ven aquí –murmuró cuando la primera ola de placer la recorrió–. Joe… por favor.

Joe colocó las piernas femeninas alrededor de sus caderas, se introdujo en ella y la sintió temblar. La embestía y se apartaba, marcando un ritmo lento que iba acelerando gradualmente para seguir el ritmo de su deseo. Le hizo el amor, saboreando y memorizando cada minuto, como si no hubiera mañana, porque no había muchos mañanas para él.

Cuando la voz femenina se rompió en un grito que era su nombre, una satisfacción inmensa lo consumió. Joe se estremeció, una, dos, tres veces. La apretó con fuerza, enterrando su cara en el cabello negro. Le latía el corazón con tanta fuerza que temió que le rompiera una costilla. Intentaba recuperar el aliento, pero el aroma de ella lo envolvía, dejándolo mareado y exhausto.

Hacerle el amor a Mattie lo exigía todo de él. Incluso minutos después, el placer seguía siendo demasiado inmenso y profundo como para ponerlo en palabras.

–Te quiero –susurró ella.

El corazón de Joe se encogió, como ocurría cada vez que ella decía esas palabras tan sinceras, tan elocuentes.

Se quedó tumbado durante unos minutos, con Mattie apoyada sobre su pecho. Se sentía atormentado por haber creado aquella situación tan complicada. Y esas emociones lo estaban destrozando.

–Mattie, tenemos que hablar –dijo por fin.

–¿De qué? –preguntó ella, sin aliento. Esperaba que él le hiciera la pregunta. Daba igual que solo se conocieran desde un mes antes porque lo amaba con todo su corazón. Eso era lo único que importaba. Podrían vivir felices allí, en Fox Hollow. Joe sería feliz allí.

–Mattie, voy a dejar la tienda.

Mattie sintió que se le encogía el estómago. De todas las cosas que había esperado que dijera, aquella era la única que no estaba en su lista.

–¿Por qué? Creí que te gustaba vivir aquí…

–Y me gusta –la interrumpió él–. Desgraciadamente, vivir aquí no me exime de las responsabilidades que he dejado atrás –añadió, acariciando su cuello–. Cuando vine, te dije que necesitaba alejarme de algo. Había perdido mi entusiasmo por la vida y el trabajo. Gracias a ti, Mattie, lo he recuperado.

La idea de que ella había sido una herramienta para que él se recuperase de su problema emocional dejó a Mattie sorprendida y confusa. Era como si le hubiera hecho un cumplido y un insulto al mismo tiempo. Su corazón se estaba rompiendo, sabiendo que el amor que sentía por Joe no era suficiente para retenerlo. Era una ingenua. Había pensado que amar a Joe era lo único que importaba.

–Sé que no lo entiendes, que no puedo explicarte dónde tengo que ir y qué tengo que hacer –siguió Joe, acariciando su brazo para tranquilizarla. Pero Mattie se sentía herida y rechazada y no podía imaginar que nada de lo que Joe dijera pudiera hacerle sentir mejor–. Me iré el miércoles, pero pienso volver todos los fines de semana hasta que haya puesto mi vida en orden. Me importas mucho y no quiero perderte, Mattie.

Ella no estaba segura de que fuera verdad. No tenía mucha experiencia, pero tenía la sensación de que Joe la estaba engañando, que le decía lo que ella quería oír para retenerla mientras quisiera. Joe le había dicho que no tenía esposa ni novia cuando llegó a Fox Hollow con una bolsa de viaje y una destartalada furgoneta.

Desgraciadamente, eso de las visitas de fin de semana y lo de poner en orden su vida sonaba muy sospechoso.

«Me importas mucho y no quiero perderte». Menuda frase. Si eso no era un cliché…

Mattie se preguntó entonces por qué el abuelo de Joe había aparecido en Fox Hollow de repente. ¿Habría vuelto con la intención de animarlo para que volviera a su misteriosa vida? Sin duda así era.

Había sido una idiota, una ingenua.

Mattie intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

–No te apartes de mí, Mattie –dijo en voz baja–. Tenía miedo de que pasara esto. Por eso he tardado tanto en decírtelo. Quiero que sepas que me voy, pero volveré. Te lo juro.

Sí, seguro, pensó Mattie. La estaba diciendo adiós, educadamente eso sí. Podía imaginar lo que estaba pensando: «Adiós, guapa. El sexo ha sido estupendo y tu abuelo me ha divertido mucho. La verdad es que me gusta la carpintería, pero

esto solo ha sido algo temporal».

–Te llamaré todas las noches –siguió él. Mattie se mordió los labios para no decir nada–. Estaré aquí todos los fines de semana, llueve o truene. Mattie, ¿me crees? –preguntó entonces. Ella no contestó. Estaba demasiado ocupada conteniendo las lágrimas–. Sé cómo suena esto y puedo imaginar lo que estás pensando.

–¿Ah, sí?

–Claro que sí. Crees que te estoy diciendo adiós, pero te equivocas. Esto no es un adiós, Mattie. De verdad –insistió él. Las cosas que dicen los hombres para retener a las mujeres… Lo siguiente sería decir que se lo juraría sobre la Biblia–. Te lo juraré sobre la Biblia si quieres.

El corazón de Mattie se rompió. Sus intentos por convencerla ejercían el efecto contrario. La confianza que ella le había ofrecido se había roto. Había dejado de creer en él. O quizá estaba empezando a dejar de creer en sí misma y volvía a sentirse insegura de su poder para retener a un hombre.

Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de que ella no era mujer para Joe. Era ingenua, poco experimentada, demasiado confiada, demasiado deseosa de encontrar el amor. Así era Mattie, el chicazo de Fox Hollow. La princesa de las herramientas eléctricas. Para Joe, había sido una chica fácil. Ella se lo había puesto en bandeja. Había sido una idiota. No pensó que aquello podía pasar, pero Joe nunca le había contado nada sobre su vida, se lo escondía todo y la había usado hasta que decidió que era hora de irse.

Cuando él intentó besarla, Mattie se apartó. Se sentía usada, avergonzada y desilusionada.

–Mattie, por favor…

–Quiero que te vayas, Joe –lo interrumpió ella, parpadeando para disimular las lágrimas–. Necesito tiempo para pensar en lo que has dicho… y en lo que no has dicho.

Joe se levantó y tomó su ropa del suelo. Sabía que aquello no iba a ser fácil, por eso lo había ensayado docenas de veces. Pero no lo había ayudado nada porque algunas cosas nunca salen bien.

Aquella era definitivamente una de esas cosas.

Necesitaba darle tiempo para hacerse a la idea, se decía a sí mismo. La sorpresa del anuncio desaparecería y él podría intentar convencerla de que llamaría, de que volvería.

Cuando apareciera el viernes por la noche, ella sabría que era sincero. Y seguiría volviendo cada fin de semana. Y entonces,

cuando estuviera preparada, le diría la verdad, toda la verdad.

Pero le tenía más miedo a eso que a nada. ¿Cómo iba a explicarle que él era el mandamás de Hobby Hut, pero que eso no tenía nada que ver con sus sentimientos?

Después de darle las buenas noches, a las que ella no contestó, Joe salió de la casa. Iba a meterse en el estudio, pero cambió de opinión. Iría a la residencia para buscar un aliado. Tenía que convencer al abuelo de Mattie de que no iba a abandonarla.

Joe dejó la furgoneta en el aparcamiento y se dirigió hacia una ventana, que golpeó con suavidad.

–¿Fred? ¿Eres tú? ¿Qué haces ahí? No iremos a la bolera hasta mañana. Tienes la memoria fatal…

–Soy Joe, abuelo. ¿Puedo entrar un momento?

–¿Joe? Pero… ¿qué haces aquí, hijo? Entra, entra, pero no hagas ruido.

Joe subió al alféizar de un salto. Aunque se sentía más triste que nunca, tuvo que sonreír al ver que el abuelo estaba leyendo la revista *Playboy*. Y a él no le interesaban los artículos.

Capítulo Ocho

El abuelo escondió la revista debajo del colchón y se sentó cómodamente en la cama.

–¿Qué te trae por aquí a estas horas de la noche?

Joe se dejó caer sobre el sillón y solo entonces se dio cuenta de que, con las prisas, se había abrochado mal la camisa. Probablemente su aspecto era tan lamentable como lo que sentía por dentro. Solo esperaba que la vista del abuelo no fuera tan buena como para darse cuenta de ello.

–Necesito tu ayuda.

El abuelo, con su pijama azul, se cruzó de brazos tranquilamente, esperando una explicación.

–¿Qué puedo hacer por ti?

Joe se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las piernas.

–Tengo que irme del pueblo para arreglar unos asuntos y Mattie no cree que vaya a volver, aunque he intentado asegurarle que sí. He pensado que podía contar contigo para que me ayudaras a convencerla.

–¿Marcharte de Fox Hollow? ¿Por qué iba a marcharse nadie de un paraíso como este? –preguntó el hombre, mirándolo con recelo–. ¿No me digas que tienes una chica esperándote en alguna parte?

–No, en absoluto –aseguró Joe–. Lo que tengo es un asunto que solucionar tras un mes de ausencia. He intentado explicárselo a Mattie, pero ella cree que me marcho y que nunca más volverá a saber de mí.

–¿Y es así?

–¡Claro que no! Vendré todos los fines de semana hasta que haya terminado de solucionar mis problemas en la ciudad.

–¿Estás jugando con mi nieta, Joe? –preguntó el abuelo, levantando un artrítico puño–. Será mejor que no, chico. Puede que yo sea viejo, pero no se me ha olvidado cómo dar un buen puñetazo. No voy a permitir que le hagas daño a Mattie.

La idea de que el abuelo le pegara le habría hecho gracia si el

asunto no fuera tan serio.

–Quiero a Mattie, abuelo, pero el asunto es muy complicado. Aunque no me gusta, tengo que hacer algunas cosas antes de volver para pedirle que se case conmigo.

–¿Le has dicho eso?

Joe negó con la cabeza.

–No quería escucharme. Cuando le dije que tenía que irme y que volvería cada fin de semana, ella sencillamente dejó de creer en mí. Era absurdo que siguiera intentándolo.

El abuelo se sirvió un vaso de agua de la jarra que tenía sobre la mesilla.

–Tienes que recordar que los padres de Mattie la abandonaron. Ellos le hicieron las mismas promesas, pero eran falsas. Yo hice lo que pude para que fuera feliz, pero siempre preguntaba por sus padres, cuándo iban a venir a visitarla, cuándo iban a llamar… Cuando se hizo mayor, se dio cuenta de que algunas promesas no se cumplen nunca y que son esas las que más duelen. Yo creo que has tocado su punto débil y tardarás tiempo en convencerla de que no vas a abandonarla, de que no eres como sus padres.

Joe ahogó un gemido, recordando un comentario de Mattie sobre las promesas rotas. No se había dado cuenta de que ese era un tema doloroso para ella.

–Ojalá hubiera sabido eso antes. Lo habría hecho todo de forma diferente. En mi caso, mis padres no hicieron promesas. Solo me dejaron en casa de mi abuelo y se fueron cada uno por su lado buscando la felicidad.

–Yo intentaré que Mattie crea en ti Joe, pero si me dejas por mentiroso, tendrás que lidiar con la banda de Roland. Tienes que saber que mis amigos quieren a Mattie tanto como yo. Ralph, Herman, Fred y Glen son casi como de su familia.

–Entiendo. Así que, si lo estropeo todo, además de perder a Mattie, pierdo todos los amigos que he hecho aquí.

–Eso es, chico –confirmó el abuelo–. Esa nieta mía ha tocado demasiadas vidas en Fox Hollow.

Eso no era nuevo para Joe. Lo había descubierto el primer día.

Joe se levantó del sillón y estrechó la mano del abuelo.

–Agradezco todo lo que puedas hacer por mí mientras intento solucionar esta situación.

–Pero no quieres contarme en qué lío estás metido. A mí me suena raro, Joe.

–Es complicado.

–Raro –repitió el hombre–. ¿Cuándo te marchas?

–El miércoles.

–Entonces… ¿vienes a la bolera mañana?

–Sí. Será la última vez hasta que haya solucionado todo. Durante el próximo mes solo podré venir los fines de semana.

–Te tomo la palabra.

Joe salió por la ventana, como había entrado, y caminó en la oscuridad hasta la furgoneta. Se sentía solo mientras conducía de vuelta a casa. Y decidió que lo mejor sería acostumbrarse porque iba a dormir solo hasta que se fuera de Fox Hollow y cada noche después de eso. Podía sentir la distancia que Mattie había puesto entre ellos, sabiendo que ella había perdido la confianza en él.

Pero, ¿cómo solucionar aquella situación? No podía esperar hasta el miércoles para darle la noticia de quién era. Ella pensaba que la había sacado a bailar aquella noche como preludio a una despedida. ¡Y eso era lo que él precisamente no quería que pensara!

Joe entró en su estudio con expresión triste. Pensó en llamar a su abuelo para que lo animara, pero quizá era mejor no hacerlo. Su abuelo le había recomendado que dijera la verdad y él no le había hecho caso.

Joe había pensado que tenía un buen plan para salir de aquella situación, pero tardaría tiempo en ejecutar todas sus fases. Iba a revelarle su identidad gradualmente, para asegurar a Mattie de que sus intenciones respecto a ella eran sinceras.

¿Cómo iba a saber que le había ofrecido las mismas promesas que sus padres antes de que salieran de su vida para no volver jamás?

Joe se dejó caer sobre el sofá e intentó dormir. Pero no funcionó, como no había funcionado su plan para que Mattie lo creyera.

Horas más tarde, después de dar vueltas y vueltas, consiguió quedarse dormido.

El martes, descompuesta por la falta de sueño, por la desilusión y por el dolor, Mattie se levantó y se vistió para ir a trabajar. No estaba segura de cómo iba a soportar la presencia de Joe en la tienda por segundo día consecutivo. El día anterior había intentado no rozarse con él, pasando la mayor parte del tiempo en el taller y volcando su frustración en los encargos.

Joe se había acercado a ella varias veces, pero Mattie se negaba a hablar. Él estaba siendo muy amable, tanto que no le daba ninguna razón para arrancarle la cabeza. Que era precisamente lo

que Mattie quería hacer.

Le había hecho daño. Más que eso. Decía que volvería los fines de semana, pero ella no lo creía. Por experiencia, Mattie había aprendido lo fácil que era hacer promesas y con qué tranquilidad se rompían.

Se movía de forma mecánica por el taller, dolida y angustiada. Para librarse de él, lo había enviado a casa de Candice Green a colocar una estantería. Estaba segura de que Candice estaría encantada de verlo.

Cuando la campanita de la puerta sonó, Mattie dejó la pistola de clavos y salió del taller. Se quedó sorprendida al ver a un hombre con aspecto de ejecutivo, que llevaba un maletín negro en la mano. El hombre, con un caro traje italiano y sin un pelo fuera de su sitio, se acercó a ella muy serio.

–¿Qué desea?

–Quiero ver al gerente –contestó Eric Shaffer, mirando a Mattie de arriba abajo.

Evidentemente, pensaba que era una simple empleada.

–Está hablando con la gerente –dijo ella, encantada de poder darle en las narices.

El hombre no se molestó en esconder una sonrisa.

–Ah. Vengo buscando a Daniel Grayson.

¿Daniel Grayson? El nombre le sonaba… Claro, Daniel Grayson, el mandamás de Hobby Hut. Pero, ¿qué hacía aquel hombre buscando al jefazo de la empresa en Fox Hollow?

–Daniel Grayson no está aquí –dijo Mattie–. Está usted hablando del presidente de Hobby Hut, ¿no es así?

–Por supuesto –contestó Eric con una voz nasal que resultaba profundamente irritante–. Me han dicho que podría encontrarlo aquí y es imperativo que hable con él. J. D. está buscando a su nieto.

¿J.D.? Mattie sintió como si la hubieran golpeado y tuvo que sujetarse al mostrador. No podía ser… era imposible. Joe Gray no podía ser Daniel Joseph Grayson…

Seguía sujeta al mostrador cuando la campanita de la puerta volvió a sonar y Joe entró con una caja vacía en la mano.

–Eric, ¿qué haces aquí?

En cuanto hubo hecho la pregunta, Joe deseó haberse mordido la lengua. Pero ya era imposible.

Mattie lo miraba como si fuera un monstruo. Aparentemente, había descubierto su identidad. La mirada incrédula y dolida en los ojos violeta era como una lanza en su corazón.

Estaba muerto. Sin duda, tendría que pagar el precio que merecía por haberle mentido.

El corazón se le cayó a los pies cuando Mattie, con lágrimas en los ojos, lo miró como si fuera Judas. Joe no sabía lo que era un ataque de pánico, pero estaba seguro de estar sufriendo uno. No podía respirar y su corazón latía como si quisiera salirse de su pecho.

–Señor Grayson, gracias a Dios que le he encontrado –dijo entonces Eric.

–¿Grayson? –repitió Mattie, fulminando a Joe con la mirada–. ¿Cómo en Daniel Joseph Grayson? –preguntó, apretando los puños. Joe no podía contestar–. ¿Cómo has podido hacerme esto? Cuando pienso en lo que te habrás reído de mí…

Se quedó sin voz cuando recordó los comentarios irónicos que había hecho sobre el jefazo de Hobby Hut. Se había reído de sus reglas, de sus decretos y le había dicho mil veces lo que ella haría si dirigiera la empresa.

Y Joe Gray era el álter ego de Daniel Joseph Grayson. Un espía, un canalla que había ido a Fox Hollow para evaluar su trabajo y, de paso, había aprovechado para acostarse con ella porque era una ingenua y estaba enamorada de él. Para Daniel Joseph Grayson no había sido nada más que un revolcón. El hombre del que Mattie se había enamorado no existía.

El dolor de la traición la destrozaba. Mattie intentó darse la vuelta, pero le temblaban las rodillas. El hombre del que se había enamorado, al que había entregado su corazón la había manipulado, la había usado…

Creía que no podría haber nada peor que la hipócrita despedida del otro día, pero estaba equivocada. Aquello era mil veces peor.

–Mattie, deja que…

Mattie se dio la vuelta y corrió hacia el taller. Se negaba a escuchar más mentiras. No había nada que Joe pudiera hacer para compensarla por tantas mortificaciones. Se sentía tan avergonzada que estaba pensando seriamente en tomar una sierra, hacer un agujero en el suelo y desaparecer en él.

–¡Mattie!

–Señor Grayson, tenemos que hablar –insistió Eric, tomándolo del brazo–. Es sobre su abuelo. Él me pidió que lo localizara.

Joe se dio la vuelta y miró a su ejecutivo como si quisiera fulminarlo.

–J.D. no puede haberte enviado. Me prometió concederme un

mes sin que nadie de la oficina me molestara.

Eric pareció ofendido por un segundo, pero después recuperó la compostura.

–El señor Grayson quería que lo llamase, pero decidí venir en persona.

–Pues deberías haber llamado –replicó Joe, sin dejar de mirar la puerta del taller–. ¿Qué demonios quiere mi abuelo?

Eric se puso pálido.

–Lo siento, pero tiene que saber que J.D. sufrió un ataque al corazón anoche. Consiguió llamar a una ambulancia y ahora está en el hospital. Su estado es lo suficientemente serio como para querer que vaya a verlo al hospital.

Joe sintió como si estuvieran tirando de él en dos direcciones diferentes. Acudiría al lado de su abuelo inmediatamente, pero Eric solo tenía que haber llamado a la tienda. Había sido su decisión de aparecer en persona lo que había estropeado todo con Mattie. De hecho, habría llegado antes al hospital si aquel estúpido ejecutivo no se hubiera empeñado en ir hasta Fox Hollow.

Y Mattie no habría descubierto quién era si no hubiera sido por Eric.

–He traído mi coche –dijo el joven–. He pensado que podríamos discutir un par de asuntos en el camino.

Joe apretó los dientes, aguantando las ganas de darle un puñetazo.

–¿Asuntos?

Eric se movió, incómodo.

–Pues sí, señor. Asuntos de la compañía…

–Por lo que a mí concierne, la compañía se puede ir a la porra… ¡ y tú con ella! –exclamó Joe, furioso. Eric no dejaba de darle coba y lo único que Joe deseaba era darle una paliza por empeorar su situación con Mattie–. Espérame en el coche. ¡Y no te atrevas a hablarme de negocios! ¿Entendido?

–Sí, señor… quiero decir no, señor.

Cuando Eric salió de la tienda, Joe se acercó al taller como un hombre que se dirige a la guillotina. Mattie estaba de espaldas, con las piernas rígidas, intentando pegar dos planchas de madera.

–Mattie, sé que esto suena mal y no sabes cómo lo siento. Pero no es lo que…

Ella se dio la vuelta, con la pistola de clavos en la mano y los ojos relampagueantes. Joe dio un paso atrás. Casi podría creer que ella iba a clavarlo a la pared.

–No vuelvas a dirigirme la palabra, Daniel Joseph Grayson –dijo

Mattie, furiosa–. Me has mentido, me has espiado y… me has usado. He sido una idiota y una ingenua enamorándome de ti, pero eso te ha venido muy bien, ¿verdad? Lo has aceptado de buen grado, como los revolcones que has conseguido durante tu misión de espionaje. Pero no te preocupes –añadió, apretando los dientes–. Aunque creía estar enamorada de ti, ahora mismo no podría despreciarte más y seguiré despreciándote hasta el día que me muera. ¡O hasta que te mueras tú!

Respirando con dificultad e intentando contener las lágrimas, Mattie levantó la pistola de clavos con gesto amenazador.

–Mattie, yo…

–Vete de mi tienda. Porque sigue siendo mi tienda hasta que encuentres a otro gerente. ¡Y no te molestes en despedirme porque dimito!

A pesar de la violencia de su reacción, Joe se negaba a marcharse hasta que hubiera dicho lo que tenía que decir.

–Te quiero, Mattie.

No podía haberlo dicho en peor momento. Si tuviera medio cerebro habría sabido que ella no creería una confesión de ese estilo justo cuando acababa de descubrir su traición.

–Sí, claro –dijo Mattie, sarcástica–. ¿Le dices a todos tus gerentes que los quieres cuando has terminado de usarlos? ¿Qué es, una especie de compensación?

–No… yo no… no espío a nadie…

–¿Solo a mí? Qué suerte tengo –replicó ella, apuntando con la pistola directamente a su entrepierna–. ¡Vete de aquí antes de que te convierta en el mariquita que Butch Reynolds y su pandilla creen que eres!

–Me iré, pero quiero que sepas que mi abuelo ha sufrido un ataque al corazón. Si no fuera por eso, me quedaría aquí para explicarte lo que ha pasado.

Los ojos de Mattie se llenaron de compasión, pero hizo un esfuerzo para no dejarse ablandar.

–Siento mucho lo de tu abuelo. Pero estoy segura de que no lo ayudará nada saber que su nieto es un canalla y un mentiroso. ¿Ese ejecutivo tan elegante ha venido para decirte lo de tu abuelo?

–Sí. Y ojalá se hubiera limitado a llamar por teléfono.

–Sí, claro. No esperabas que yo descubriera quién eres, ¿no? –replicó ella, cáustica–. Vete de aquí ahora mismo.

–Mattie, no quiero que dimitas. Eres la gerente del año.

Mattie soltó una carcajada histérica.

–Ah, qué bien, un premio de consolación. Eso me hace muy feliz

–replicó, irónica–. ¿No habrás venido aquí para investigar si estaba haciendo trampa con las cuentas?

–Claro que no –protestó Joe.

–No te creo. ¡Y ahora vete de una vez!

–No pienso marcharme hasta que aceptes discutir el asunto cuando mi abuelo se ponga bien.

–Pues va a tener que esperar hasta que el infierno se congele, señor Grayson. Porque no pienso volver a escucharlo jamás.

Joe dejó caer los hombros. Había perdido a Mattie para siempre. Si estuviera defendiéndose en un tribunal, no daría un céntimo por su vida.

–Adiós, Mattie –murmuró.

–Hasta nunca, señor Grayson –replicó ella, despectiva.

Joe se dio la vuelta, sintiendo como si dejara en aquel taller la mejor parte de sí, la única parte que importaba. Joe Gray estaba muerto, enterrado bajo el odio de Mattie. Sus sueños, sus esperanzas, destrozadas como si por ellas hubiera pasado un tornado.

Daniel miró a su abuelo, tumbado en la cama del hospital. El sonido de las máquinas a las que estaba conectado, el único que se oía en la habitación. Según el médico, J.D. había sufrido un ataque al corazón que lo mantendría inmovilizado durante unas semanas. La idea de perder a su abuelo había perseguido a Daniel durante el viaje al hospital.

Eric no se había atrevido a abrir la boca pero, como el cachorro que era, lo siguió hasta la habitación y se quedó en una esquina, esperando ganar puntos por estar con su jefe en aquel momento de crisis.

Daniel se dejó caer sobre un sillón y tomó la mano del anciano.

–Abuelo, estoy aquí.

El hombre abrió los ojos y sonrió débilmente.

–Sabía que vendrías. Siento haberte hecho esto, ya sé que te prometí un mes de vacaciones. ¿Cómo está Mattie?

–Bien –mintió Joe.

Solo tenía que cerrar los ojos para ver de nuevo la expresión herida en el rostro de la mujer que amaba. Había destrozado su confianza y eso era algo que Mattie no perdonaría nunca. Joe no sabía si algún podría convencerla de sus buenas intenciones.

–¿Le has dicho la verdad? –preguntó su abuelo entonces.

–No he tenido oportunidad. El bocazas de Eric apareció en la

tienda y lo soltó antes de que pudiera explicárselo –contestó Daniel, mirando a Eric como si quisiera dejarlo calcinado en la esquina–. Por cierto, estás despedido Shaffer. Vete de aquí.

Eric salió de la habitación como un niño que ha sido castigado.

–Has sido un poco duro, ¿no te parece?

–De eso nada. Tiene suerte de que no lo haya estrangulado. Ese imbécil ha usado tu ataque al corazón para hacerme la pelota. En lugar de llamarme por teléfono, apareció en Fox Hollow para que habláramos de negocios durante el viaje. ¡Como si hubiera hecho algo durante mi ausencia! Lleva un año sin dar ni golpe, tomando café y llevando papeles de un lado a otro. En lugar de despedirlo, debería haberlo trasladado a una de nuestras tiendas en Alaska, a ver si se le enfriaba esa sonrisa de pelota que tiene…

J.D. sonrió.

–A mí tampoco me ha gustado nunca. Era un gasto inútil.

Daniel se apoyó en el respaldo del sillón. Estaba agotado y se sentía cien años más viejo. La confrontación con Mattie le había enseñado cosas sobre él que no quería saber.

Cosas como que, efectivamente, la había engañado. Él, que se consideraba una buena persona, había mentido a la mujer de la que estaba enamorado. Y esa mentira iba a costarle muy cara.

–Cierra los ojos, abuelo –susurró Daniel–. Yo estaré aquí, machacándome por haberlo estropeado todo con Mattie. Si necesitas algo, dímelo.

J.D. asintió, cerrando los ojos.

–Solo un tonto se rendiría, Daniel. Mattie es la mujer perfecta para ti, tengas que hacer lo que tengas que hacer para recuperarla.

¿Recuperarla? No podía recuperar a Mattie porque ella se negaba a escucharlo, a verlo siquiera. Además, no había dinero suficiente en el mundo para comprar la confianza que él había destruido. No tenía ninguna oportunidad.

Quizá no podría recuperar a Mattie, pero podría compensarla por el daño que le había hecho. Quizá ella lo odiaría durante toda su vida, pero Daniel haría lo que tenía que hacer.

Resuelto a compensarla, tomó el teléfono e hizo varias llamadas. Después, se sentó sobre la cama de su abuelo, animándolo a descansar para que se recuperase lo antes posible.

Capítulo Nueve

Mattie lanzó una maldición cuando el chico de la floristería le llevó otro ramo, cortesía de Daniel Joseph Grayson, el canalla. Habían llegado flores todos los días durante dos semanas y el mensaje era siempre el mismo: *Perdóname. Te necesito. Daniel J. Grayson.*

Alguna de sus secretarias debía enviar las flores todos los días, sin duda. El mandamás de Hobby Hut seguramente estaba demasiado ocupado como para hacerlo personalmente.

Lo más curioso era que Mattie no había recibido una carta de despido. Pero era lógico. Daniel Joseph Grayson era un hombre de negocios y ella sabía que su tienda facturaba más que la mayoría de las tiendas en pueblos pequeños. Por eso había ido a espiarla, para descubrir su secreto. Y, a pesar de lo que había pasado, no iba a librarse de una de sus mejores gerentes.

–Deja las flores ahí –le dijo al chico.

La semana anterior había llevado las flores a la oficina de correos y había pedido que las devolvieran a la empresa Hobby Hut, con una nota en la que le decía a Daniel Joseph Grayson que se las regalara a su abuelo o a alguien que le importara de verdad. Y esa persona no era ella.

Mattie miró al techo, frustrada, cuando Candice Green apareció en la tienda con otro de sus descarados conjuntos de pantalón corto y camiseta ajustada.

–¿Está Joe? –preguntó, mirando alrededor.

–Joe ya no trabaja aquí –contestó Mattie.

En realidad, era como si nunca hubiera existido. Mattie se decía a sí misma que el hombre del que se había enamorado solo existía en su imaginación.

–¿Se ha marchado? –preguntó Candice, decepcionada–. Qué pena. Esperaba que me ayudase a decorar mi casa. Tiene mucho estilo.

Debería tenerlo, siendo el rey del bricolaje.

–Pues lo siento, pero se ha marchado.

–Era un hombre encantador, pero, claro, eso tú ya lo sabes. Supongo que la situación debía ser un poco incómoda. Lo de salir con los empleados nunca funciona, ¿verdad?

Mattie consiguió sonreír, a pesar de su irritación.

–No. ¿Querías algo, Candice?

–Pues no. Volveré cuando quiera decorar de nuevo mi casa –contestó la mujer, dándose la vuelta.

Aliviada, Mattie la observó salir de la tienda. Una vez sola, podía concentrarse en odiar a Daniel Joseph Grayson por haber destrozado su vida. No solo había roto su corazón, sino que la obligaba a buscar otro trabajo y como en Fox Hollow no había mucho que hacer, tendría que marcharse. Mudarse y buscar un trabajo similar no sería difícil, pero ¿qué podía hacer con su abuelo? No quería ni pensar en ello.

Mattie parpadeó, sorprendida, cuando su abuelo y la pandilla entraron en la tienda.

–¿Qué estáis haciendo aquí?

–Hemos venido en la nueva furgoneta –contestó su abuelo–. No veas lo moderna que es.

–¿La nueva furgoneta? –repitió Mattie.

–Joe la donó a la residencia para que podamos dar una vuelta cuando nos apetezca –contestó Glen, encantado.

–Y eso no es todo –añadió Herman–. Joe ha financiado la construcción de un estanque para que podamos pescar. Así no tendremos que escaparnos por la noche.

Mattie se quedó boquiabierta.

–Lo dirás de broma.

–No –confirmó su abuelo–. Me llamó él mismo para contármelo.

Mattie lo miró con los ojos entrecerrados. Algo le olía mal. Quizá Joe… Daniel Joseph Grayson estaba intentando congraciarse con su abuelo para convencerla de que no abandonara la tienda. Debería haberlo imaginado.

–Abuelo, ¿puedo hablar un momento contigo?

–Claro que sí, cariño –contestó el hombre, yendo tras ella hasta la puerta del taller–. ¿Qué ocurre?

–¿Has olvidado lo que te conté del falso Joe Gray?

–Tengo muy buena memoria, hija.

–Entonces recordarás que es el propietario de Hobby Hut y que vino aquí para espiarme –dijo Mattie entonces–. Estás dejando que os compre.

El abuelo hizo un gesto de protesta.

–Para empezar, soy demasiado viejo como para aprenderme nuevos nombres, así que Joe sigue siendo Joe para mí. Segundo, él me contó que tenía complicaciones en el trabajo que debía resolver, pero que volvería. Pero como su abuelo se ha puesto enfermo, es comprensible que no haya vuelto –dijo el hombre–. ¿Tú me dejarías solo en el hospital si hubiera sufrido un infarto?

–Claro que no.

–Pues eso. Joe me llama todas las noches porque dice que tú no quieres hablar con él. Y está haciendo muchas cosas para mejorar las condiciones de vida en la residencia.

Seguía siendo un chantaje, pensó Mattie, y ella no pensaba dejarse engañar nunca más. Joe… Daniel le había enviado faxes, flores y la había llamado docenas de veces, pero ella se negaba a ponerse al teléfono. Si su abuelo conseguía furgonetas, estanques y todo lo demás, mejor para él, pero Mattie no iba a darle la oportunidad de volver a engañarla.

No podría comprarla ni convencerla. Cuanto antes se diera cuenta, mejor.

–La semana que viene, Joe va a enviar una televisión de pantalla gigante y un vídeo para que podamos ver las películas que queramos. Y varios sillones de esos que aprietas un botón y se colocan arriba y abajo, como tú quieras –siguió su abuelo.

Mattie ahogó una maldición. El abuelo y su pandilla eran como niños y Daniel Grayson, un maestro comprando lealtad y devoción.

–¿Cuándo vas a devolverle las llamadas, cariño?

–Cuando las ranas críen pelo –contestó Mattie.

–Venga, hija. Joe es un buen hombre. ¿Te mentiría yo? Dale una segunda oportunidad.

–Sí, claro, todo esto es un malentendido –intervino Glen, que, como los demás, había estado escuchando.

–Joe no se gastaría tanto dinero si no le importáramos un poco –dijo Ralph.

Mattie no creía nada de eso. Lo que Joe estaba haciendo era tranquilizar su conciencia… si tenía alguna. Estaba gastándose su dinero como una inversión, para que Mattie no dejara la tienda que tan buenos beneficios le reportaba.

Pero, más tarde o más temprano, sabía que tendría que ponerse en contacto con él para presentar su dimisión. Encontraría un trabajo en algún pueblo cercano e iría a visitar a su abuelo todos los fines de semana. Ya que la residencia Paradise, gracias al dinero de Daniel Joseph Grayson, se estaba convirtiendo en una de las

mejores residencias de la zona, seguramente su abuelo no querría abandonarla.

Mattie maldecía a aquel hombre por usar a su abuelo y sus amigos. Daniel Joseph Grayson, se juró a sí misma, pagaría por lo que estaba haciendo.

Daniel se dejó caer en el sillón del hospital con cara de pocos amigos. Acababa de recibir devuelto el último ramo de flores que le había enviado a Mattie, con la misma nota de todos los días: *Dale las flores a tu abuelo. Él es quien te importa, no yo.*

Durante tres semanas, había mantenido su promesa de llamar todos los días, aunque no había ido a Fox Hollow los fines de semana porque quería permanecer con su abuelo. La banda de Roland seguía diciéndole que insistiera, que no se rindiera con Mattie, pero ella no devolvía sus llamadas y nada parecía persuadirla de que hablara con él.

–¿No ha habido suerte? –preguntó su abuelo.

–No –contestó Daniel–. Es como darme de cabeza contra una pared. Es imposible, no quiere hablar conmigo.

–Pues vas a tener que usar la táctica que yo me vi obligado a usar con tu abuela hace cincuenta años –dijo entonces J.D.

Daniel lo miró, sorprendido.

–¿Tuviste que convencer a la abuela para que se casara contigo?

–Sí. Esther pensaba que me importaba más el dinero que ella y me dijo que no dos veces. Yo estaba desesperado.

–¿Y qué hiciste para convencerla? –preguntó Daniel.

J.D. pulsó el botón para elevar la cama y mirar a su nieto de frente.

–La secuestré.

Daniel parpadeó, incrédulo.

–¿Que hiciste qué?

–Ya me has oído. La llevé al bosque y tuve que atarla para que me escuchase –contestó J.D.–. Lo que tienes que hacer es alquilar una cabaña en el lago y secuestrar a Mattie para convencerla de que eres sincero.

–Esa táctica podría funcionar hace cincuenta años, pero ahora me meterían en la cárcel, abuelo. Menudo lío, imáginate, los periodistas, la televisión… lo que me faltaba.

J.D. sonrió de nuevo. Sus ojos habían recuperado el brillo de siempre, para alivio de Daniel.

–Puedes conseguirlo si antes haces un par de llamadas…

–La pandilla de Roland –murmuró Daniel.

–Eso es. Y también tendrás que buscar a alguien que se haga cargo de la tienda para no despertar sospechas. Asegúrate de que tienes tiempo suficiente como para convencerla de que lo has hecho fatal, pero la quieres de verdad.

Por primera vez en tres semanas, Daniel veía una cierta esperanza en su futuro. La idea de su abuelo era muy drástica, pero estaba desesperado. Saber que Mattie lo despreciaba era como si le hubieran arrancado el corazón.

–Lo haré –dijo, decidido.

J.D. sonrió, feliz.

–Ese es mi nieto. El médico ha dicho que me dará el alta por la mañana y he decidido recuperarme en la residencia Paradise. ¿Puedes conseguirme una habitación?

Daniel miró a su abuelo, atónito.

–¿Seguro que podrás hacer el viaje?

–Claro que sí. Solo tardaremos cuarenta minutos. Además, me apetece formar parte de la banda de Roland.

–¿Seguro que es lo que quieres hacer, abuelo? Tu salud es lo primero. No quiero que mis problemas influyan en tu decisión.

J.D. miró a su nieto muy serio.

–¿Estás seguro de que recuperar a Mattie es lo que tú quieres? ¿No será que tu conciencia no te deja dormir?

Daniel no necesitaba pensar la respuesta. Tres semanas sin el entusiasmo, la risa y el rostro de Mattie habían sido tres semanas en el infierno. Daniel sabía lo que quería, lo que necesitaba desesperadamente.

–Muy seguro, abuelo. Ella es la única.

J.D. sonrió, satisfecho.

–Entonces, ¿qué demonios estás haciendo aquí todavía? ¡Tienes muchas cosas que hacer! ¡Vete de aquí!

Daniel se levantó de un salto. Quizá Mattie volvería a despreciarlo, pero no se rendiría sin luchar.

Mattie daba vueltas en la cama contando ovejitas y maldiciendo el insomnio que la mantenía despierta noche tras noche. Estaba sufriendo un ataque de ansiedad por un hombre que no se merecía nada. Su teoría de que el tiempo curaría la herida no estaba funcionando. Además, la falta de sueño estaba convirtiéndola en una persona perpetuamente irritada. Dos veces le había gritado a unos clientes particularmente fastidiosos, algo que nunca antes

había hecho hasta que Daniel Joseph Grayson apareció en su vida.

No podía dormir, no podía comer, no podía hacer las cosas como las había hecho siempre.

Un golpe en la puerta hizo que se levantara, sobresaltada. Cuando miró el despertador, vio que eran las dos de la mañana. Su primer pensamiento fue que la diabetes de su abuelo había empeorado y un empleado de la residencia había ido a darle la noticia.

Frenética, corrió por el pasillo, sin ponerse nada sobre la camiseta que le servía de pijama. Pero cuando abrió la puerta, no había nadie en el porche.

Antes de que pudiera cerrarla de nuevo, una manta cayó sobre su cabeza. Mattie luchó como una gata salvaje, pero no le sirvió de nada. Alguien, no sabía quién, la sujetaba con la manta y la ató con una cuerda para que no pudiera moverse.

–Cálmate, Mattie. No quiero hacerte daño.

Mattie se quedó inmóvil.

–¿Joe? ¿Qué demonios estás haciendo?

–Te estoy secuestrando.

Mattie gritó cuando él la colocó sobre su hombro, pero dejó de hacerlo cuando escuchó otras voces que le resultaban muy familiares… ¡la traidora pandilla de su abuelo!

–¿Abuelo? –lo llamó Mattie.

–Dime, cariño.

–¡Por Dios bendito, llama a la policía!

–No puedo. Soy un cómplice.

Mattie apretó los dientes. La banda de Roland había sido definitivamente comprada por el jefazo de Hobby Hut.

Mattie lanzó una maldición cuando sintió que la colocaban en el asiento de un coche.

–¡Abuelo, si no haces algo para detener esta locura, me niego a dirigirte la palabra en lo que me queda de vida!

El abuelo sonrió, mirando a Daniel.

–Ya te dije que se enfadaría mucho.

–Lo digo en serio, abuelo. ¡Y si tu pandilla está en el ajo, tampoco volveré a dirigirles la palabra!

–Tú sabes que nunca haríamos nada que fuera malo para ti, Mattie –escuchó la voz de Glen–. Nadie va a resultar herido.

Mattie lanzó un par de obscenidades cuando todos los miembros de la pandilla se apretujaron en el asiento y Joe arrancó el coche.

–Podéis decirle a Daniel Joseph Grayson que pienso denunciarlo.

–¿A quién?

–A Joe –contestó Mattie, furiosa.

–Ah, es verdad, es que se me olvida el nombre –dijo el abuelo. Después, se volvió hacia Daniel–. Joe, mi nieta dice que va a denunciarte. Creo que no quiere hablar directamente contigo.

–Dile que me arriesgaré –dijo Daniel.

–Joe dice que…

–Ya lo he oído –lo interrumpió Mattie–. ¿Dónde vamos?

–Te enterarás cuando lleguemos allí –dijo Daniel.

Mattie apretó los dientes con tal fuerza que casi se saltó el esmalte.

–Dile a Daniel Joseph Grayson que rece para que no me suelte porque si lo hago le sacaré los ojos.

–Mi nieta es un poco bruta, ¿eh? –rio el abuelo–. Espero que lleves una armadura, Joe.

Durante quince minutos, Mattie se dedicó a amenazar a todo bicho viviente, recibiendo risitas de la pandilla de traidores a los que Daniel había comprado con televisiones y furgonetas.

Por fin el coche se detuvo y los ancianos salieron uno tras otro.

–Muy bien, abuelo, este es el plan –dijo Daniel–. Vais en mi coche hasta la residencia y os metéis en vuestras habitaciones. Yo llamaré más tarde.

–Es mejor que Ralph conduzca este coche tan caro. Ralph ve mejor que yo en la oscuridad.

–Sí, pero Ralph se pierde siempre –objetó Herman–. Si conduce él, acabaremos en Dallas.

–Vale, muy bien. Que conduzca Fred –dijo el abuelo.

–Yo no conozco el camino. Iba en el asiento de atrás y no me he fijado –replicó el anciano.

–Yo sé ir –anunció Glen–. ¿Quieres que conduzca?

–¡No! –gritaron todos a coro.

–Bueno, da igual –dijo Daniel–. Dejaré a Mattie y os llevaré yo. Además, es mejor, así os ayudaré a entrar por la ventana.

–Buena idea, Joe –sonrió el abuelo.

Mattie volvió a maldecir cuando Daniel la sacó del coche y la colocó sobre su hombro. Un segundo después, escuchó el sonido de una puerta y sintió que la dejaba sobre una cama. Un olor a flores atravesaba la manta en la que estaba envuelta. No veía nada, pero daba igual. Sospechaba que estaba en una de las cabañas del lago.

–Volveré enseguida, Mattie –dijo Daniel.

–No te des prisa porque no pienso hablar contigo –replicó ella.

–Acabas de hacerlo.

–¡Vete al infierno!

–¿Dónde crees que he estado durante este mes? –preguntó Daniel, antes de cerrar la puerta.

Capítulo Diez

Mattie murmuró un par de insultos cuando oyó que el coche se alejaba. ¿Por qué había dicho Daniel que el último mes había sido un infierno para él cuando era ella quien sufría el dolor y la humillación? Probablemente, alguno de sus engañosos comentarios, pensó.

Decidida a no estar allí cuando volviera, se movió hasta quedar al borde de la cama. Bajó las piernas, se incorporó y, una vez hecho eso, empezó a saltar como un conejo… hasta que se chocó contra la pared. Dándose la vuelta, empezó a saltar de lado, usando la pared como apoyo.

Iba a salir de allí como fuera. Perderse en el bosque era mejor que estar sola con Daniel J. Grayson.

Varios minutos después, se chocó contra una puerta y, aunque le resultó difícil, sujetó el picaporte a través de la manta y tiró de él.

Después de varios intentos, la puerta se abrió y Mattie consiguió la libertad. Daniel J. Grayson, el rey del bricolaje, no creía que ella fuera a demandarlo porque tenía dinero e influencias y había comprado a su abuelo y sus amigotes. Pero iba a tener que enfrentarse con la policía para dar una explicación.

Mattie dio un par de saltitos en el porche, pero decidió que lo mejor sería arrastrarse sobre el trasero.

Sonriendo victoriosa, se movió hasta que pudo sentir la hierba bajo sus pies. Había conseguido arrastrarse unos diez metros cuando oyó el motor de un coche.

¡Maldición! Cinco minutos más y sería libre.

El motor se paró y las luces se apagaron.

–Por Dios bendito. Tengo que llegar a estos extremos para hablar contigo y tú te arriesgas a romperte el cuello con tal de no hacerlo –murmuró Daniel.

–¡Suéltame! ¡No tengo nada que decirte, ni ahora ni nunca!

A pesar de la orden, Daniel la llevó a la cabaña y la depositó sobre la cama. Mattie había esperado que Daniel la liberase, dándole así una oportunidad de huir, pero lo que hizo fue hacer un

agujero en la manta con unas tijeras para que pudiera sacar la cabeza.

Mattie parpadeó, atónita, al ver la decoración de la cabaña. Daniel había utilizado los objetos de su último escaparate. ¡Era increíble! ¡Incluso robaba en su propia tienda! ¡Aquel hombre no se detenía ante nada!

Había flores al lado del sofá y sobre la mesa. Incluso la repisa de la pequeña cocina tenía un jarrón con flores.

–La respuesta sigue siendo no –murmuró, observando la figura masculina cubierta por unos gastados vaqueros y una camisa de cuadros. Ojalá no lo encontrase tan atractivo, pensó tontamente–. Puedes torturarme si eso te hace feliz, pero me niego a seguir en la tienda. Considerando el tiempo que estuviste espiándome, deberías haber aprendido qué es lo que me convirtió en la gerente del año.

Daniel frunció el ceño, sorprendido.

–¿De qué estás hablando?

–¿Cómo de qué estoy hablando? De la tienda, por supuesto.

–No entiendes nada.

–Claro que lo entiendo. Viniste a Fox Hollow para saber por qué la tienda daba tantos beneficios. Probablemente pensabas que estaba haciendo algo ilegal con las facturas y querías pillarme. Pero sabes perfectamente que me dedico a hacer encargos incluso fuera de horas de trabajo. No hay nada ilegal en…

–Ya lo sé –la interrumpió Daniel–. Pero no estoy aquí para que sigas siendo la gerente de la tienda. Si quieres dimitir es asunto tuyo, aunque resultará difícil encontrar a alguien que ocupe tu puesto.

Ella parpadeó, confusa.

–Entonces, ¿las flores, las notitas…?

–Si no recuerdo mal, en las notas te decía que te necesitaba, Mattie. No que necesitaba una gerente.

Mattie no lo creía, por supuesto. Estaba intentando hacer que se sintiera bien consigo misma para que no dimitiera.

–Ya.

–Quiero lo que teníamos antes de que todo me explotara en la cara –dijo Daniel.

–Lo siento, pero yo no salgo con ejecutivos mentirosos y manipuladores.

Daniel suspiró, angustiado, mientras tomaba un taburete para sentarse frente a ella.

–Vamos a empezar por el principio. Así entenderás cómo me he

metido en este lío.

–Puedes hablar hasta quedarte sin voz, pero no esperes que cambie de opinión, Grayson –le advirtió ella.

Daniel tardó unos segundos en ordenar sus pensamientos.

–Vine a Fox Hollow porque estaba quemado de la compañía que mi abuelo y yo habíamos creado. Él y yo volcamos toda nuestra pena trabajando en las cosas que a mi abuela solían gustarle. Abrimos una tienda y la demanda era tan grande que, al final, acabamos abriendo tiendas en cinco estados –empezó a relatar. Mattie había dejado de mirarlo con ojos relampagueantes y parecía escuchar. Afortunadamente–. Yo me sentía razonablemente satisfecho hasta el año pasado, cuando mi abuelo decidió retirarse. Entonces me quedé solo con ejecutivos como Eric Shaffer, decididos a hacerme la pelota y a darme la razón en todo, en lugar de aportar algo a la empresa.

–¿Dónde encontraste a ese payaso? –preguntó Mattie entonces.

–Acababa de salir de la universidad cuando lo contratamos. Pero él, como el resto de los ejecutivos, adoptó la costumbre de darme la razón en todo y no aportar sugerencias o crítica constructiva. Por eso tuve que alejarme de la empresa durante un tiempo. Tenía que volver a encontrar el entusiasmo por el trabajo y pensé que la gerente del año era la persona que podía ayudarme. Por eso envié un fax desde mi despacho, pidiéndote que contrataras un ayudante.

Mattie lo miró, perpleja.

–¿Tú enviaste el fax y después apareciste para ocupar el puesto?

–Sí. No quería que nadie me lo quitara.

Mattie sacudió la cabeza, disgustada.

–Es que no paras de mentir…

–Necesitaba ese trabajo, Mattie. Necesitaba volver a las raíces. No te dije quién era porque no quería que me trataras como me trataban mis empleados. Honestamente, ¿me habrías tratado como a un hombre cualquiera si hubieras sabido quién era?

Mattie apartó la mirada.

–Probablemente, no, pero eso no excusa el hecho de que me hayas espiado, de que haya sido evaluada sin previo aviso.

–No te estaba evaluando, estaba aprendiendo de ti, Mattie –replicó Daniel, con sinceridad.

–Vale. Digamos que te creo. Estabas buscando una inyección de entusiasmo y eso es lo que yo te aporté. Pero no pienso perdonarte por lo que me has hecho.

Daniel estudió su amarga expresión en silencio.

–¿Qué te he hecho, Mattie?

Ella levantó la barbilla, orgullosa.

–Hiciste que me enamorase de ti. Pero no eras tú, era un hombre normal y corriente que tenía los mismos gustos que yo, un hombre que aparentaba ser feliz viviendo en un pueblo pequeño. Joe Gray no existió nunca. Me engañaste, usaste mis sentimientos por ti para tu gratificación sexual antes de llevarte tu recién encontrado entusiasmo de vuelta a Oklahoma. Me has hecho mucho daño y nunca podré perdonarte por eso.

Daniel asintió, con tristeza.

–Nunca te habría prometido nada si hubiera sabido que tus padres te hicieron promesas que luego no cumplieron.

–Supongo que mi abuelo te lo ha contado.

–Sí. Fui a verlo cuando te dije que me marchaba –suspiró Daniel–. Si es un consuelo para ti, me sentía culpable, pero tenía miedo de decirte quién era porque no quería perderte.

–Te refieres al sexo –aclaró ella–. No sé por qué estabas preocupado por perderme cuando Candice Green hubiera dado saltos ante la idea de ocupar mi lugar.

–Yo no quiero a Candice –replicó él–. ¡Te quiero a ti, Mattie! ¿Es que no puedes meterte en esa cabezota tuya que te quiero?

–¿Por qué? ¿Porque soy una buena gerente y mi abuelo te divierte cuando no tienes nada mejor que hacer?

Daniel se levantó de un salto y se quedó de pie frente a ella.

–Escúchame con atención, Mattie Roland. Todo lo que he hecho me ha salido mal, pero te quiero, no como gerente de una de mis tiendas, sino como la mujer que necesito para que mi vida sea completa. ¿Me has oído? ¿Me entiendes? Te quiero a ti, Mattie. Te quiero, pero no podía decírtelo mientras estaba atrapado en mi propia mentira porque esa hubiera sido otra forma de engañarte. Y quiero que me quieras a mí, a Daniel y a Joe, porque yo soy esos dos hombres.

Mattie lo miró, estupefacta. Nadie más que su abuelo le había dicho nunca que la quería. Y tampoco nadie le había gritado como Daniel la estaba gritando.

¿Que la quería? ¿A ella? ¿Al chicazo de Fox Hollow?

–No me mires con esa cara de incredulidad. Sigo sin entender porque precisamente tú, a quien todo el mundo quiere en el pueblo, sigues sin poder creer que un hombre se haya enamorado de ti, que eres preciosa y extraordinaria. Que tus padres te abandonaran no tiene nada que ver contigo, Mattie. Tú no te merecías eso. Mis padres también me abandonaron, pero yo he seguido adelante en la

vida –siguió él–. Y si tú permites que la actitud irresponsable de tus padres sea una influencia tan grande en tu vida es que no has crecido nada.

Mattie lo pensó durante un minuto. Probablemente, tenía razón. Probablemente, le gustaba que la gente la necesitase para compensar el rechazo que había experimentado de niña. Cuando las prometidas llamadas y visitas no llegaban, imaginaba que era por culpa suya, que había algo en ella que hacía imposible que la quisieran.

Daniel se puso de rodillas frente a ella y tomó su cara entre las manos.

–Te quiero, Mattie Roland. Me encanta que te entregues a tu trabajo, me encanta tu pasión, me encanta cómo tratas a tu abuelo. Yo mismo comparto ese cariño por el mío y entiendo esa lealtad porque tú y yo venimos del mismo sitio. Cuando mi abuelo sufrió un ataque al corazón, tuve que ir al hospital para estar con él, pero me dolía el alma por tener que abandonarte en aquella situación.

–¿Cómo está tu abuelo? –preguntó Mattie.

–Muy bien, gracias por preguntar. Está en la residencia Paradise, con el tuyo, por cierto.

–Daniel, ¿vas a soltarme de una vez?

–No sé. Quizá cuando me digas lo que quiero escuchar.

–¿Y cuál es la pregunta?

–¿Me perdonas por haberte mentido?

–Te perdono. Desátame –demandó Mattie, impaciente.

Daniel negó con la cabeza.

–Eso no es suficiente.

–Vaya, vosotros los ejecutivos sois muy particulares, ¿no?

–¿Estás diciéndome que no podrías pasar el resto de tu vida como esposa de un ejecutivo? ¿Que no podrías ser la madre de sus hijos, que no van a ser abandonados como lo fuimos tú y yo?

–Ese es un truco muy sucio, Grayson –replicó ella–. Ningún hijo mío va a sufrir si yo puedo evitarlo. Aunque tendré que tener cuidado para no asfixiarlos de cariño.

–Supongo que yo tendré el mismo problema. Probablemente, mis hijos estarán muy mimados –sonrió Daniel–. Entonces, ¿hay alguna oportunidad para que una mujer como tú se case con un hombre como yo y tenga hijos a los que seguramente sus abuelos mimarán como locos?

–No creo –dijo Mattie.

Daniel se puso pálido.

–Mattie, por favor, no me digas que he matado el amor que

sentías por mí. O que para ti solo era sexo.

–Discúlpate por esa tontería ahora mismo, Grayson –le ordenó ella–. Es cierto que tú eres el único hombre al que he amado, pero también es cierto que… tú y yo en la cama… bueno, era estupendo.

–¿Estupendo?

–Fantástico, en realidad. Pero solo era una parte de lo que sentía por ti. Tú compartías mis aficiones, te preocupabas de mi abuelo, me hacías reír y sentirme a gusto conmigo misma.

–¿En pasado? –preguntó él, nervioso.

–No. Sigo queriéndote. Algo así no se olvida en un mes. Estás pegado a mi corazón con pegamento.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Lo que no puedo soportar es que seas el mandamás, el jefazo de Hobby Hut.

–¿Estás diciendo que si vendo la compañía te casarías conmigo?

–No.

Daniel levantó las manos al cielo, exasperado.

–Me atormentas como venganza, ¿no es cierto? Muy bien. Me lo merezco. Supe que me había metido en un lío desde el primer día porque adiviné lo que pasaría cuando te enterases de la verdad –murmuró, paseando por la cabaña–. Muy bien, Mattie. ¿Cuáles son tus demandas? Ponlas sobre la mesa.

–Ah, por favor. Hablas como un ejecutivo –dijo ella, despreciativa.

–Soy un ejecutivo, Mattie. Soy el propietario de una compañía. ¿Y qué? ¿Qué tengo que hacer para ganar tu amor? Dímelo y lo haré.

–Desatarme.

Daniel parpadeó, sorprendido.

–¿Desatarte?

–Eso he dicho.

–¿Me querrás si te desato?

Ella asintió, el movimiento hizo que los rizos negros cayeran sobre sus hombros.

–Con un par de condiciones. Pero no pienso seguir hablando hasta que me desates.

Daniel tomó las tijeras y cortó la cuerda, liberándola. Mattie apartó la manta y empezó a darse un masaje en los brazos.

–¿Qué condiciones?

–¿Tienes más cuerda? –preguntó ella entonces. Daniel le dio la que llevaba en el bolsillo–. Túmbate.

Daniel levantó una ceja. De repente, se preguntó si había

organizado todo aquel lío para nada. Se preguntó si Mattie seguía tan furiosa con él que solo quería hacérselo pagar. Pero la había engañado, era cierto. ¿Qué otra cosa podía esperar?

No sabía qué hacer más que demostrarle que tenía confianza en ella y se tumbó en la cama, rezando para que la tortura no fuera insoportable.

Sin sonreír una sola vez, muy seria, Mattie le ató las manos y los tobillos a la cama.

–Yo no pensaba dejarte atada toda la noche aunque me hubieras dicho que no pensabas casarte conmigo –la informó él.

–Pues eres mejor que yo, Grayson.

–Mattie…

–Cállate, jefazo –lo interrumpió ella–. Este es el trato. Acepto casarme contigo con dos condiciones. La primera, que nunca, jamás en toda nuestra vida juntos me llames «la reina del bricolaje».

Daniel sonrió.

–Ese título nunca saldrá de mis labios.

–Y segunda, que no me obligarás a asistir a los eventos sociales que, sin duda, tendrás programados para tus ejecutivos.

–Muy bien. Te tacharé de la lista de invitados.

–A las meriendas de la empresa, sí iré. Y la tercera condición…

–Habías dicho que solo eran dos.

–Es que se me había olvidado una. No me obligarás, ni ahora ni más adelante a marcharme de Fox Hollow porque me niego a separarme de mi abuelo y su pandilla.

–Ni siquiera se me ocurriría –le aseguró Daniel–. De hecho, pienso construir nuestra casa aquí. Mi abuelo ha decidido quedarse en la residencia Paradise.

Sonriendo, Mattie se inclinó para desabrocharle los botones de la camisa.

–Vas a torturarme, ¿verdad?

Mattie le desabrochó la cremallera de los pantalones y se los bajó, dejándolo expuesto a su mirada.

–Te pareces a alguien a quien yo conocía, Grayson.

Daniel no sabía cómo tomarse aquello.

–¿Quién?

–Un tal Joe –susurró, tumbándose a su lado y besando suavemente su torso, su vientre y sus muslos.

Daniel contuvo el aliento cuando los húmedos labios femeninos rozaron su erección. Cuando ella lo tomó en su boca y empezó a chuparlo suavemente, el deseo explotó dentro de él como nitroglicerina. Intentaba romper las cuerdas que lo sujetaban,

deseando tocarla tan íntimamente como lo tocaba ella.

–Mattie, suéltame.

–Nunca –le prometió ella–. Te quiero demasiado como para soltarte.

–Creí que nunca iba a oírte decir eso. Sin ti…

–Ya lo sé, sin mí solo eres un estirado ejecutivo sin entusiasmo –sonrió Mattie, sin dejar de besarlo y acariciarlo hasta que Daniel tuvo que suplicar que lo liberase.

Cuando Mattie soltó las cuerdas, él la tumbó de espaldas, se deslizó dentro de ella y se abandonó a la pasión que creaban juntos.

Aquellos sentimientos que Mattie había creído perdidos para siempre revivieron con la fuerza de un estallido nuclear. Disfrutaba del fiero deseo del hombre y se estremeció cuando la lava ardiente dentro de ella la obligó a cerrar los ojos, estremecida.

Mattie se dejó caer sobre él, sintiendo aquella inefable proximidad que ataba el alma del hombre a la suya.

–Te quiero –susurró Daniel.

Aquella vez, Mattie lo creyó. Daniel había hecho todo lo que estaba en su mano para convencerla de ello. Daniel la abrazaba con todas sus fuerzas, apretándola contra su corazón.

–¿Vas a quedarte de verdad?

–Sin ninguna duda. Puede que tenga que ir a Oklahoma de vez en cuando, pero Fox Hollow es mi hogar.

–Muy bien. Podré soportar algún viaje de negocios, siempre que duermas en casa cada noche –sonrió Mattie.

–No se me ocurre un sitio mejor para dormir. A tu lado, queriéndote cada día de mi vida.

–Me encanta como suena eso –murmuró ella, cerrando los ojos.

El abuelo de Mattie y el abuelo de Daniel, rodeados por el resto de la pandilla, estaban en la puerta de la iglesia, despidiéndose de los novios. Cuando el coche de los recién casados arrancó, un estruendo de latas y cintas de colores los siguió por la calle, regalo de la banda de Roland.

–Ya era hora de que se casaran –dijo J.D.

El abuelo de Mattie se quedó mirando el coche que desaparecía en la distancia.

–Sigo sin creer que vayan a pasar la luna de miel en la cabaña del lago.

–Yo no creo que lleguen a la cabaña. Seguro que tienen que parar en el camino para darse besos y abrazos –rio Glen.

–Es verdad. Si casi no podían dejar de tocarse durante la ceremonia –añadió Herman.

Ralph sonrió, encantado.

–Están locos el uno por el otro, ¿verdad?

–Desde luego –confirmó Fred.

–Llevan dos meses sin dejar de mirarse a los ojos –dijo el abuelo de Mattie–. Yo hasta tenía miedo de que se cortaran un dedo con la sierra mientras construían la casa.

J.D. soltó una carcajada.

–A mí me pareció muy conmovedor que quisieran construirse ellos mismos la casa. Aunque no es una sorpresa. Todo lo hacen juntos.

El abuelo de Mattie se apoyó en la muleta para dirigirse al aparcamiento.

–Vámonos a la residencia. Hay un pez esperándome en el estanque.

–Pues yo creo que voy a ver una película tumbado en el sillón –dijo Ralph.

–Haz lo que quieras –rio Herman–. Yo voy a darme un baño en la nueva piscina.

–Eso suena bien –murmuró Glen.

–¿Y tú? –preguntó el abuelo de Mattie a J.D. Grayson–. ¿Vienes conmigo o voy a tener que pescar solo?

–Voy a pescar contigo –contestó el hombre.

–Pues prepárate porque el primero que pique es mío.

–Eso es lo que tú te crees. Aún no me has ganado nunca, que yo sepa.

–Porque aún no hemos hecho un concurso.

–Ya, ya…

Mientras la pandilla de Roland entraba en la nueva furgoneta de la residencia Paradise, Daniel y Mattie estaban abrazados en el asiento trasero del coche, aparcado bajo unos árboles.

Como la pandilla había profetizado, no tuvieron paciencia para llegar a la cabaña del lago antes de empezar a besarse.

–Te querré siempre –susurró Daniel–. Y deberías saber que soy un hombre de palabra.

Mattie sonrió, con los ojos llenos de amor.

–Lo sé.

Cuando él le devolvió la sonrisa, Mattie vio un hermoso futuro frente a ella, meciéndose como una ola en un mar infinito.